

Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Un escritor "delincuencial": Ricardo Ragendorfer, o cómo escribir policiales después de Cabezas

Autores (en el caso de tesis y directores):

Alexis Burgos

Osvaldo Baigorria, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2008

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Ciencias de la Comunicación

Tesina de Grado

Un escritor “delincuencial”

Ricardo Ragendorfer, o cómo escribir policiales después de Cabezas

por Alexis Burgos



Tutor: Osvaldo Baigorria

Un escritor “delincuencial”

Ricardo Ragendorfer, o cómo escribir policiales después de Cabezas

Tesina de Grado

Alexis Burgos

DNI | LU: 28057606

Teléfono: 4983-9649 | 15-5466-7038

Correo electrónico: alexisburgos@gmail.com

Tutor: Osvaldo Baigorria

Diseño y foto de tapa: Celeste Mandrut

Buenos Aires, octubre de 2008

Un escritor “delincuencial”

*Ricardo Ragendorfer, o cómo escribir policiales
después de Cabezas*

por Alexis Burgos

Introducción

El problema de las dos retóricas

Aún después del genocidio que supuso la dictadura autoproclamada *Proceso de Reorganización Nacional*, varios asesinatos de carácter público tuvieron lugar en la República Argentina. Sin embargo, probablemente ninguno haya sido tan impactante o haya tenido repercusiones tan determinantes para la sociedad como las que tuvo el del fotógrafo José Luis Cabezas, hallado muerto luego de una intensa búsqueda en un cava cercana al balneario de Pinamar en el verano de 1997. Entre las innumerables consecuencias de ese despiadado episodio, Shila Vilker cuenta la caída de una forma de narrar el crimen, de una retórica amarilla y sensacionalista donde todavía el espanto podía ser objeto de goce.

Varios años antes de la siniestra muerte, en la segunda mitad de la década de mil novecientos ochenta, el periodista Ricardo Ragendorfer resaltaba en la revista *Cerdos & Peces* la figura del ladrón y representaba a los “malvivientes” como sujetos románticos con vidas destacables.

El motivo por el que decidimos estudiar los textos de este especialista en criminales y policías bonaerenses está relacionado con la creencia de que hay en esos escritos una innegable marca de época que permite entender dos diferentes retóricas de producción de escritos policiales. Una primera, caracterizada por la existencia a nivel nacional de revistas policiales de corte amarillista donde un autor de los márgenes como Ragendorfer podía dedicarse a escribir sobre lo heroico del ladrón, sobre los aspectos más respetables de los hampones, sobre las maravillosas historias de estafadores que jamás descuidaban a su familia y colaboraban con obras de bien. Al mismo tiempo, otros periodistas se dedicaban a narrar los crímenes más aberrantes de esos mismos personajes en notas sensacionalistas ilustradas con primeros planos de cuerpos destrozados, quebrados, violados, desmembrados.

Los personajes de las historias que escribía Ragendorfer inevitablemente eran o corrían el riesgo de ser delatados por odiosos vecinos que -aun investidos por la siniestra *Doctrina de seguridad nacional*- no llegaban a entender un supuesto perfil anti capitalista, redentor y libertario aparentemente existente en cada uno de los delincuente presentados por el periodista.

La segunda retórica, la llamada *retórica de la inseguridad*, aparecería en la sociedad argentina con la revista *Pistas* inmediatamente después del asesinato del reportero gráfico. Se examinará en este trabajo la hipótesis de Shila Vilker al respecto, que afirma que este

asesinato supone un punto de inflexión en la historia del periodismo de policiales argentino. Y que es después de él que aparece un lugar para la instalación de la nueva retórica.

Muerto el fotógrafo, Ricardo Ragendorfer -compañero de Cabezas en la redacción de la revista *Noticias*- deja de escribir sobre hampones, deja de ser lo que él mismo llama “un escritor delincencial” para dedicarse de lleno a analizar y denunciar el accionar corrupto de una de las instituciones más complejas de la República Argentina, la policía de la provincia de Buenos Aires.

El corpus

El siguiente trabajo de carácter ensayístico pretende analizar la construcción que Ricardo Ragendorfer hace de la figura de policías y ladrones en algunos de sus textos. Estos son, por un lado, los que consideramos más representativos de los aparecidos en la sección *Vidas ejemplares* de la desaparecida revista *Cerdos & Peces* durante el período 1985-1990. En particular, los artículos “La muerte del último bandido”, de diciembre de 1986 (*Cerdos & Peces* N°7); “Vilarino: El rey de la fuga”, de enero de 1987(*Cerdos & Peces* N°8); “El Lacho Pardo y la ametralladora”, de marzo de 1987(*Cerdos & Peces* N°10); y “Georges Arnaud: El salario de la utopía”, de mayo de 1987(*Cerdos & Peces* N°12). Por otro lado, estudiaremos también los textos policiales más denunciacionistas del autor, “La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires” [1997] y “La Bonaerense 2: La secta del gatillo” [2002].

Estos artículos serán considerados como pertenecientes a una etapa donde la retórica de la inseguridad no estaba aún instalada los artículos que publicara el autor en la sección *Vidas Ejemplares* de la revista *Cerdos & Peces*. La importancia de estos textos radica en que son aquellos que más claramente expresan la concepción que tiene Ricardo Ragendorfer de los ladrones y la construcción que de ellos hace.

Los textos considerados como exponentes de una segunda etapa son los dos libros que escribió el autor basados en el accionar delictivo de la policía bonaerense. Estos volúmenes representan claramente la etapa policial de Ragendorfer, que ya no escribirá sobre otra cosa, preso de una suerte de fascinación a la vez que horror por las impunes historias que tienen para contar los policías de la provincia de Buenos Aires. El asesinato de Cabezas ocurrió poco después de encarado el proceso de producción de *La Bonaerense*, que se había iniciado como culminación de una nota que escribió el fallecido periodista Carlos Dutil en la revista *Noticias* cuya consecuencia prácticamente inmediata fue la destitución del entonces jefe de la policía

bonaerense, Pedro Klodczyk. Dutil también es autor, junto con Ragendorfer, del libro *La Bonaerense*.

La importancia de la muerte de Cabezas es resaltada por el autor en el prólogo de cada uno de sus libros. En *La Bonaerense* hay, además, un capítulo especialmente dedicado al análisis de ese crimen. En este trabajo se intentará demostrar que este asesinato supuso un punto de inflexión en la escritura de Ragendorfer. Aquí se hará, para entender la importancia de esa muerte, una revisión del periodismo que hacía antes el autor y del que hizo después y aún hace.

Para la confección de este trabajo se han analizado también los artículos de Ragendorfer publicados en el matutino *Página/12* con posterioridad al año 2000; su primer libro, *Robo y falsificación de obras de arte en la República Argentina*; y su último trabajo, *Historias a pura sangre*, así como también algunos textos publicados en revistas digitales y blogs. Sin embargo, como ya hemos dicho, este estudio se centrará particularmente en el análisis de los citados textos publicados en *Cerdos & Peces* y de los dos libros de la saga *La Bonaerense*.

Las entrevistas

El lugar de las entrevistas será central en el desarrollo de este ensayo. La pertinencia de ellas está directamente relacionada a la importancia de la palabra hablada de Ricardo Ragendorfer, en particular por la necesidad de aclarar algunos conceptos que aparecen difusos en sus textos. Es que la altísima carga literaria y de no ficción que muestran las crónicas y los libros del autor muchas veces confunde o complica la lectura y el correcto entendimiento de algunas ideas.

Es por eso que nos resulta importante para llevar a cabo este trabajo entrevistar en reiteradas ocasiones al autor en busca de una cierta contextualización de algunas narraciones. Son los textos de *Cerdos & Peces* en particular los que más explicaciones requieren, ya que el tiempo transcurrido desde su escritura y las profundas transformaciones históricas acaecidas complican su correcta lectura. Textos como *La Bonaerense* o *La secta del gatillo* se dejan leer con más facilidad y sin tanta exigencia en tanto son, prácticamente, contemporáneos. Y comparten muchas características con los escritos que ha publicado el autor en diarios porteños y en la revista *Caras y caretas*.

Prestaremos además especial atención a una entrevista de Guillermo Saccomanno que supo titularse *El vengador del pueblo*, pero que actualmente forma parte de un texto titulado

El escritor de policiales. El reportaje, originalmente publicado a principios de 2002 en el diario *Página/12*, comparte espacio en *El escritor de policiales* con una biografía pretendidamente apócrifa de Ragendorfer que Saccomanno escribió después de una noche de alcohol y ruta con el autor. El interés particular en este texto tiene que ver con que el cruce de los datos ficcionales con la biografía real de Ragendorfer genera un interesante campo de sentido donde ideología, literatura y compromiso aparecen en constante tensión con las nociones de mercado, ficción y cotidianidad.

Serán importantísimas también en este trabajo las declaraciones del periodista Horacio Cecchi, entrevistado en reiteradas ocasiones con el fin de obtener más claridad en la interpretación y el entendimiento de las características ficcionales de los textos de Ragendorfer. Cecchi ha sido el especialista en temas policiales del matutino porteño *Página/12*, y ha trabajado como Ragendorfer sobre el carácter corrupto y deshonesto de la Policía bonaerense. Ha escrito incluso un libro -“Mano dura”- sobre la masacre de Ramallo, episodio íntimamente relacionado con la lucha de poder entre el entonces gobernador de la provincia, Eduardo Duhalde, y los más altos jefes de la fuerza de seguridad de esa jurisdicción.

Una última aclaración al respecto del lugar de las entrevistas en este trabajo: con el grabador encendido, Ragendorfer –de apariencia siempre relajada-, parece repetir constantemente un mismo repertorio de respuestas que pocas novedades parecen decir. Así, en gran parte de los reportajes disponibles, el autor habla sistemáticamente de su nacimiento en Bolivia, de sus padres escapando del nazismo, de su exilio en México, del miedo durante la escritura de *La Bonaerense*. No importa quién sea el entrevistador. Y no es que estos datos sean superfluos o no resulten centrales para la comprensión de sus orígenes: el problema es que resulta muy difícil conseguir nuevos datos de la boca de Ragendorfer. Entonces hay que insistir, y lo que se obtiene todo el tiempo son pistas, indicios, sugerencias o siquiera pequeños corredores que se cierran rápidamente al intentar llegar a una declaración. Sin embargo, el cruce de las entrevistas y el trabajo con todos los reportajes leídos en perspectiva permiten completar algunas de las cosas que el autor nunca termina de decir.

La estructura del trabajo

Este ensayo estará dividido en tres partes, además de las otras dos que suponen la presente introducción y el apartado de conclusiones. La primera incluye un perfil y un breve recorrido biográfico del periodista Ragendorfer: sus primeros años en Bolivia, la relación con

su madre, la adolescencia apenas escolarizada. Se analizará allí también la forma en la que Ragendorfer llegó al periodismo y se estudiará su perfil de escritor y su vida en el exilio a través de la lectura de un texto de Guillermo Saccomanno, “Zippo”, cuyo personaje principal, a decir del periodista y escritor, está inspirado en Ragendorfer. Las entrevistas que Javier Diment le hiciera al autor así como las que quien suscribe llevó a cabo también serán componentes fundamentales de esta primera sección.

La segunda parte de este trabajo, “Nadie es inocente”, plantea un recorrido por los mencionados artículos del autor publicados en *Cerdos & Peces* basados en crímenes y criminales, etapa catalogada por el mismo Ragendorfer como “delincuencial”. Los textos del autor allí trabajados serán los publicados en la revista *Cerdos & Peces*, y se prestará especial atención a la construcción que de los hampones hiciera Ragendorfer y a las características contrahegemónicas que les asignara.

La tercera parte, “Los delfines”, estará, a su vez, dividida en tres capítulos. Allí se analizará, en primer lugar, la construcción que se hace de la figura del policía bonaerense en los libros *La Bonaerense* y *La Bonaerense 2*. Luego, la relación periodismo - no ficción en los textos policiales de Ragendorfer; y, por último, se pensará la relación escritura, espectacularización y mercado, y cómo opera esta en los escritos de Ragendorfer analizados.

Se adjuntará sobre el final de este texto un apéndice con la reproducción de los textos de *Vidas ejemplares* publicados originalmente en *Cerdos & Peces* aquí trabajados, como también algunos capítulos de *La Bonaerense 1* y *2* de modo que el lector pueda consultarlos o visitar los pasajes que fueron citados.

El marco teórico

Al pensar en el concepto de *hegemonía*, se utilizarán como marco teórico los textos de *Marxismo y literatura* de Raymond Williams y algunos ensayos extraídos de *Ideología. Un mapa de la cuestión* de Slavoj Zizek, que también serán útiles para pensar la noción de *ideología*.

Para analizar el origen y la estructura de los textos de Ragendorfer consideraremos los conceptos presentes en los libros *La invención de la crónica* de Susana Rotker y *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes. Por otro lado, se pensará la inscripción de los textos del autor en una serie denunciante a partir de las ideas disponibles en *El vengador del pueblo* de Guillermo Saccomanno. El mismo texto funcionará de marco teórico para pensar las relaciones existentes entre algunos artículos de Ragendorfer y otros de Rodolfo Walsh.

Los conceptos aportados por Shila Vilker en su libro *Truculencia*, centrales para este trabajo, serán particularmente importantes para entender por qué es tan notoria la presencia de estrategias literarias en algunos aspectos de la obra de este autor. Al respecto, se considerará también la distinción *escritor-escritor / escritor-periodista* planteada por Chuck Palaniuk en *Error humano* y la importancia de la no ficción en la literatura y el periodismo moderno planteada por Tom Wolfe en varias conferencias y en su libro *El periodismo canalla*.

Cuando en este trabajo nos refiramos a la idea de *literatura o relato de no ficción*, lo haremos pensando en la idea de Ana María Amar Sánchez, que en su libro *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura* lo define como un “género problemático” que tiene la tensión como característica principal¹. Si bien la autora sugiere que un nombre más propicio para el género sería “relato documental o testimonial”², utilizaremos aquí el nombre de *no ficción* adhiriendo a la idea de Amar Sánchez sobre la mantención de este rótulo por razones de convención. Aún a sabiendas de que ese nombre incluye el prejuicio de pensar que todo relato “normal” debe ser ficcional (Amar Sánchez: 1992).

Por último, cuando nos refiramos a *espectacularización*, lo haremos pensando según lo hace Stella Martini en *Periodismo, noticia y noticiabilidad* y en particular en su artículo *La prensa gráfica argentina: reflexiones sobre la calidad periodística, la información “socialmente necesaria” y la participación ciudadana en las agendas sobre el delito*, ya que la primer fuente citada se refiere más específicamente al relato televisivo y no a la prensa gráfica. Del mismo modo, cuando nos refiramos a *infoentretenimiento* lo haremos pensando en lo que plantea Aníbal Ford en *La marca de la bestia*, su libro de 1999: un “cóctel de información y entretenimiento (...), de argumentación y de narración”.

¹ Amar Sánchez, Ana María. *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1992.

² Ídem.

Ricardo Ragendorfer

Un breve perfil.

“Una vez le preguntaron a Bukowski si escribía para él o para los demás. Él agarró un cigarrillo y dijo `es como esto: el humo es para uno, y la ceniza es lo que se publica´. [...] Lo que uno finalmente escribe es el informe de una aventura, y esa relación íntima que existe entre el hecho que se cuenta y el cuento, no existe entre el lector y el texto. Al lector lo remite a una experiencia ajena, que no tuvo; y al escritor le permite revivir algo que le sucedió. Pero es raro también, porque de alguna manera la obra es la caja mortuoria de la creación, que cuando ya está, se lee una vez y es archivada. Prueba superada.”

Ricardo Ragendorfer, café *La Academia*, enero de 2008.

1.1 Inicios

A Ricardo Ragendorfer le dicen “el patán”. Si alguien lo llama por su nombre en una calle de Buenos Aires o en los billares de un bar de la ciudad no se da vuelta. Si lo llaman Ricky, en cambio, dice que saca su pistola, tan ajeno y cacofónico el apodo le resulta³.

El apodo se lo ponen a Ragendorfer en el colegio secundario, en el Nacional Belgrano de la calle Ecuador. Un compañero suyo de apellido Cherniajowsky lo nombró así en honor al célebre can de los dibujos animados. Todavía hoy el periodista se ríe como el personaje. Los primeros años de su secundaria no los cursó en aquel colegio de Barrio Norte, sino en el Bartolomé Mitre de Almagro. De allí lo echaron luego de que dispusiera un antiguo banco de madera sobre la puerta entornada del curso para que impactara sobre la profesora Flores, de la asignatura Geografía. El plan fue un éxito y la señora fue retirada del establecimiento en ambulancia. Meses después, ya con nuevos compañeros, Ricardo empezaría a ser conocido, entonces, como “el patán”.

Ragendorfer es hijo único. No sabe por qué, sólo sabe que a su madre la operaron de “la matriz” cuando él tenía seis años y que a partir de ahí la mujer quedó físicamente inhabilitada para concebir. No se explica, claro, por qué no tuvo ella hijos en los seis años anteriores. Su madre no era, aparentemente, una persona fácil. Cuenta Ricardo:

³ Según el mismo Ragendorfer ha confesado al autor de la tesina en un correo electrónico de mayo de 2008.

“Yo le decía a Enrique Symns en un reportaje que me hizo hace como diez años, que todas las minas con las que viví, al conocer a mi madre, hijo único y qué sé yo, me decían ‘no saliste puto de casualidad’.”⁴

Pero dice que le tiene un afecto tremendo sin embargo a su madre. Le debe unos cuantos favores, además. Cuenta que una vez, por ejemplo, al pelearse con Gladys, su mujer, Ragendorfer mandó a la anciana a buscar ropa y otras pertenencias a la casa de la ex pareja. Y la madre, antes de irse, con su tono alemán le dijo a Gladys: “¿Me puede dar para Rikki un poco de marihuana?”.

Ragendorfer nació de casualidad en Bolivia, donde sus padres vivieron por poco tiempo. Es hijo de una familia austríaca que sólo hablaba alemán, idioma que fue la primera y única lengua del escritor hasta que cumplió los quince o dieciséis años. La cédula que le extendió la Policía Federal argentina dice que el escritor nació en La Paz, *Austria*. Bolivia era uno de los pocos países que otorgaba visas a judíos que llegaban escapando del nazismo, y allí se conocieron sus padres, que estaban -cada uno por su lado- huyendo del Reichstadt. La pareja montó un pequeño aserradero en la selva. Y el administrador del aserradero, un alemán muy correcto y trabajador, solía jugar largas tardes con Ricardito. Tiempo después la familia se enteró, leyendo el diario *La Nación* en Buenos Aires, que el simpático administrador era Klaus Barbie, “El carnicero de Lyon”, un alto jerarca de la Gestapo que había asesinado a Jean Moulin, héroe de la resistencia judía.

1.2 El periodismo

Ricardo Ragendorfer es clase ‘57. El año en que nació murió Humphrey Bogart (14 de enero), se estableció la Comunidad Económica Europea (24 de marzo), fue enviada al espacio la perra *Laika* (el 3 de noviembre, el can moriría en órbita 162 días después) y publicada *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh (la primera edición, de la editorial Sigla, se terminó de imprimir el 30 de noviembre de ese año).

Ragendorfer trabajó en las redacciones de las revistas *El porteño*, *Página/30*, *Noticias*, *Pistas*, *Tres puntos*, *Gente* y *TXT*, y en las de los diarios *Sur*, *Página/12* y *Ámbito Financiero*. Fue colaborador además de *First*, *Delitos & Castigos*, *El Tajo*, *Cerdos & Peces*, *Geografía Universal*, *Rolling Stone* y *Le Monde Diplomatique* y del diario *La Prensa*. Fue corresponsal de las

⁴ La declaración es extraída de una entrevista que le hace a Ragendorfer el realizador del programa de Fabián Poloseki, “El otro lado”, Javier Diment. Ragendorfer participó en algunas ocasiones como investigador en ese ciclo. La nota completa puede leerse en la revista *Sexicangrejo* número 6 o en el periódico digital Mabuse, <http://mabuse.iespana.es>.

publicaciones mejicanas *Proceso* y *Jornada*, y es colaborador de las revistas argentinas *Hombre* y *Caras y Caretas*. Escribió los libros *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina*, *La Bonaerense: Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires* -con Carlos Dutil-, *La Bonaerense 2: La secta del gatillo* e *Historias a pura sangre*, de reciente aparición. Fue coguionista de la película *El bonaerense* (2002) de Pablo Trapero y guionista de *Contratiempo* (2000), de Sebastián Nader; participó como entrevistado en el film documental *La vereda de la sombra* (2005), de Gustavo Alonso. En televisión, participó del ciclo *El otro lado* (1993), *Unidos y dominados* (2000), *Noticiero de Canal 7* (2000), *Noticiero de Telefé* (2003-2004), *Historias del crimen* (2003) y *Malentendidos* (2007).

Se dedicó a la escritura casi por casualidad. No tiene ninguna formación académica en periodismo ni en letras, y cuando uno habla con él puede sospechar que es una persona completamente ajena a la academia. Se le nota en la elección de las palabras, en la absoluta falta de interés por la teorización y en una humildad que lo obliga a -cuando filosofa- poner sus pensamientos en boca de amigos o personajes de apariencia ficcional pero -en la mayoría de los casos- existencia real. Sobre sus inicios en el periodismo, dice:

“El trabajo de periodismo es algo que me llegó de *puta* casualidad. En la primaria había pibes de 5 años que decían que querían ser médicos. Y para colmo lo lograron. Yo no tenía idea de qué quería ser, de qué iba a trabajar. De *puta* casualidad termino trabajando con Carlos Ulanosky en la versión mejicana de la revista española *Interviú*. Pedro Álvarez de Villar me toma bajo su ala y gracias a él conozco todos los cabarets del DF. Su actitud no era flaubertiana, sino que se *pegaba* tanto que yo tenía que vaciarle un limón en la oreja para que el tipo pudiera llegar a la casa. Con ese cariño publicó mi primera nota. Y cuando la vi me dije ‘esto es lo que quiero hacer. Encontré un oficio’. Pero fue de casualidad; de algún modo el género policial también me llegó de casualidad”.⁵

El interés por el género policial no es casual, aunque él mismo diga lo contrario. De hecho, se contradice al explicar por qué no escribe sobre otra cosa:

“Yo escribía mucho sobre cine, pero es un bodrio. La mayor aventura de un crítico es entrar en una sala cinematográfica y salir sin que ésta se incendie. Y lo peor que le puede pasar es salir sin que le haya gustado la película. Y a mí me gustaba mucho la literatura policial. A mí me gusta mucho más la literatura que el periodismo. Y me gusta mucho más la ficción que la realidad. Pero en un país como este, dedicarse a la ficción es un desperdicio. Si viviera en la Confederación Helvética tal vez sí me dedicaría a la

⁵ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

ficción. La realidad, los pliegues de la realidad guardan historias asombrosas, la cuestión es encontrarlas”.⁶

Ragendorfer dice que lo conmueven situaciones muy particulares, escenas muy laterales del periodismo. Tal vez porque bucea constantemente por la realidad argentina buscando entre pliegues. Y los pliegues más oscuros, más impensados son los que le proponen el mayor desafío y los que más le interesan. Por eso, al escribir sobre un hampón, investiga más sobre su vida privada, sus hábitos, sus manías que sobre sus crímenes y fechorías. Así es que para Ricardo Ragendorfer el mejor cuento híper breve que haya leído no es, como para el común de la crítica⁷, “El dinosaurio”, de Augusto Monterroso (“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”) sino un clasificado del diario Clarín que decía simplemente “se vende cuna nueva, sin estrenar”. Confiesa incluso que algunas veces se avergüenza de su barroco paladar y de las derivas que en su cabeza arma de esas escenas. Ejemplifica:

“Me voy a cortar la barba regularmente y hace muchísimos años a ‘La Tijera Loca’, una peluquería atendida por Lozano padre e hijo, que tienen dos slogans: ‘Los cortes de Lozano se peinan con la mano’ y ‘Corte por Lozano’. Un día voy y no lo veo al padre, y le pregunto al hijo, que me dice ‘no sabés lo que pasó: se murió, acá mismo, estaba cortando el pelo y se murió’. Ahí me tenté, porque pensé cómo le quedó el corte al tipo, y me imaginaba su pobre destino, porque no tenía derecho al pataleo; y supongo que se tuvo que ir, y habrá ido a otra peluquería, y el otro peluquero le habrá preguntado - ‘¿Qué le pasó?’ - ‘Se me murió el peluquero’. Y el otro peluquero le debe haber dicho - ‘ah, yo no se lo corto’. Y debe estar vagabundeando por ahí, sin que nadie lo atienda. Y esa es para mí la literatura, pequeños disparadores, pequeñas escenas.”⁸

1.3 La sección Policiales

Ragendorfer, ciudadano de los márgenes, busca todo el tiempo correrse de ese destino de otredad que parece haber forjado desde sus notas sobre pistoleros en *Cerdos & Peces* hasta las investigaciones policiales de *La Bonaerense*, pasando por las historias negras farandulescas que supo escribir cuando trabajaba en *Gente* y vivía aún clandestino, sin teléfono ni domicilio fijo, después de la publicación del libro que escribió con Carlos Dutil, *La Bonaerense*. Dice que lo han catalogado como “escritor policial que escribe sobre delincuentes”, y se queja de la arbitrariedad del género. Sugiere que sería más atinado llamarlo “escritor delincencial”; ya

⁶ Ídem.

⁷ Entre otros, fueron consultados los escritores y talleristas Juan Isaguirre, María Obligado, María Pietraccone y Claudio Adrianzen Bei.

⁸ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

que estos artículos se basan, específicamente, en las vidas y andanzas de delincuentes y malhechores. Particular escritor Ragendorfer, que jamás participó siquiera de ningún taller literario ni visitó universidad alguna.

“La definición *policial* es algo arbitrario; también es arbitrario decir *periodismo de investigación*. Los que hacen chismes de la farándula también hacen periodismo de investigación, investigan para saber si el conductor de tal o cual programa se la *garcha* o no a la que da el tiempo en el noticiero.

La sección policial en España se llama *Sucesos*, que por lo menos no quiere decir nada, tiene ese beneficio. En toda historia que tiene que ver con delitos y con muerte la marginalidad es apenas una pequeña parte de su singularidad”.⁹

Ricardo Ragendorfer se queja de tener un trabajo que lo obliga a, inevitablemente, pasar gran parte del día con personajes que “horrorizan a su mujer”. Pero le divierte llegar a su departamento del centro, presionar el botón azul de *Play* de su contestador y escuchar que Fulano fue baleado, que a Zutano lo amenazaron, que Mengano -preso por múltiples violaciones desde hace ocho años- quiere darle una nota para protegerse de una *cama* que le están armando. Algunos de esos personajes terminan haciéndose amigos del periodista. Como “Pepita la pistolera”¹⁰, que lo ha ido a buscar a una entrevista en un programa de TV que compartió con el comisario (R) Mario Naldi, desenmascarado por Ragendorfer al respecto de la desaparición de una tonelada de cocaína en el operativo “Café Blanco” en el libro *La Bonaerense*. Se excusa dejando en claro que por su temperamento y su oficio, es mucho más probable que sea “Pepita la pistolera” quien lo espere a la salida de una entrevista y no Marcela Tinayre.

Sin embargo, Ragendorfer tiene claro que hace periodismo y que hacer periodismo significa ser un trabajador asalariado como cualquier otro. Dice conocer al dedillo las mañas del oficio y no desestima el rol determinante del mercado en relación con el artista, con el escritor, con el cronista. Aclara:

⁹ Ídem.

¹⁰ Margarita Di Tulio, alias *Pepita la pistolera*, fue una famosa ladrona que se dedicó a asaltar casas de cambio en los años ochenta y que ganó su apodo al balear a dos hombres que entraron a su casa para un aparente “ajuste de cuentas”. Más tarde se la vio implicada en el caso Cabezas (sobre el cual volveremos más adelante) pero el fiscal consideró que la acusación fue errada y la mujer fue indemnizada por el estado, ya que había estado varias noches presa. Con ese dinero instaló un cabaret de la zona portuaria de la ciudad de Mar del Plata que lleva el nombre de su hijo, “Dary”, participante de la última edición del ciclo *Gran Hermano*.

“Hay gente que tiene un *toco* mental, laburan de bancarios y escriben, y dicen ‘no quiero lucrar con mi arte’. No es que no quieren, no pueden lucrar. Es como los tipos que te dicen ‘no, yo no me vendo’, y a la mayoría nadie los quiere comprar. Los surrealistas y las vanguardias de principios de siglo descalificaban la faceta laboral de la escritura. Yo pienso que es absolutamente necesaria. Porque la única manera de desarrollar tranquilamente este oficio o pasatiempo es siempre y cuando no tengas que ir a buscar la guita por otro lado. Es absolutamente necesario”¹¹.

1.4 Zippo

El cuento de Guillermo Saccomanno “Zippo”, publicado originalmente en su libro *Animales domésticos*, es parte constitutiva de un nuevo texto del autor de las novelas del *profesor Gómez*, “El escritor de policiales”¹². Este escrito es una *rara avis* de dos partes, cada una con su correspondiente introducción. La primera -“I / El cuento”- es ni más ni menos que la versión histórica de “Zippo” en cuyo epílogo puede leerse cómo ese relato es el hijo bastardo de una noche de copas compartida con un “conocido periodista de policiales”.

La segunda, titulada “II / El reportaje”, es una entrevista que fue publicada originalmente en la edición del día 8 de diciembre de 2002 del diario *Página/12* bajo el título “El vengador del pueblo”. Esta parte tiene dos introducciones. Una principal, escrita en *italica*, que cuenta hasta qué punto el “conocido periodista de policiales” -se refiere a Ricardo Ragendorfer- había festejado la publicación de “Zippo”, su biografía apócrifa. Dice allí Saccomanno que el periodista se había enorgullecido al ver que alguien lo había “transformado en un héroe de ficción”. También relativiza en esta inicial pequeña introducción la importancia de la figura de Carlos Dutil en la vida de Ragendorfer, primero omitiendo su nombre y luego refiriéndose a él como un simple “colega”. Carlos Dutil¹³, va a decir el autor de *La secta del gatillo* a este tesista, es mucho más que un colega. Es una persona con quien Ragendorfer ha compartido años de formación y lucha política, miles de horas de investigación y hasta incluso el miedo de las horas posteriores al asesinato de José Luis Cabezas, a partir del

¹¹ Diment, Javier. Op. Cit.

¹² Saccomanno, Guillermo, *El escritor de policiales*, edición facilitada por el autor en diciembre de 2007.

¹³ Carlos Dutil es autor del famoso artículo “Maldita policía”, publicado en la revista *Noticias* el 8 de agosto de 1996. La nota y una investigación posterior -que dio lugar al libro *La Bonaerense*- terminaron según cuenta el comisario (R) Juan José Ribelli con la jefatura de Pedro Klodczyk en la policía de la provincia de Buenos Aires. Guillermo Saccomanno aclara que Dutil murió “en la selva colombiana, jugando un partido de fútbol después de haber tomado cocaína”.

cual los dos compañeros debieron pasar a la clandestinidad hasta que, como ha dicho Ragendorfer, "pasara la tormenta".

La segunda introducción, la que sigue al nuevo título del reportaje -"El escritor de policiales"- y no está en la versión publicada en el diario varios años antes es mucho menos interesante. Datos básicos del autor, contextualización de su producción. Sin embargo dice algo que debe ser tenido siempre en cuenta al leer los escritos policiales del cronista. "Ragendorfer plantea el crimen (...) como síntoma de una sociedad". El crimen, pero esta vez "más allá del atractivo obvio de la sangre y el morbo"¹⁴.

1.5 Pequeñas malditas cosas

Sacomanno incluye en "Zippo" una descripción que se aplica correctamente a la figura de Ricardo Ragendorfer. Dice:

"Tiene pelo rubio, pajizo, y unas entradas que le agrandan la frente abultada. Sus ojos son celestes y la mirada es entre soñolienta y triste, como la de un chico lagañoso que recién se despierta. Usa un bigote finito. Siempre anda con barba de tres o cuatro días. Pero su barba no es la de un moderno. Más bien, la de un tipo que no toma mínimamente en cuenta su aspecto, aunque por la forma en que Zippo combina la ropa puede sospecharse que en él hay algo de moderno. Tiene un arrugadísimo saco azul, una camisa blanca abrochada en el primer botón, unos jeans gastados y calza unas zapatillas negras de caña alta con puntera de goma blanca. Un detalle: una de sus zapatillas tiene siempre el cordón desatado. Cuando uno lo ve caminar piensa cuánto va a tardar en pisar el cordón suelto, pero no. Hay que verlo caminar a Zippo: rígido, como si tuviera una contractura. Bajo, cabezón, endurecido, mientras camina con la flexibilidad trabada de un autómatas no deja de mover los brazos, como si desfilara. Sus brazos parecieran tener una vida independiente del resto del cuerpo."

También expone algunas teorías que Ricardo "el patán" Ragendorfer (y no "Zippo"; en el cuento el personaje se llama así en honor a un encendedor de esa marca que Ricardo Ragendorfer jamás tuvo) siempre repite. Que lo conocen como el amigo de los *chorros* -en el cuento, Saccomanno echa rienda suelta a una simpática aliteración, *gomía*-, que "la sombra enseña", que "el que entra ladrón a la cárcel sale ladronazo".

Pero hay algo en la narración que no sólo no es fidedigno sino que además empaña la figura de un cronista luminoso que ama escribir sobre temáticas oscuras. En el cuento de

¹⁴ Saccomanno, Guillermo, op. cit.

Sacomanno, los ladrones son personajes que, aunque poco peligrosos y hasta respetables, no dejan de ser sombríos, obtusos, gente que *no merece* ser llamada por su nombre de pila. La figura del ladrón en “Zippo” recuerda a la figura de “el gato” en el memorable cuento de Rodolfo Walsh, “Irlandeses detrás de un gato”. Personajes siempre cautelosos, siempre desconfiados y con un tío dispuesto a matar a golpes a quien sea que haga falta.

En los textos de *Vidas ejemplares*, en cambio, el ladrón siempre tiene un nombre propio. Incluso cuando uno charla con él, al referirse a un *chorro* luego de llamarlo por su alias y su apellido no olvida nunca destacar el crimen que lo hizo célebre. Por ejemplo:

“[...] El `cura` Pérez, le decían `cura` porque una vez se había mandado un achaco con sotana, incluso era corresponsal nuestro en Devoto para la revista `Sur`, `Desde la celda` se llamaba su sección. Incluso lo mataron en un asalto después al cura. Era muy buen tipo.”¹⁵

Una lectura atenta de “Zippo”, un cruce de los datos de la biografía apócrifa con los obtenidos en entrevistas permiten saber tanto de la vida de Ricardo Ragendorfer como de la forma en la que narra. Lo central en Ragendorfer no son los grandes hechos, los titulares en tipografía catástrofe, los asesinatos espectaculares. Lo central son las pequeñas cosas, todas las pequeñas historias. En una conferencia que dio en Oxford en 1971, Borges dijo estar citando una frase de Lord Chesterfield: “¿Qué es la vida? Un maldita cosa detrás de la otra”¹⁶. Ragendorfer parece estudiar las pequeñas malditas cosas, buscar las pequeñas malditas cosas y hacer de ellas la materia prima de su propia escritura. Es entonces cuando el nombre propio del ladrón, la historia de su alias y una referencia, aunque mínima, al robo que lo hizo célebre cobran una importancia vital, por momentos desmesurada, que establece una distancia entre el periodista Ragendorfer y sus colegas.

1.6 Víctimas y victimarios

En “Zippo”, los personajes nunca van más allá de un límite imaginario trazado por un círculo cuyo radio es de diez cuadras con respecto a su epicentro, Corrientes y Callao. No es casual, es que por allí se mueve Ragendorfer: el Café La Paz, 36 Billares, el bar Ramos, La Academia. Un oficial retirado del ejército ruso, animal de la fauna porteña desde hace muchos

¹⁵ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

¹⁶ La anécdota se puede encontrar en el texto *La vida, una maldita cosa detrás de la otra* de Julian Barnes. Allí, el inglés aclara que, al verificar el origen de la cita en su diccionario de citas Oxford descubre que es adjudicada a Elbert Hubbard, el oscuro. Y dice al respecto: “Bueno, prefiero creerle a Borges y no a un simple diccionario”.

años, sugiere buscar siempre a Ragendorfer (“un tipo macanudo ‘el patán’”, comenta) en los bares de la Avenida de Mayo. Enrique Symns, estrella distante, propone en cambio un escenario en la ciudad de La Plata. Y lo muestra peleándose, novel *streetfighter*, mientras Skay Beilinson no deja de tocar en el recital de *Patricio Rey y sus redonditos de ricota* donde muere Walter Bulacio¹⁷.

Guillermo Saccomanno, que hace años vive en Villa Gesell, describe en “Zippo” cómo el personaje central se arroja al fondo de un aljibe cuando la policía de Ramón Camps llega a la estancia donde se encontraba el ficcional periodista y sus amigos con el propósito de secuestrarlos. Una vez a salvo, cuenta el relato, “Zippo” se exilia en México DF. Como aquel personaje, Ricardo Ragendorfer tampoco vivió los años de la última dictadura argentina en el país. “Lo cierto es que cuatro meses antes de mi partida -la cual se produjo a mediados de 1976- yo ya vivía en la clandestinidad, a partir del allanamiento de dos domicilios que yo había usado. A la vez, habían secuestrado a un par de personas que tenían datos concretos sobre mis rutinas. En resumidas cuentas, tal constelación de factores determinó que la patria me honrara con una misión en cierto sentido diplomática: irme lo más lejos posible”. Y lo más lejos posible fue México, también el DF, donde conoció a la persona que le mostró todos los cabarets mejicanos y lo inició en el periodismo, Pedro Álvarez de Villar. El del jugo de limón en la oreja.

El personaje de “Zippo”, así como también Ragendorfer, escribió un libro sobre la falsificación y el robo de obras de arte en Argentina. Y su hija se llama Alma. Alma parece haber sido un nombre importante para varios de los grandes popes del *under* porteño de los años ochenta. La primera parte de un autobiográfico libro de Enrique Symns sobre el que volveremos más adelante se llama, sugerentemente, “¿Qué hubiera sido de mí sin Alma?”. Sobre la hija de Ragendorfer se cuentan varias anécdotas que dicen mucho de la vida de su padre. Que la internación de su madre la financió desde la cárcel un delincuente pesadísimo, que el policía Luis Vicat -un héroe en *La secta del gatillo*¹⁸- recorrió la ciudad cargando un

¹⁷ Walter Bulacio fue detenido en una *razzia* policial la noche del 20 de abril de 1991 por personal de la comisaría 35ª de la Capital Federal en las inmediaciones del estadio Obras Sanitarias cuando salía de un recital de la banda platense. Una semana después murió en el sanatorio Mitre a causa de los golpes que le propinó en la comisaría el comisario Miguel Ángel Espósito, según declaró un agente de la misma comisaría, Fabián Sliwa. En cualquier caso, Ragendorfer rectifica la anécdota de Symns: “La cosa fue así. En realidad estábamos en el club Atenas de La Plata. Lo descubren a Symns vendiendo papelitos, entonces lo refugiamos en un patio atrás del escenario. Yo me voy con él. En el medio se arma quilombo en el escenario y la cana tira gases. Entonces yo me voy al patiecito porque pensé ‘acá va a pasar lo de Cromañón’. Gases en un lugar cerrado, avalancha... y me pongo a mear. Hasta que viene un tipo de seguridad y me empuja, no me dice que vaya al baño. Entonces yo me lo saco de encima y lo cago a trompadas. Eso pasó”.

¹⁸ Ragendorfer, Ricardo. *La Bonaerense 2: La secta del gatillo*, Booket, Buenos Aires, 2006.

muñeco del tamaño de un niño de 11 años, regalo para la nena. En su entrevista “El vengador del pueblo”, Guillermo Saccomano cuenta una historia realmente destacable.

“El comisario [Mario Naldi] y el periodista [Ricardo Ragendorfer], detrás de las cámaras. Naldi le comenta que *La bonaerense* lo perjudicó. ‘Ustedes me hicieron mucho daño con ese libro, querido’, le dijo Naldi. ‘Me separé y todo’, le confiesa. ‘Pero me volví a casar y ahora tengo una beba’. Ragendorfer le cuenta: ‘También yo tengo una beba’. El comisario y el periodista cambian información sobre las respectivas edades de sus bebas y los pañales que usan. ‘Pero no, querido’, lo alerta Naldi. ‘Cómo vas a comprar Pampers. Tenés que comprar Ugies, que traen más, son más absorbentes, más rendidores y también más baratos’”.¹⁹

Es compleja la relación de Ragendorfer con los policías. Dice que ninguno se enojó especialmente con él por los libros que ha escrito. “Tienen una cosa infantil -dice-. Sienten al leerse a sí mismos el espíritu travieso del estudiante secundario al ver delatadas sus anécdotas”. Cuenta que Carlos Dutil siempre le decía que si algún policía llegaba a enojarse a partir de lo que ellos escribían, no sería por las denuncias sino por la forma en que les han tomado el pelo. Es que los policías no merecen mayor contemplación para Ragendorfer. Tal vez ninguna. Con los ladrones la cosa es distinta. Son víctimas y victimarios, gente de vidas complejas, tipos a los que no les alcanza lo que se puede obtener en este mundo capitalista. Con los policías pasa otra cosa, ellos son agentes del sistema. Por eso:

“Durante muchos años escribí sobre el mundo del hampa, pero no para denunciarlos, para eso está toda la sociedad, que no hace otra cosa. Por eso nunca me gustó mucho la palabra ‘policiales’ para designar lo mío. Veía que los periodistas, si le querían hacer una entrevista a un *chorro*, iban a la cárcel. Y ahí el *chorro*, presionado por la reja, siempre dice lo mismo, ‘no, cometí un error, debo pagarlo, y cuando lo pague voy a caminar derecho’. Y como tenía muchos amigos delincuentes pensé ¿por qué no les hago reportajes? Después me fui quedando en el género. Ahora, con el correr del tiempo, me di cuenta que no hay delincuentes, que hay gente que trabaja de preso, porque los verdaderos delincuentes son los policías que manejan a los delincuentes, que los mandan a robar, o los sacan de la cárcel para que maten a un juez y vuelvan. Entonces, digamos, ahora sí hago policiales”²⁰.

¹⁹ Saccomano, Guillermo, “El vengador del pueblo”, en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 8 de diciembre de 2002.

²⁰ Diment, Javier, op. cit.

1.7 El exilio

En el cuerpo de “II / El reportaje” la figura de Carlos Dutil cobra nuevamente importancia y su ausencia tiñe las palabras de amargura y nostalgia. Escribe Saccomanno que “Ragendorfer chasquea los labios cuando se acuerda de Carlos. ‘Murió hace cinco años’, dice. ‘Jugando al fútbol en El Petén, la selva ecuatoriana, mientras hacía una nota sobre ‘Médicos sin fronteras’”. Los personajes se humanizan en la segunda parte de *El escritor de policiales*.

El escritor Adolfo Bioy Casares, por ejemplo, está en el almacén un día cualquiera. Y se emociona al ver que el joven que espera recibir los 200 gramos de paleta sanguchera que acaba de pedir tiene en el bolsillo “La invención de Morel”. El escritor y el joven empiezan a conversar y caminan unas cuadras juntos. Se detienen en la puerta de un edificio y el famoso personaje le dice a Ragendorfer: “Con Silvina vamos a ver por televisión el ‘Show de Benny Hill’. Lo invito a que nos acompañe”²¹. Mientras el canal 13 transmitió el show, cada jueves el escritor, su mujer y el periodista compartieron la pantalla.

Exiliado en el DF, Ragendorfer vive con una mujer, alta ejecutiva de la consultora J. Walter Thompson. Como no tiene nada que hacer, lee. Es ahí donde descubre a Walsh y a Capote, no antes. La mujer se cansa de mantenerlo y lo manda a trabajar. Su amigo Carlos Ulanosky le encarga una nota sobre cuán molesto es el ruido de las capitales para la revista *Interviú*. En el “Instituto Alemán de la Sordera” Ragendorfer consigue un decibelímetro e investiga. Titula su primera nota: “Le medimos el ruido a la ciudad y quedamos tarados una semana”.

Dice que su simpatía por la izquierda, políticamente hablando, tiene que ver más con “Sandokán o El Tulipán Negro” que con Lenin o Bakunin. Conoció el nombre de Voltaire porque así se llamaba el caballo del personaje de Alejandro Dumas, y eso lo llevó a leerlo. Desconfía de los que le dicen “te doy mi palabra” y jamás fue -como ya hemos dicho- a ninguna facultad ni mucho menos a un taller literario. Al respecto, comparte una teoría con Osvaldo Lamborghini:

“Al escribir pongo mucho cuidado en la correlación de los hechos, para lograr un impacto. Así como en todas las cosas, hay tesis, antítesis y síntesis. Pero no es una cosa que aprendí a hacer, sino que lo voy dominando con el oficio. Una vez estábamos en casa con Osvaldo Lamborghini, él tomando hasta el agua de los floreros y yo fumando porro, y dijo ‘hay boludos por todos lados que hacen talleres literarios con la

²¹ Saccomanno, Guillermo, *El escritor de policiales*, op. cit.

intención de escribir obras buenas, edificantes, bajar línea o lo que sea, en cambio hay personas que están condenadas a escribir, y yo soy uno de ellos’. Después descubrí que yo también soy un tipo que está condenado a escribir, que es una condena maravillosa”²².

Ricardo Ragendorfer entiende la escritura como un ejercicio histórico, como un documento de época, un testimonio de vida. “Escribo como soy hoy, y hace diez años escribía como era hace diez años. Nunca entendí mucho a Symns, que escribía para jóvenes, teniendo él 50 años y pareciendo 70. Uno puede escribir únicamente para uno. Yo no puedo ‘escribir para’”²³. Desconfía de Freud, de cuya obra hace un curioso comentario en la entrevista que le hace Javier Diment para *Sexicangrejo*:

“[...]Fijate, por ejemplo, la palabra ‘sinistro’. Freud hace un estudio extenso sobre lo siniestro, que me di cuenta que únicamente lo podés leer, y podés decir *uy, qué lúcido es este tipo*, si no conoces el alemán; conociendo el alemán te das cuenta que es medio chanta. Porque siniestro viene del latín, y aludía al tipo que se sentaba a la izquierda del rey; un tipo rasputinesco, medio torvo. Pero en alemán se dice *unheimlich*. Y el desglose es el siguiente: *heimlich* es hogareño, porque *haim* es hogar. Entonces *unheimlich* es lo extraño que aparece en el centro del hogar. Que es exactamente la teoría de Freud. Así como yo te lo expliqué, pero a Freud explicar esa palabra le lleva 70 páginas”.

Ragendorfer resalta que le compró todos los electrodomésticos que equiparon su primer departamento a los *escruchantes* del barrio. Pero hay un último dato sobre el autor que es preciso conocer. El día que presenció la necropsia al cuerpo del cantante Rodrigo Bueno junto a un conocido político de Lomas de Zamora, escuchó cómo la abuela del ídolo susurraba al ver las extremidades separadas del cuerpo del ídolo popular:

*-El nene tiene las manitas como las del padre*²⁴.

Ese mediodía, luego de ducharse, su mujer le sirvió una porción de ensalada rusa con matambre casero. Pero el periodista -que suele decir que cuando ve un muerto en el marco de su trabajo “no se le mueve un pelo”- ese día no almorzó.

²² Diment, Javier, op. cit.

²³ Diment, Javier, op. cit.

²⁴ Ragendorfer, Ricardo, “Patán, el perito”, en *Revista El Porteño*, edición digital visitada el 14 de octubre de 2007. <http://www.elportenio.com/>.

Nadie es inocente

Una visita a los bajos fondos

2.1 Vidas Ejemplares

Cualquiera puede enamorarse de un ladrón, de un buscavida, de un estafador o de un malviviente. Y aunque peligroso o arriesgado, el hecho no es algo necesariamente malo: a juzgar por los relatos que Ricardo Ragendorfer hace de expertos en la fuga, en el asalto a mano armada, en la logística de grandes robos o en la gambeta a comisarios y policías, podría decirse que aquellos sobre quienes pesa un pedido de captura no se destacan por ser personas especialmente infieles o siquiera malos compañeros, malos padres o peores maridos. Hay que tener, es cierto, un especial aprecio por el amante y una paciencia de araña para que la pareja prospere. Pero no parece, si uno confiara ciegamente en el periodista de policiales, imposible.

Ragendorfer publicó en la revista *Cerdos & Peces* una serie de artículos en una sección titulada *Vidas Ejemplares*. Las notas vieron la luz durante el segundo lustro de la década de mil novecientos ochenta, y la seguidilla se abrió con un artículo tal vez predictivo, casi una tesis, que el autor parece haber escrito después de terminados sus otros trabajos, todos publicados más tarde en la revista. El texto en cuestión, adelantando la temática de la serie, se llama *Fugas*. E incluye un pequeño epígrafe, “El movimiento se demuestra andando”, atribuido a Manuel Vázquez Montalbán. Parece estar pensando también al momento de escribir Ragendorfer en aquella famosísima cita de Wilde, “En la quietud está la muerte”.

El contenido del artículo versa al respecto de algunas pequeñas anécdotas que fueron el puntapié de las historias que se trataron en las sucesivas entregas de la sección. Los personajes son presentados con prontuarios reales comprobables en cada una de las jurisdicciones actuantes: Juan José Ernesto Laginestra, Francois Chiappe, Jorge Eduardo Vilarino. La lista sigue: Luis M., Marcelo J., Ronald Biggs. También otros. La retórica del texto invita al lector a prepararse para lo que viene: los términos carcelarios, policiales, están por esta vez resaltados en negrita. *Tumbero* (presidiario), *escruche* (ladrón que destroza cerraduras disfrazándose de obrero), *tumba* (cárcel), *leonera* (calabozo de seccional), *yompa* (pabellón de cárcel), *perder* (ser atrapado por la ley), *cobanis* (policías), *locatario* (interno de un hospital mental), *rocho* (ladrón), *poronga* (líder), *violeta* (violador), *pasta* (psicofármaco), *colino* (presidiario incontrolable), *boga* (abogado), *ranchuada* (grupo de presidiarios asociados para su propia protección).

Lo interesante de *Fugas* no es la información que presenta ni mucho menos las pequeñas crónicas de escapes y vidas marginales. Lo destacable del texto es la explicitación de la fascinación que tiene el autor por las características para él festejables -muchas veces

presentadas como envidiables- de sujetos frente a los cuales los periodistas de la revista *¡Esto!* o el diario *Crónica* de aquellos años se escandalizarían. Escandalización que no pasa de lo discursivo si se piensa en la tradición de viveza criolla, de admiración popular por el que “se salva” trasgrediendo la ley que se puede confirmar en relatos populares como *El rey de la milonga* de Roberto Fontanarrosa²⁵ o películas como *9 reinas* de Fabián Bielinsky. Ragendorfer admira la capacidad de quien, luego de ser recapturado quince días después de terminar una condena de años, simula exitosamente enfermedad mental para ser trasladado al neuropsiquiátrico Borda, desde donde el escape parece una empresa más viable. Y no es sólo la crónica del escape lo que atrapa al autor.

Como tratando de convencer al lector de lo pertinente y conveniente que resultaba para el personaje salir cuanto antes de la penitenciaría, Ricardo Ragendorfer hace narrar en detalle al presidiario su miedo a las prácticas violentísimas de guardias y compañeros en el hospital, y no ahorra palabras para describir el miedo del ladrón frente a los violadores constantemente sedados e invariablemente infectados de VIH. Miedo que, por otra parte, busca constantemente contagiar a los lectores.

El periodista dice fascinarse, por ejemplo, con la capacidad de Luis M. de no tragar las *pastas* que le dan los *cobanis* para que no se ponga *colino*. El falso demente aprende a escupir las pastillas en el momento justo y la pluma de Ragendorfer cuenta en el ahora amarillento papel de los ejemplares de *Cerdos & Peces* cómo huyó Luis a la libertad, vestido de médico y escapando sin correr por la puerta principal del hospicio.

Los personajes del universo Ragendorfer, los ladrones que el periodista compone, parecen compartir un auténtico amor por la libertad y los placeres que de ella se desprenden. No son presentados como sujetos que roben para comprar un auto mejor, para consumir más droga o para ostentar una vida más lujosa. En cambio son representados como personas que tienen una moral propia, una escala de valores distinta. Desde ya, los lectores desconocen sus deseos e intereses particulares, pero el autor insiste en el hecho de que no son los bienes mundanos los móviles principales de los ladrones de *Vidas ejemplares*. Ragendorfer presenta a sus hampones como gente que tiene cosas que decir, persona cuyas realidades buscan constantemente una emancipación que nunca llega; son sujetos que no parecen estar

²⁵Fontanarrosa, Roberto, “El rey de la milonga y otros cuentos”, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2005.

dispuestos a soportar las indicaciones del sistema. Hombres “asaltados por lo absurdo del destino humano y por la estúpida ineficacia de sus instituciones”²⁶.

2.2 Un cierto tipo de ladrón

En el texto de Guillermo Saccomano que trabajamos en la primera parte de esta tesina, “Zippo”, se dice que los ideales de los gánsters y de los burgueses son los mismos. Que la única diferencia es el modo de pensar; invertido. Que el *rocho* no tiene formas alternativas y que se comporta igual que un capitalista. No puede confirmarse esto en la construcción que de hampones y malhechores Ragendorfer hace en sus textos. Interpelado por el comentario, dice el periodista:

“Digamos que un capitalista fraudulento puede comprarse de hecho 50 coches lujosos y quizás no tenga tiempo biológico de usarlos. Pero uno de esos coches puede ser robado por un *rocho* quien no va poder usarlo por más de unas horas porque al cabo de una determinada cantidad de tiempo ese coche va a tener el pedido de secuestro. O sea, la diferencia en todo caso entre un *chorro* de guante blanco y un pistolero es justamente la limitación del disfrute que tienen los bienes mal habidos. Lógicamente un *chorro* no está en un principio en contra del sistema en modo ideológico. Está en contra del sistema porque se opone a su sistema jurídico. Es decir, no podemos decir que un *chorro* tiene un pensamiento marxista porque está en contra de la propiedad privada.”²⁷

¿Es sólo por cuestiones jurídicas que la actitud del ladrón es en los textos anti sistema? La oposición a ese sistema -como toda otra elección de vida- es ideológica en cualquier caso. Aclara un poco el asunto el autor haciendo lo que hace cada vez que va a decir algo con pretensiones de verdad: poner el pensamiento en boca de otro. Porque así habla Ragendorfer: jamás dice nada en su nombre que pueda ser sometido a un proceso de falsación. Introduce en cambio nuevas voces en el relato a las que adjudica la frase. La voz que se extiende al respecto del perfil anti sistema del ladrón será, en el discurso de Ragendorfer, precisamente la de un *chorro*.

“Siempre me ha despertado un poco de curiosidad en las cárceles la relación que había entre los presos comunes y los presos políticos. Y al respecto “el sordo” Tito -que supo estar en la banda del ‘pichón’ Laginestra y que estuvo preso en la época en la que en las cárceles había presos políticos- me hizo la observación más lúcida que yo escuché al respecto: ‘ellos, los extremos -como los *chorros* llamaban a los presos políticos-, tienen el berretín del heroísmo, en cambio nosotros tenemos el berretín de la supervivencia’.

²⁶ Ragendorfer, Ricardo, “Georges Arnaud: El salario de la utopía”. *Cerdos & Peces*, S/D.

²⁷ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

Cada uno en su contexto hizo lo mismo, asaltar un banco; uno para la revolución y otro para sí mismo. Para un preso político, un tipo que *afana* para su provecho es un lumpen, en cambio para un *rocho* un tipo que afana un banco y se juega por un proyecto político es un *gil*. Efectivamente hay una rebeldía contra hegemónica.”²⁸

Cabe preguntarse, claro, a qué se referirá Ragendorfer con eso de que hay en todo *rocho* una *rebeldía contrahegemónica*. En su ensayo *Teoría cultural*, Raymond Williams²⁹ lee a Antonio Gramsci y en particular, en el apartado 6 del libro, a su concepto de *hegemonía*. Gramsci, que también se encontraba en la cárcel al momento de escribir sus estudios sobre la dominación y la hegemonía, iba un paso más allá en el estudio de la teoría marxista que ya para ese tiempo había extendido el concepto de *dominación* a las relaciones entre clases. Aclara el autor que la dominación se da en términos directamente políticos e incluso por medio de coerción directa en tiempos de crisis, mientras que en tiempos normales toda sociedad se sostiene a través de un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales, la *hegemonía*.

Según Ragendorfer el ladrón, así como el “extrema” -aunque “el sordo” Tito esté en desacuerdo- está por uno o por varios motivos en contra de ese entrelazamiento de fuerzas, o al menos de la configuración del entrelazamiento. El dato no es menor, y su situación respecto al sistema de significados, valores y creencias³⁰ -la ideología- lo ubica en una situación diferente de aquella en la que se encuentran el capitalista fraudulento y el estafador. Porque, cabe aclarar, para Ragendorfer hay una diferencia central entre el *ladrón*, el *chorro*, y el ladrón de guante blanco, el político corrupto. Mientras que los primeros ponen su cuerpo, su vida en juego para cometer todos y cada uno de sus atracos, los segundos se limitan a cometer sus fechorías sin poner en riesgo, al menos en un principio, su vida. Papeletas, cheques y amparos son la herramienta de acción de los segundos; el cuerpo mismo es el único arma y escudo de los primeros. *Poner el cuerpo* es central para Ragendorfer: sólo considera a aquellos hampones que arriesgan su corporalidad en una apuesta que exceda abiertamente lo discursivo.

De la lectura de los textos de *Vidas ejemplares* se deduce que el carácter contrahegemónico del ladrón, del hampón, en esta etapa de la obra de Ragendorfer es central. De hecho, es eso lo único que en ese momento marca una diferencia, una distancia entre un hampón y un policía bonaerense. La negación de un orden hegemónico por cuestiones no

²⁸ Ídem

²⁹ Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.

³⁰ Žizek, Slavoj, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

necesariamente de política partidaria ponen al que en lugar de trabajar y reproducir diariamente su existencia generando plusvalor se dedica a conseguir dinero y financiación por vías que reniegan abiertamente de las leyes establecidas en un lugar único. El ladrón instala una irresoluble tensión donde la rebeldía frente al sistema capitalista alcanza su máxima expresión a la vez que lo legitima completamente.

Tal vez por eso el ladrón -Laginestra, el “Lacho” Pardo, Ronald Biggs- merece un lugar tan destacado en las narraciones. Lejos del violador y lejos del carterista, para Ragendorfer el gran ladrón ha expresado su disgusto contra la vida que le ha tocado vivir tanto como el militante del mayo francés o el de la Argentina del ’76. Y los tres comparten, además, ese destino ingrato, sangriento, esa historia de muerte y de reclusión donde ninguno ha podido cambiar las cosas todo lo que ha querido. O siquiera un poco. Ragendorfer construye al ladrón siempre como un héroe, siempre como un sujeto portador de un heroísmo que se presenta de algún modo invertido: el heroísmo del que sobrevive a punta de pistola. Y esa construcción que hace Ragendorfer no es necesariamente compartida ni aceptada por los malvivientes, que se sitúan en la vereda de enfrente de los militantes y los “extremas”. A ellos sí les adjudican los ladrones “el berretín del heroísmo”, según el “sordo” Tito ha dicho. Jamás a sí mismos.

2.3 Cerdos & Peces

La revista *Cerdos & Peces* es un marco ejemplar para la publicación de los textos de la saga *Vidas Ejemplares* de Ragendorfer. Ícono de la contracultura de los años ochenta, la publicación rompió con cuanto canon literario se le interpuso en el camino. Su director, Enrique Symns³¹, es otro amante de los márgenes que deja en claro en su autobiografía -*El señor de los venenos*³², cuyo editor prefirió tomar distancia de lo escrito y la catalogó dentro del impreciso género “novela autobiográfica”- que ser cronista de lo negado, de lo oculto, de lo no dicho es no sólo necesario sino además apasionante. Ni Symns ni Ragendorfer, además, dicen haber podido escapar de su amor a los bordes y han convivido largo y tendido con drogadictos, ladrones, agitadores profesionales, poetas malditos, drogas de todos los tipos y genios desposeídos.

³¹ Sobre Enrique Symns puede leerse una entrevista que lo pinta de cuerpo entero en el blog *Solo entrevistas*. Allí, el autor hace referencia a Ragendorfer y a otros vicios de la vida del fundador de *Cerdos & Peces*. La nota completa está disponible en <http://soloentrevistas.blogspot.com/2007/04/enrique-symns.html>, mientras que una versión abreviada fue publicada en la revista *Debate* de octubre de 2005.

³² Symns, Enrique, *El señor de los venenos*, Buenos Aires, El cuenco de Plata, 2005.

El carácter ilegal y temerario de la mayoría de los personajes firmantes y hablantes de la revista hacen que la mayoría de las veces los *simples* delincuentes que habitaban -como salidos por un rato de sus aposentos carcelarios- las páginas de *Vidas Ejemplares* perdieran por un segundo su carácter verdadero para perderse en el verosímil de una revista donde nada de lo que era narrado merecía demasiado crédito. Fuese esto último por miedo o negación del lector; o acaso por simple invento del autor. Como esa apócrifa entrevista a un violador titulada *Hacerlo por la fuerza*³³, donde se puede leer

“-Yo me acuerdo de la primera vez que tuve deseos de violar fue caminando por la playa con mi novia, y eso que yo curtía con ella. Curtíamos pero me di cuenta que en ese lugar no había ningún ser humano a kilómetros, entonces qué es eso, en realidad es cojer de otra manera. Lo terrible es que si vos le pegás a tu novia y la tirás en la arena, ella no va a entender jamás”.

Con esos textos convivían, a páginas de diferencia, los de *Vidas Ejemplares*. Con textos donde un autor puede darle voz a un inadmisibles violador para permitirle explicar que la violación, en realidad, “es cojer de otra manera”³⁴. En otras líneas del mismo artículo puede leerse algo que deja en claro el respeto que muestra constantemente la publicación hacia personajes marginales, como cuando se refiere a que en ciertos casos pueden romperse los pactos celebrados con la víctima, pero que eso varía “de acuerdo a la caballerosidad del violador”. Hablar de la “caballerosidad del violador” es, creemos, enunciar un oxímoron. No parece ser así para los editores de *Cerdos & Peces*, quienes asumen, al menos en principio, que un violador es -a veces más, a veces menos- un caballero.

Con esos textos convivían los de *Vidas Ejemplares*. Como puede verse, no parecen ser los de Ragendorfer los más efectistas de la revista. No, al menos no en principio. Una mirada más analítica permitirá descubrir que hay un detalle no menor. Mientras los textos publicados son mayoritariamente ficcionales, aún cuando al momento de su publicación confundieran al público y se presentaran como reales, los de *Vidas ejemplares* son estrictamente comprobables. Cuando Symns hace hablar al violador quien está hablando es Enrique Symns probándose el perverso traje de violador³⁵. Cuando Ragendorfer escribe que alguien “efectuó un disparo” eso indica que una persona de verdad cayó realmente muerta en algún momento.

³³ Andre, María José, “Hacerlo por la fuerza”, en *Cerdos & Peces*, S/D.

³⁴ Andre, María José, op. cit.

³⁵ La tesina N°813 de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, “La construcción de lo erótico en *Cerdos & Peces* y *El libertino*” (año 2000), de Romina Colela permite, así como también las declaraciones de Enrique Symns a diferentes medios, creer que la entrevista es apócrifa y que el autor es el mismísimo Symns utilizando, una vez más, un pseudónimo.

Y esa muerte está documentada bajo un número de legajo en un juzgado, y todos los familiares de la víctima recuerdan el sabor oscuro del café recalentado de la casa de velatorios.

En principio, entonces, diremos que es importante tener en cuenta que los textos de *Vidas Ejemplares* son más realistas que, por ejemplo, *Hacerlo por la fuerza*. Sólo en principio, empero, ya que la alta carga ficcional que contienen y la alegre pero enrevesada construcción que de personajes oscurísimos allí se hace exigirán repensar la pertinencia periodística de esos escritos.

2.4 “Un acto de solidaridad histórica”

Para entender un poco mejor cómo se insertan las crónicas de Ricardo Ragendorfer en cierto periodismo argentino, tomemos como referencia a Susana Rotker. La autora cita en *La invención de la crónica*, página 16³⁶, a José Ovidio Jiménez al referirse a que “el nacimiento del periodismo literario [...] por venir a cumplirse en manos de artistas excepcionales supuso la dignificación de esa misma actividad periodística. El resultado fue el brote de la crónica como género nuevo de las letras hispanoamericanas”. Y cuando dice *dignificación*, claro, no habla de desinformación, de menosprecio ciudadano. Con periodismo literario y crónica nos referimos a ese género mixto que funciona como lugar de encuentro entre el discurso periodístico y el ficcional literario. Lejos de la subestimación del lector y la desinformación, la crónica modernista sumaba color y textura a la información más dura e inverosímil de la época, cautivando lectores y creando en cada publicación un universo nuevo donde realidad y ficción eran dos conceptos difíciles de distinguir. Si siempre existieron ideales modernos en la actividad periodística es porque algunas plumas han podido, desde tiempo inmemoriales, cruzar la literatura con la narración de los acontecimientos -si es que estos dos elementos pueden ser distinguidos- sin perder de vista la dignidad de la que habla Jiménez.

Ha dicho Roland Barthes que la escritura es “un acto de solidaridad histórica”³⁷. En ese sentido, Susana Rotker, leyéndolo, aclara que “la coexistencia de lo heterogéneo, de lo contradictorio, de la misma idea y sentido de crisis de una época como fractura, sugieren tomar el camino de lo desechado, de lo excluido y omitido por la institución del arte: el intento es acercarse al borderline de la crónica y tratar de entender así, incluso, la omisión misma”³⁸. Las elecciones temáticas de Ragendorfer parecen asociarlo a esa omisión que hace el mundo

³⁶ Rotker, Susana, *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

³⁷ Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

³⁸ Rotker, Susana, op. cit.

del arte a la crónica de los márgenes. El autor entreteje sus historias de ladrones, policías corruptos y sujetos descartados en la cúspide de lo heterogéneo, viviendo en sus propias contradicciones y haciendo de la crisis un génesis que habita en aquellos mismos bordes.

Es que, como afirma Raymond Williams, el arte ya no puede verse como una categoría extrasocial³⁹ ajena a la cotidianeidad. Destrozada la diferencia entre producción (de textos, periodística) y creación (de arte), el trabajador asalariado se vuelve sujeto del arte. Así, la crónica periodística anula cualquier diferencia entre las categorías de literatura (artística; por llamarla de alguna manera, *alta*) y literatura de masas; entre *arte* y cultura popular. Es allí donde se ubican estos textos de Ragendorfer y es en la negación de la diferencia donde se encuentra la clave para leer los escritos del autor analizados en este trabajo.

2.5 La libertad

No hay policías buenos en *La bonaerense*⁴⁰, el libro que escribió Ricardo Ragendorfer con Carlos Dutil. Tampoco los hay en *La secta del gatillo* ni en ninguno de los artículos por Ragendorfer publicados en *Cerdos & Peces* o en los varios medios en los que ha escrito. Sí hay algunos oficiales de algún modo hibridados, un puñado de efectivos de una sospechada bondad, de una extraña entereza, de una posible nobleza. Luis Vicat, por citar un ejemplo, es uno de ellos. Como lo es el juez Juan José Galeano, o el otrora secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires Eduardo De Lázzari.

Ricardo Ragendorfer mismo ha dicho que definir a un hampón es para él algo más simple. El ladrón es ladrón, y no se espera de él nada positivo. Odiado, repudiado y juzgado por la sociedad, oculta del común de los mortales las características que al periodista de policiales le resultan maravillosas, deslumbrantes. Ragendorfer aclara siempre que no son, en realidad, los personajes sobre los que escribe en particular los que lo fascinan. Son en cambio sus historias, los acontecimientos que viven los que hacen, según él mismo ha declarado, que le resulten tan atractivos.

Estamos trabajando con un autor para quien los ladrones son un obrero más, una clase más de trabajador. Trabajadores particulares, claro, trabajadores que descreen de la movilidad y de las leyes de seguridad social. Pero que sin embargo no quieren lo mismo para sus hijos y sus familias, para quienes nunca quieren menos que un acomodado lugar en la sociedad

³⁹ Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.

⁴⁰ Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Booket, 2005.

burguesa. Un buen ladrón no deja de ser en los textos de Ragendorfer un padre preocupado porque su hija pueda asistir al colegio e incluso a la universidad y se convierta en una buena profesional que pueda conseguir un buen sueldo en un respetable estudio de abogados.

Es que Ragendorfer dice estar convencido de la existencia de miles de “espíritus llenos de luz” entre toda la oscuridad del hampa. Sujetos que desayunan ginebra minutos antes de cometer un atraco pero enseñan oficios los fines de semana en el club social de su barrio; temibles estrategias del robo a gran escala que jamás dejan de pasar la mensualidad a sus hijos de primeros matrimonios y mantienen excelentes relaciones con todas y cada una de sus ex esposas, como el temible Ronald Biggs. Sujetos como el huidizo Vilarino, capaces de poner en ridículo una y otra vez a los comisarios más temidos de la historia de la policía bonaerense. Sujetos que, para Ragendorfer, nunca son *un chorro más*.

El artículo *Vilarino: El rey de la fuga*⁴¹ es un claro exponente de la etapa “delincuencial” de la que forman parte los textos de *Vidas ejemplares*. Como si hubiese ocurrido una inversión de roles sacada de un libro de Bajtín, digna de una saturnalia, en el mundo Ragendorfer un sujeto de las características de Jorge Eduardo Vilarino merece cuanto menos la atención del autor. Y, como hemos dicho, una nota en *Cerdos & Peces*, la revista de la comunidad *under* de la Argentina de los ´80.

La sección de la revista que albergaba los escritos del autor se llamaba, como hemos dicho, *Vidas Ejemplares*. El nombre parece indicar algo, allí no se hablaba de sujetos que todas las mañanas se levantan y van a trabajar para cobrar su paga a fin de mes como oficinistas o policías. Ragendorfer consideraba ejemplares, a juzgar por el recorte temático que opera en la sección, las vidas de aquellos que saben mantener una línea de conducta, de aquellos que no traicionan sus ideales; eran publicadas las vidas ejemplares las de las personas que están dispuestas a todo menos a dejar de lado sus deseos, sus pasiones más bajas, sus modales. Personajes que tampoco estaban dispuestos a dejar de robar: los caracteres de las historias de *Vidas ejemplares* parecen creer que el trabajo burgués atenta contra el normal jubileo del desenfreno pulsional.

Vilarino, por ejemplo, es capturado por última vez a los 53 años, en 1984, cuando cubría a unos compañeros que, junto con él y al mando de un mafioso francés, escapaban de la cárcel Modelo de Barcelona. Un tiro en la pierna y otro en el antebrazo detuvieron su escape pero no le impidieron distraer a los policías para que sus compañeros sí pudieran alcanzar la

⁴¹ Ragendorfer, Ricardo. “Vilarino: El rey de la fuga” en *Cerdos & Peces*, S/D.

libertad. Noble episodio, el trabajo en equipo fue exitoso y quien cubría la retaguardia no hizo más que engrandecer la huída. Ragendorfer lee el episodio como una oda a la lucha por la libertad y, a título de medalla apócrifa, decide narrar cómo al menos una pequeña parte del escapista Vilarino pudo gozar del libre albedrío. Entre las balas de los guarda cárceles, aún entre el dolor y el espanto.

“Vilarino había comenzado a abrir fuego cuando un golpe lo tiró hacia atrás. El dolor explotó: pensó que la pierna se le partía en dos. Al caer, pudo notar la sangre caliente corriéndole libremente por su pantalón.”

Si el libre no es el sujeto completo, lo será entonces un sujeto fragmentado, dinámico, prismático. Si el libre no es Vilarino, lo será su sangre caliente, corriendo *libremente* por su pantalón. En cada acto de rebeldía, en cada robo, en cada tiroteo Ragendorfer dice encontrar un grito de libertad, de deseo, de emancipación. En sus textos el hampón sabe que su delicia es efímera y no pierde de vista la necesidad de saborear cada instante fuera de las rejas en su totalidad, como si un segundo después todo pudiera volver a oscurecerse y entonces el escudo, entonces otra vez la hermeticidad y la introyección. Vaya si tiene claro el delincuente los códigos de su trabajo en los textos de *Vidas ejemplares*. “La única diferencia real entre un taxista y un soberbio delincuente -ha dicho Ragendorfer al autor de esta tesina en una entrevista personal- es la ausencia de momentos lumínicos en la vida del primero”.

2.6 Otros ladrones

En la novela de Mario Puzo, Don Vito Corleone le dice a su hijo Mickey, en el momento de empezar a preparar la estrategia para recuperar el poder que empezaba a perder, desde una cama de hospital y a propósito del asesinato de su primogénito Sonny, “la venganza es un plato que ha de comerse frío⁴²”. La frase -tal vez sea innecesario aclararlo- hace alusión a la inconveniencia de pensar “en caliente”, irracionalmente y dominado por la ira. No son los mafiosos de Puzo los hampones de Ragendorfer. Vilarino, a diferencia de los sicilianos, no puede pensar en un futuro estratégico, en un futuro racional donde la organización y administración de algún tipo de poder asegure alguna cosa. Su futuro se acaba en el próximo instante, y como un ave fénix vuelve a nacer si entonces el escenario es otro que una jaula con rejas. Cuando, aún frente a un posible proceso de *reeducción*, sus amigos y camaradas le proponen un nuevo golpe, el *Rey de la fuga* no piensa en lo contraproducente de la propuesta, en la encrucijada moral frente a la cual, una vez más, se encuentra. Lo que dice es “si los agarra

⁴² Puzo, Mario, *El Padrino*, Barcelona, Grijalbo, 1970.

la yuta, aunque yo no esté metido, me como un garrón igual. Si estoy, en una de esas las cosas salen mejor. Perdido por perdido, me mando con ellos⁴³.” Nada de perder la conexión con el presente, nada de caer en el círculo vicioso⁴⁴ de Nietzsche; el Vilarino del texto de Ragendorfer -no podemos confirmar qué pensaría el de carne y hueso, varios años hace ya que ha muerto- parece acordar con las ideas del filósofo alemán Friedrich Nietzsche mucho más que con las modernas ideas de Immanuel Kant.

Al respecto del modo de narrar este destino incierto de los hampones no en los textos de *Vidas ejemplares* sino en los escritos de *La bonaerense 1* y *La bonaerense 2*, el periodista de Página/12 Horacio Cecchi dice, consultado por este tesista: “la diferencia creo que es estilística. Yo veo que se hace una pseudo ficcionalización en *La bonaerense 1*. El lector es instalado de una manera mucho más verídica en el relato. En *La bonaerense 2* es mucho más cerrado el texto, más periodístico en el sentido clásico. Como si se apelara a elementos más tradicionales. En cambio en *La bonaerense 1* es como si estuvieran contando un cuento, van metiendo de a poco a los lectores en la historia. Por ejemplo, en ese libro pasa lo que en la película [de Quentin Tarantino] *Perros de la calle*. Cuenta la historia como un relato dentro de un relato, esa es la estrategia para atraer al lector. [El actor norteamericano] Tim Roth que empieza a contar cómo se mete en la banda y le cuenta a la misma banda una historia inventada. Eso se hace en *La bonaerense 1*. En *La bonaerense 2* todo es más formal, es un libro de estructura mucho más formal.”

No es casual que Horacio Cecchi piense en una película de Tarantino para hacer una analogía con el modo narrativo verificable en el primer tomo de *La bonaerense*; de hecho sugiere que una lectura atenta de la película *Perros de la calle* permitiría catalogarla como una *clase-teórica-de-cine-mafioso*. También Tarantino es un autor especialmente preocupado por los personajes de los márgenes, por las historias de aquellos que violan la normativa establecida sin nunca plantearse como objetivo particular enriquecerse o disfrutar de las bondades del universo burgués.

En la primera parte de la trilogía *Kill Bill*⁴⁵ ocurre algo aún más significativo que permite establecer un cruce que puede resultar interesante entre literatura, ficción y periodismo en los términos en los que Cecchi plantea la estrategia narrativa de *La bonaerense 1*, verificable en

⁴³ Ragendorfer, Ricardo, “Vilarino: El rey de la fuga”, op. cit.

⁴⁴ Klossowski, Pierre, *Nietzsche y el círculo vicioso*, Buenos Aires, Ediciones Terramar, 2005.

⁴⁵ Tarantino, Quentin, *Kill Bill: Vol. 1*, 2003. Publicada por Miramax Films, con la actuación de Uma Thurman, David Carradine, Michael Madsen y Daryl Hannah.

muchos de los textos posteriores de Ragendorfer, como *Patán, el per ito*⁴⁶. En la película Tarantino retoma la frase utilizada por Puzo (“La venganza es un plato que sabe mejor frío”), publicada por primera vez en el libro de 1782 *Les Liaisons Dangereuses* de Pierre Choderlos de Laclos⁴⁷. Aunque Tarantino es un maestro del arte de recrear hampones, los integrantes del *Deadly Viper’s Assassin Squadron*⁴⁸ son, a juzgar por sus características, malvivientes distintos a los que ocupan las páginas de *Vidas ejemplares*.

Tarantino sabía que aunque Beatrix Kiddo (Uma Thurman), Bill (David Carradine), Elle Driver (Daryl Hannah) y todos los demás fuesen perfectos personajes rocambolescos, lo imposible de ese universo era el motivo mismo de la película. Un ladrón, un asesino de las páginas policiales de un periódico matutino porteño no vuelve y hace un viaje iniciático por venganza, como sí hace el personaje principal de la película. Jorge Eduardo Vilarino, el Rey de la fuga, puede -mientras hace el servicio militar y se le asigna la tarea de ser chofer de un coronel- robar el arma de su jefe y con el uniforme del Ejército Argentino perfectamente planchado hacer una “salidera de banco”. Pero nunca volverá por la sangre del ex militar, vecino de su infancia en San Telmo, que lo reconoció en el ilícito y lo condenó a partir de su delación a tres años y medio de prisión. Tarantino parece considerar la ruptura en el pacto de verosimilitud del film que supone perder de vista que un ladrón *de verdad* -hablamos de un ladrón de los que pueblan las páginas de los textos de Ragendorfer, no de un asesino, no de un mercenario- no volvería por la sangre de sus delatores.

Tarantino resuelve esta tensión a través de la instalación de la historia en un universo doblemente ficcional. Ficcional en principio porque sus personajes jamás han cometido *efectivamente* un ilícito, nunca han hecho nada de lo que la historia dice que hicieron. Y en segundo lugar porque la frase inicial de la película, ese epígrafe que establece la dirección *correcta* de lectura a modo de párrafo, a un pueblo que no existe, que no existió jamás. “La venganza es un plato que ha de comerse frío” dice el letrero que abre la película, “viejo proverbio Klingon”. La imposible comunidad Klingon, que recibe el nombre de su jefe, el teniente Willbur Clingan, es parte de la cosmogonía de Star Trek, la serie televisiva de los años ‘70.

⁴⁶ Ragendorfer, Ricardo, “Patán, el per ito”, op. cit.

⁴⁷ Una detallada revisión de este incunabulo puede ser visitada en <http://www.site-magister.com/laclos.htm>.

⁴⁸ Así el nombre del grupo de mercenarios al que pertenecen los personajes principales del film.

Con la citada adjudicación al inverosímil pueblo Klingon, la frase con la que abre la película Tarantino propone una nueva línea de lectura en la que no se relativiza el mundo “delincuencial” planteado en, por ejemplo, *Vidas ejemplares* o *Robo y falsificación de obras de arte en la República Argentina*.

2.7 Códigos

El respeto, la entereza moral y el acatamiento absoluto de los códigos de la calle son tres características inevitables de un hampón admirable en los artículos de *Vidas ejemplares* trabajados. Tres características que -nos lo dirá unos años más tarde el periodista en las dos entregas de *La Bonaerense*- no han de encontrarse en los policías de la provincia de Buenos Aires. En *El rey de la fuga* se cuenta cómo un gran robo que Vilarino efectúa con sus amigos es descubierto luego de que uno de los secuaces invierta muchísimo dinero en un auto carísimo, regalo para su hermano. El antihéroe de la historia estaba temporalmente *guardado*⁴⁹ en Montevideo -Jorge Eduardo Vilarino se sabía acorralado, en un país que le era ajeno y con pedido de captura internacional-, donde por orden de un superior y sin riesgos un comisario uruguayo de apellido Otero lo captura. El policía, cuenta Ragendorfer, nunca se destacó por haber salvado vidas, evitado grandes ilícitos o siquiera haber participado de operativos riesgosos. Todo lo que Ragendorfer dice de él es que más tarde, y aún en servicio, “adquirió cierta notoriedad como árbitro de fútbol”⁵⁰.

De los ladrones que considera respetables, en cambio, siempre puede decir cosas buenas. Tal vez sea necesario volver aquí a aquella hipótesis que esbozábamos en el principio de este capítulo. La construcción social que opera sobre el que infringe la ley hace que usualmente por sentido común se establezca una relación ideológica⁵¹ entre el significante *ladrón* y el significado *persona que roba*. En el universo Ragendorfer puede en cambio verificarse una cierta subversión de los estatutos de aquello que se conoce como *normalidad* que lleva a que se empiece a tener en cuenta el carácter dinámico del signo y deje de ser el ladrón *aquel que roba* para ser también aquel que jamás dejaría a un compañero, aquel que puede burlar de las maneras más insólitas y con total eficacia la seguridad de las mejores cárceles, aquel que *a pesar de todo* es un gran padre.

⁴⁹ En la jerga del hampa, dícese de aquel que está escondido o haciendo gala de un muy bajo perfil para evitar levantar sospechas.

⁵⁰ Ragendorfer, Ricardo, “Vilarino: El rey de la fuga”, en *Cerdos & Peces*, S/D, columna 5, párrafo 2, línea 41.

⁵¹ Verón, Eliseo, *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995.

El policía necesita del ladrón para constituirse como tal y el ladrón es -en el mejor de los casos- el alter ego del policía, cuando no un adjetivo para el oficial. Ragendorfer dice saberlo y también lo saben los policías, todos, y cada uno de los ladrones. Pero, una vez más, en sus textos el ladrón de casta es un sujeto respetable, de entereza moral aparentemente envidiable y acatador obsesivo de los códigos de la calle. No parece haber policías que se destaquen en su labor y ostenten además estas tres cualidades. Lejos de eso, luego de leer los dos tomos de *La Bonaerense* pueden encontrarse dos comisarios, un juez y un secretario de Seguridad bonaerense de quienes podríamos sospechar que podrían llevar sin empañarlas estas características. Por eso, frente a las cualidades festejables que adjudica a los hampones, el autor sólo puede lamentar las falencias de los policías.

“Como ladrón, Vilarino acumuló un curriculum nada despreciable. Dentro de ese marco, siempre desdeñó las variantes bastardas de la profesión, como el ‘escruche’ (reviente de cerraduras), el ‘boleo’ (descolgarse de muros para entrar en departamentos) y la ‘punga’ (carterismo) y, por lo tanto, ingresó en una casta delictiva sólo accesible para los más hábiles y audaces: la pesada. [...] Durante los años venideros, la presencia de Vilarino demostró, entre otras cosas, la vulnerabilidad del sistema carcelario”⁵².

La aposición *entre otras cosas* en la anteúltima línea de la cita debe ser leída como un gesto de bondad del periodista hacia la policía. Porque aunque a Ragendorfer jamás le preocupó ser bien visto por los azules⁵³ -incluso en ambas entregas de *La Bonaerense* insiste en llamar “Patas negras” a los policías de esa provincia- ni poner en peligro su vida por ofender constantemente a una institución tan corrupta e innegablemente mafiosa como la policía de la provincia de Buenos Aires, es importante reconocer el límite claro de la puesta en ridículo que opera en los artículos de *Vidas ejemplares*. La ironía y la concesión son las estrategias recurrentes del periodista, que usa como dagas filosas para exponer su crítica a la institución policial. Pero siempre que existe la oportunidad utiliza también una mera descripción a modo de silogismo para interpelar al lector y señalarle el poco respeto que la policía le merece. Esta última estrategia, empero, sólo se aplica a oficiales que sean tenidos a bien por Ragendorfer. Como pasa con el comisario Evaristo Meneses.

“Al día siguiente, traído por un avión de Prefectura, [Jorge Eduardo Vilarino] llegó al Aeroparque. Lo custodiaba toda una guardia pretoriana. Había decenas de periodistas, policías y funcionarios; el público no dejaba de aclamarlo... parecía un político regresando del destierro. A

⁵² Ragendorfer, Ricardo, “Vilarino: El rey de la fuga”, op. cit.

⁵³ Ver Saccomanno, Guillermo, “El vengador del pueblo”, op. cit.

la derecha de la pista, el comisario Meneses, vestido con sus mejores galas, ensayó una sonrisa al ver bajar del avión a su codiciada presa”⁵⁴.

Nótese además, en el párrafo precedente, la comparación de la llegada de Vilarino al país con la vuelta del general Juan Domingo Perón (“...parecía un político regresando del destierro”). No es común encontrar en los textos de Ricardo Ragendorfer remisión tan directa a un político en particular. Y es que parece haber tres clases de sujetos cuyas vidas Ragendorfer tiene interés en cronocar. Por un lado están los policías, por otro los ladrones; y más allá los políticos, personas oscuras que ostentan ser los dueños de los hilos de ese mundo de marionetas que es el de los dos primeros. Sin embargo, la distancia con el político es en la mayoría de las veces gigantesca. Lo cual no evita, claro, la crítica despiadada y una denuncia constante aunque siempre discreta.

2.8 Sujetos inquietantes

Ragendorfer parece creer que es un error del sujeto moderno creer que los ladrones, los hampones, los marginales son esa especie de monstruo con el que se los representa en medios de comunicación masiva, libros e historias. Es un error creer que aquel que no acepte un modo de vida impuesto, por momentos inadmisibles, *contranatura*, es una falla del sistema, un corrupto, un -la etimología de la palabra es maravillosa- *malviviente*. Sí es el ladrón una molestia para el ciudadano burgués promedio, sí es el hampón un peligro para la pequeña y mediana empresa, sí es el marginal un riesgo para los ciudadanos que, laboriosos, vuelven tarde después de una jornada compleja a su casa calefaccionada.

No hay que entender por esto que Ragendorfer crea que llegar a casa y encontrar todo revuelto para luego descubrir que alguien huyó con la medalla de oro del abuelo es una situación simpática. No. Y aunque en algunas líneas de sus textos Ragendorfer haga de ladrones e ilegales una idealización romántica, ha dicho a este tesista que no es a los hampones a quienes idealiza sino que se fascina con las historias que ellos viven. Pero dice descubrir en ellos, sin embargo, cualidades que no se esperan de *cierta clase de sujetos*. Dice, por ejemplo, del “Pichón” Laginestra

“Nacido en Coronel Bogado, Santa Fé, en el verano de 1937, no tardó en hacer gala de una mezcla envidiable de astucia y audacia, atributos, por lo habitual, sorprendentes en alguien de

⁵⁴ Ragendorfer, Ricardo, ídem.

baja estatura, contextura mínima y cabeza de pepino. No obstante, su mirada -como la de Franz Kafka- revelaba toda la profundidad que el resto de su cuerpo omitía.⁵⁵

Laginestra y Kafka no comparten ni la época, ni la apariencia ni la pluma. Pero, a la vez, son personas que siempre parecen esconder algo. El Laginestra de Ragendorfer y Kafka han podido ver que *no se puede más*, que *algo hay que hacer*, que no se puede esperar a tener una vida mejor unos años más adelante. La transformación debe ocurrir ya, aquí y ahora.

Es entonces cuando ese Laginestra y Kafka son a la vez Gregor Samsa⁵⁶, Laginestra y Kafka -ya convertidos en ese cuerpo extraño, provocador, difícil de mirar- ya no pueden siquiera hablar y ser entendidos. Sus palabras, así como sus acciones y su vida toda, se han alejado del overol y la camisa blanca lo suficiente como para no ser entendidas, como para no ser más que un ruido absurdo que molesta al transeúnte, que incomoda al jefe o que horroriza a la vecina que quiere mirar por la ventana para ver qué pasa en esa habitación. Esclarecedora coincidencia, Gregor y Laginestra inquietan por igual a los oficiales de policía. Por los mimos motivos incluso.

“-Señor Samsa -dijo, por fin, el principal con voz campanuda-, ¿qué significa esto? Se ha atrincherado usted en su habitación. No contesta más que sí o no. Inquieta usted grave e inútilmente a su padre y, sea dicho de paso, falta a su obligación en el almacén de una manera verdaderamente inaudita. (...) Ciertamente que el jefe me insinuó esta mañana una posible explicación de su falta: referíase al cobro que se le encomendó a usted hiciese anoche efectivo: mas yo casi empecé mi palabra de honor de que esta explicación no venía al caso. Pero ahora, ante esta incomprensible testarudez, no me quedan ya ganas de seguir interesándome por usted.”⁵⁷

Inquietar, molestar a la familia y faltar a las obligaciones burguesas son actitudes que - en el relato- deben ser reprimidas; la policía debe cuidar que esas cosas no ocurran. Incomprensiblemente, pareciera que para una sociedad ir en contra de la familia establecida - ser homosexual o drogadicto, por ejemplo; no cumplir con las obligaciones laborales- es un hecho delictivo o simplemente anti natural. Y entonces son la policía y los hospitales los que se encargan de curar esos males. Males que rápidamente criminalizan al sujeto como criminalizan al cuerpo contenedor de Gregor Samsa. Le toma sólo unas líneas al oficial principal dejar de lado la cháchara para sugerir abiertamente que lo que pasaba con Samsa -que, sujeto *formal* y

⁵⁵ Ragendorfer, Ricardo, “La muerte del último bandido”, en *Cerdos & Peces*, Buenos Aires, diciembre de 1986.

⁵⁶ Kafka, Franz, “La metamorfosis y otros relatos”, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1992. Traducción de Jorge Luis Borges.

⁵⁷ Ídem.

juicioso, osaba molestar a su familia y a su jefe- era que se había robado el cobro que su superior le encomendara la jornada anterior.

2.9 Romper las reglas

En efecto, con sus bondades y miserias, los ladrones de Ragendorfer son iguales a cualquier ciudadano de la Capital Federal, a cualquier vecino del conurbano o de cualquier ciudad del interior. Dice Ragendorfer del “Lacho” Pardo: “[...] Por lo demás, la fisonomía del pistolero -petiso, medio calvo y con tendencias a la obesidad- no correspondía con el arquetipo clásico del lumpen irredento”⁵⁸. Y cuando dice “el arquetipo clásico del lumpen irredento” hay que entender *lo que está instalado en el imaginario social sobre cómo es y cómo se ve a un marginal*. Si el objeto de este estudio fuera otro, podríamos detenernos un buen rato en *qué es* aquello instalado, qué era a mediados de los ochenta cuando el periodista firmaba “El Lacho Pardo y la ametralladora”. La cuestión es que, aún hoy, el Lacho Pardo no es *el arquetipo clásico del lumpen irredento*. Más bien se parece al estereotipo que puede encontrarse en carteles y publicidades del cocinero de una fonda del bajo o de una pizzería de la calle Corrientes.

Además de gordito y petiso -como el *pichón* Laginestra-, el “Lacho” es construido como un buen padre de familia. Dice Ragendorfer en la bajada de su artículo que era “un diligente padre de familia con un oficio inusual”. Porque ese es el centro de la cuestión para el periodista. No está él hablando de temibles asesinos que matan por el amor al perfume de la sangre caliente, sino de padres de familia, artistas y escritores⁵⁹ que descartan absolutamente la posibilidad de llevar adelante una vida en los términos en los que la plantea el sistema.

Es especialmente llamativo el caso de Horacio Pardo, el “Lacho”, porque -de los ladrones presentados por Ragendorfer en *Vidas Ejemplares*- su vida es planteada como la más ordenada, la más discreta, la menos, en palabras del autor, *contrahegemónica*. Lejos de la poligamia de Ronald Biggs, el “Lacho” respeta por sobre todas las cosas la unidad de su familia, suegra incluida. Suegra incluida, aún en contra de aquella creencia popular sobre lo odioso de la figura de la madre de la esposa en una familia tipo. La cuestión es que la madre de la mujer de Pardo se encargó de cuidar a sus hijos y de entrenarlos en el arte de cerrar la boca cada vez que Pardo debió *guardarse* por un tiempo. Cuenta Ragendorfer:

⁵⁸ Ragendorfer, Ricardo, “El Lacho Pardo y la ametralladora”, en *Cerdos & Peces*, Buenos Aires, S/D.

⁵⁹ Ver Ragendorfer, Ricardo, “Georges Arnaud: El salario de la utopía”, en *Cerdos & Peces*, Buenos Aires, mayo de 1987.

“[...]El ‘Lacho’ saltó de aguantadero en aguantadero, llevando siempre consigo a su compañera y sus dos hijos, de cinco y un año, respectivamente. El ‘Lacho’ tendría un trabajo poco común, pero siempre se mostró como un diligente padre de familia. Recién cuando la búsqueda policial comenzó a amenazar su libertad, Horacio Pardo dejó a los niños al cuidado de su suegra”⁶⁰.

Presentado por Ragendorfer como un secreto amante de la *vida modelo*⁶¹, no resulta paradójico que el “Lacho” haya caído como consecuencia de una de las prácticas más siniestras de la clase media argentina. Un vecino circunstancial, sospechando “que en algo andaría”, lo denunció y entregó a los policías. En lo que el autor considera un acto de redención, Pardo se escapó de la Penitenciaría Nacional -la “cárcel de Caseros”- luego de sobornar fuertemente a los guardiacárceles.

Algo parecido le pasó al “pichón” Laginestra. Menos amigo de placeres burgueses como la familia y los vecindarios y más respetado por sus pares, Juan José Ernesto Laginestra fue asesinado en un tiroteo con la policía luego de que una vecina que espiaba por la ventana la siesta de la cuadra lo denunciara. Ragendorfer dice que la mujer era “gorda, paranoica y probablemente estúpida”. Laginestra, sugiere el periodista, *merecía algo mejor*. Para Ragendorfer el ladrón, el hampón que ataca transportes de caudales, que roba las cajas fuertes de bancos y grandes empresas, el renegado irreverente de *Vidas ejemplares* no atenta contra los seres humanos, atenta contra el sistema.

Una compleja ruptura del entramado social impide la comunión entre los que están de un lado y del otro de ese sistema. Así, en los textos de Ragendorfer el peor enemigo es siempre el corrupto, el que agazapado tras la ventana como esperando su víctima manda conscientemente a matar a un hombre, un hombre como cualquier otro que cometió el imperdonable crimen de ir en contra de las reglas de la sociedad, de elegir un destino que Ragendorfer considera irredento, nuevo, libertario.

Romper las reglas es delito. Y los buenos vecinos saben condenarlo.

⁶⁰ Ragendorfer, Ricardo, “El Lacho Pardo y la ametralladora”, op. cit.

⁶¹ En un segundo nivel de análisis, es lícito decir que Horacio Pardo es un amante de la vida modelo también en el sentido en el que entiende el término la banda de rock alternativo contemporánea *Juana la loca*, en su canción homónima: *Este es el camino / donde todos buscan algo/ yo soy mi destino /porque creo en lo que hago /La vida modelo /es un gran supermercado /vos podés ser libre /vos podés ser dominado /Es tu decisión /quizás lo mejor llegó /Después del colegio /trabajar, volverte viejo/ son los eslabones/ que la vida te propone /Es tu decisión /quizás lo mejor llegó*.

Los delfines

La policía, el periodismo y lo noticiable en La Bonaerense 1 y 2

3.1 La figura del policía bonaerense

3.1.1 El bonaerense

El secretario de un juzgado federal del conurbano bonaerense grafica con precisión el accionar de un policía de la provincia de Buenos Aires en las primeras páginas de *La Bonaerense*:

“-Si un federal no está de acuerdo con una orden, te lo va a discutir hasta la insubordinación; y a vos te queda claro que ese tipo no va a cumplir con lo que le mandaste, sino que va a tratar de que quedes con un idiota. El Bonaerense, en cambio, te va a decir siempre ‘sí, doctor, lo que usted ordene’, de un modo a veces servil; pero cuando diste la vuelta, te clavó un puñal por la espalda”⁶².

Ricardo Ragendorfer adjudica el gran salto cualitativo en el estado de corrupción de la policía bonaerense de finales de los ´70 al general Ramón Camps. El militar genocida, que dirigió la institución desde 1977 hasta los últimos días de la siniestra dictadura, inició con fines de “autofinanciamiento operativo” lo que rápidamente se convirtió en “operativo de financiamiento personal”⁶³ propio y en tradición para todos los jefes subsiguientes. Fueron él y el comisario Miguel Etchecolatz, dice Ragendorfer, quienes convirtieron a la policía bonaerense “y especialmente a sus brigadas de Investigaciones en máquinas de matar que trabajaban a destajo y cobraban sus horas extras de entre los bienes robados a sus víctimas”⁶⁴.

En esa policía, cuyos principales métodos eran “el asesinato y la tortura; el secuestro y su figura anexa, la extorsión; el ‘botín de guerra’; la rapiña”⁶⁵ se formaron los principales jefes, punteros y mayores de la policía bonaerense. Particularmente, aclaran Dutil y Ragendorfer, los que comandan la calle.

3.1.2 Los libros

Los libros “La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires” y “La Bonaerense 2. La secta del gatillo” fueron escritos por Ricardo Ragendorfer el

⁶² Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Booket, 2005.

⁶³ Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, op. cit.

⁶⁴ Ídem.

⁶⁵ Ídem.

segundo y por Carlos Dutil y Ricardo Ragendorfer el primero. De no haber muerto Dutil durante un partido de fútbol 5 en la selva ecuatoriana, probablemente la firma del segundo volumen también sería compartida.

Ambos son libros que hablan del *menemato*.

Mientras que *La Bonaerense* es un texto de corte por momentos académicos, de una velocidad formidable y que sienta las bases para entender el funcionamiento de la policía de la principal provincia de la república argentina, *La secta del gatillo* es “una crónica en clave de thriller, llena de acción, ajustes de cuentas, mejicaneadas y secuestros, que pone al desnudo la gran empresa delictiva en la que se ha convertido la fuerza de la ley”⁶⁶. La recomendación es leer los libros empezando por el último, publicado originalmente en 2002. Así, al momento de leer *La Bonaerense 1* la densidad de datos y referencias dejarán de parecer parte de un relato de ciencia ficción para convertirse en estadísticas reales de una institución putrefacta, siniestra y de luz mortecina. A diferencia de “La secta...”, “La Bonaerense” (1997) incluye algunos elementos para facilitar la lectura al lector no iniciado. Por ejemplo, un organigrama con la estructura de la policía de la provincia de Buenos Aires⁶⁷. Un apartado de agradecimientos (“Gracias”) que pone de manifiesto, de sopetón y en pocas líneas, la influencia directa del asesinato del fotoperiodista de la revista *Noticias* José Luis Cabezas en el proceso de investigación que da lugar al libro, donde puede leerse: “todas las gentes que estaban alrededor de nosotros se sacudieron como monigotes y nos convertimos en una desesperante versión de Laurel y Hardy. Ayudarnos fue entonces infinitamente más difícil para todos.”⁶⁸ El asesinato ocurrió el 25 de enero de 1997.

También incluye el libro un pequeño apéndice -“Las fuentes”- que documenta al detalle todos los elementos que prueban y dan consistencia a la investigación. Pueden encontrarse allí desde números de expedientes y juzgados hasta fechas de entrevistas con ex policías, policías y genocidas de todo tipo. Hay más en “Las fuentes” sobre la muerte del fotógrafo. “El asesinato de José Luis Cabezas, las amenazas y represalias que sufrieron muchos de quienes colaboraron con nosotros convirtieron lo que era un riesgo calculado en un peligro

⁶⁶ Saccomano, Guillermo, “El vengador del pueblo”, en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 8 de diciembre de 2002.

⁶⁷ Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, op. cit. Página 6.

⁶⁸ Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, op. cit. Página 309.

concreto”. Encontramos sobre el final del libro, además, un glosario de términos *tumberos*⁶⁹ y policíacos -las palabras son las mismas en ambos ambientes- para quienes no estén familiarizados con el registro léxico.

Aunque hay un último apartado que da cuenta de las pretensiones realmente teórico-académicas de *La Bonaerense*. Se trata de un índice de nombres que es en realidad un índice temático para ubicar fácilmente a un sujeto en el relato y así contextualizarlo. Impensable para una obra de ficción y sumamente dificultoso de confeccionar, la existencia de tal índice es una reafirmación del carácter denunciante del libro. El esfuerzo que hacen los autores de “La Bonaerense” para documentar cada frase, cada dato, cada referencia del libro es colosal y no fracasa. Todo lo que se dice en el libro parece perfectamente comprobable.

El comisario (R) Mario Naldi confirma la hipótesis que sugiere que la publicación del volumen ha enojado tanto a la policía toda. “A mí me hicieron mucho daño con ese libro, querido”⁷⁰. Aunque, según sugieren ciertos hechos ulteriores -su escandalosa participación en el operativo antidroga *Café Blanco*, donde desapareció sospechosamente una tonelada de la cocaína secuestrada, por ejemplo-, el retacón ex titular de la delegación Tigre no es una fuente muy confiable.

3.1.3 El lugar del policía

Desocultar (*entebergen*), en términos del filósofo alemán Martin Heidegger⁷¹, parece ser el gran tema en la construcción que hace Ricardo Ragendorfer de policías y ladrones. En el caso particular de los hampones, trayendo al frente (*hervobringen*) sus bondades veladas, sus características más apreciables empañadas por esa *aura maligna* que rodea su figura.

La operación inversa se aplica a la construcción de los uniformados. Como una cuestión fenoménica, el ladrón necesita del policía para constituirse como tal y el policía no es nada sin un antagonista de cualidades tan particulares como las del ladrón. Piensa Ragendorfer que los *chorros* son gente técnica y psicológicamente preparada para activar su libido ante una posible vulneración. La prueba más acabada de eso -dice- es el asalto a la sucursal Acassuso del Banco Río, llevado a cabo el 13 de enero de 2006 de una manera *exquisita*. Los ladrones incluso simulaban una toma de rehenes para llevarse más de 600.000 pesos y el contenido de 145 cajas de seguridad, dentro de las cuales habría al menos un millón de dólares y ocho kilos

⁶⁹ Tumberos: carcelarios.

⁷⁰ Saccomano, Guillermo, “El vengador del pueblo”, op. cit.

⁷¹ Heidegger, Martin, *Aportes a la filosofía: acerca del evento*, Biblos, Buenos Aires, 2003.

de joyas. El atraco, meritoriamente, es considerado el más audaz de la historia argentina por la prensa especializada.

“Nadie se toma el trabajo de hacer un plan tan perfecto sin un deseo tan perfecto. No es sólo afanarse la guita. La cuestión primordial, y más que el botín, es llevar adelante ese plan”. Ragendorfer dice también que la libido de los policías, en cambio, pasa tanto por desbaratar delitos como por cometerlos. Al respecto, en una entrevista personal ha declarado a este tesista que en 8 horas de escuchas al ex comisario Juan José Ribelli (“Juancito”, “el patroncito”) el oficial sólo durante dos minutos y medio habla de su trabajo estrictamente policial. El resto “son todos negocios”, ha dicho.

Ragendorfer afirma que los asesinatos de gatillo fácil que tienen como víctimas a pequeños ladronzuelos, así como también los operativos en villas miserias y barrios marginales en búsqueda de carteristas y *malandras* no iniciados no son más que estrategias para regular lo que él llama la “sensación de inseguridad” de la sociedad. Para reafirmar el lugar del policía y para solidificar los lazos simbólicos que unen la figura de los uniformados a la contención del pueblo. En una entrevista personal, el autor expuso su posición sobre la relación de la policía bonaerense con los delitos cometidos en esa jurisdicción: “Yo no sé si hay una fascinación hacia la figura del ladrón, sino una fascinación a las historias que viven los ladrones. Algo parecido sucede con los policías. En el momento en el que empezamos a hacer *La Bonaerense* cuando se hablaba periódicamente de esa policía se hablaba únicamente del gatillo fácil, que de algún modo es el único delito sin fines de lucro que ellos cometen. De pronto descubrimos un mundo en donde, digamos, los tipos gerencian absolutamente todos los delitos”.

Pero en los dos tomos de *La Bonaerense* queda claro que en realidad el lugar del policía históricamente -o al menos desde la constitución de las policías provinciales en el segundo mandato de Juan Domingo Perón- ha sido otro. Puede leerse en la página 11 de ese libro: “En una fuerza que -a diferencia de la Federal- se caracteriza por el alineamiento político de sus cúpulas, el peronismo, en cambio, siempre tuvo un mayor *rapport* con sus jefes. Al fin y al cabo, fue durante el primer gobierno peronista que se firmaron las leyes que crearon la Policía Federal y sus hermanas provinciales y les dieron la uniformidad militarista con que hoy las conocemos. Una de las pocas cosas que la ‘Revolución Fusiladora’ de 1955 dejó en pie. Fue entonces cuando la Policía Bonaerense se constituyó como tal”.

Lejos de contener a la población, el policía la ha torturado, asesinado, robado, vejado y sojuzgado. Y Ragendorfer busca en todos sus libros y en cada uno de sus artículos la forma de desocultar esa quintaesencia maligna del policía que ha picaneado civiles, que ha armado causas, que regentea centros de juego clandestinos y cabarets. El ladrón es el que para Ragendorfer invariablemente busca una vida alternativa, el que no está de acuerdo con este sistema, el que anhela otra cosa. El policía, en cambio, es un sujeto cobarde que no se anima a ninguna revolución, a ningún cambio; un sujeto que no hace el menor de los esfuerzos para modificar nada. Pero, así y todo, quiere tomar del sistema todo lo que puede, quiere su fortuna personal aún a costa del dolor y el sufrimiento de los otros⁷². La impunidad, el maltrato y la mentira son sus armas. El ladrón destroza fortunas ajenas porque parece saber que en ellas está el germen de la ruina de la humanidad. Y, a diferencia de lo que suele creerse, la mayoría de los homicidios no son cometidos por ellos sino por amigos y conocidos de las víctimas⁷³.

3.1.4 La secta del gatillo alegre

Dice Rodolfo J. Walsh: “[...]Dijimos al referirnos a Tucumán que la violencia policial va siempre acompañada de corrupción. La secta del gatillo alegre es también la logia de los dedos en la lata. Pero esto será motivo de otra nota, siempre que no tropecemos en el camino con algún disparo de `prevención’”⁷⁴.

“La secta del gatillo alegre es también la logia de los dedos en la lata”. Extrañamente, Ricardo Ragendorfer *aggiorna* la frase y la adecúa al *slang* de los años noventa en el subtítulo de uno de sus libros. Tal vez para que no queden dudas, para que todos entiendan de qué se

⁷² Aunque Ricardo Ragendorfer escriba haciendo hincapié en la situación argentina de violencia y corrupción en la policía, a lo largo de toda América Latina puede comprobarse un estado similar de las fuerzas de seguridad. Y el descontento popular puede confirmarse en muchísimas obras culturales, desde pinturas hasta pequeñas narraciones, pasando por canciones y teatro amateur y profesional. Lo explícito de “Estrella distante” de Roberto Bolaño debería alcanzar para ilustrar la relación de los pueblos americanos con sus policías, y la canción “Alármala de tos” de los mexicanos Botellita de Jerez interpretada por Café Tacuba elimina cualquier posible ambigüedad. La letra de la versión -track 5 del disco Avalancha de éxitos- puede consultarse en <http://www.lyricsfire.com/viewlyrics/Cafe-tacuba/Alarmala-de-tos-lyrics.htm>.

⁷³ Rodríguez, Carlos, “Las armas al sur”, en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 22 de abril de 2004. Una versión completa del artículo puede leerse en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-83861-2007-04-22.html>.

⁷⁴ Walsh, Rodolfo, “La secta del gatillo alegre”, en Walsh, Rodolfo, *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

está hablando. “La secta del gatillo fácil es también la secta de las manos en la lata”⁷⁵, escribe como epígrafe del segundo capítulo de “La Bonaerense 2”, intitulado *Rapsodia en azul*.

A pesar de la alta referencialidad de la cita, el autor no ahorra en explicaciones sobre tamaña afirmación. Es que Ragendorfer tiene una certeza; Ragendorfer sólo acuerda con la frase de Walsh en eso de que el que mata sin demasiado preámbulo tampoco tiene problemas en robar. Porque para Walsh, al menos en los artículos *La secta del gatillo alegre*, *La secta de la picana* (notas 1, 2, 3 y 4) y *Vuelve la secta del gatillo y la picana* la policía de la provincia es una suerte de institución -Walsh resalta constantemente el carácter institucional de la policía bonaerense- híper violenta, una institución formada por ciudadanos analfabetos y marginales para quienes la vida, en cualquiera de sus formas, vale bastante menos que una ginebra en el bar de la esquina. Ginebra siempre bienvenida, por lo que cualquier botín que pagara una será bienvenido y, ocasionalmente, buscado. De hecho, “La secta del gatillo alegre” empieza así:

“El comisario Miguel Etchecolás (*sic*) es un hombre sensato, buen observador. Cuando se hizo cargo de la primera de Avellaneda, su mayor preocupación consistió en evaluar el personal con que contaba. Del resultado final de esas cavilaciones dio cuenta *La Nación* del 23 de marzo de este año: ‘Un curso de alfabetización para su personal fue iniciado en la comisaría primera de esta ciudad. A la inauguración de las clases asistieron el intendente y el párroco de la Catedral’.

Si el comisario de la primera de San Justo, Antonio Recaré, hubiera seguido el ejemplo de su colega, quizás habría evitado los episodios que ocurrieron en su jurisdicción el 1º de Mayo. Obviamente es difícil manejar un personal que necesita ser alfabetizado –por lo tanto analfabeto–, y él mismo tuvo una prueba cuando el jinete que tras derribar a una mujer perseguía fusta en alto al fotógrafo Zenteno Zegarra, le echó encima su caballo: qué comisario ni comisario”.

La idea de Ragendorfer, decíamos, es otra. Adecuada a los años ‘90, más acorde a una sociedad donde la violencia y la marginalidad no necesariamente están ligadas al analfabetismo. Una convicción acorde a una sociedad en donde no hace falta denunciar las maniobras corruptas e inmorales de un gobierno de facto para ser asesinado. Aquí alcanza con fotografiar a un empresario poderoso o con gustarle a un hijo del poder, como pasó en el caso María Soledad Morales. La certeza de Ragendorfer es la que esboza en la contratapa de *La*

⁷⁵ Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense 2. La secta del gatillo*, op. cit. página 37.

*Bonaerense*⁷⁶: la policía de efectivos inadmisibles se asocia con todo tipo de delincuentes en busca de dinero para financiarse y financiar la vida cinco estrellas de sus jefes. La violencia es sólo una forma de trabajo.

Walsh escribe:

“Si admitimos que los antecedentes los pone la policía, y el revólver también, esta historia cotidianamente admitida por todo el mundo es la misma historia de los menores Seijo y Rodríguez Fontán. Con la sola diferencia –que los matadores ignoraban en el momento de apretar el gatillo– de la edad y la condición social de las víctimas. Pero es un hecho que la comisaría de Florida inventó delincuentes a posteriori, y ‘encontró’ un revólver.”⁷⁷

En el glosario de *La Bonaerense* ya existe en cambio un nombre para designar al revolver “encontrado” (*perro*), y si de armar casos se habla la policía cuenta con la impunidad suficiente para crear uno asociado al narcotráfico por pedido o con la aceptación de un político de renombre. En la página 184 del mismo libro:

“[...] Era Julieta La Valle, amiga de Samantha Farjat, junto a quien estaba en el departamento de una amiga común, Natalia Denegri. Por motivos tan confusos como sus mentes, las tres muchachas, habitués de boliches y departamentos, se habían convertido en piezas clave en el armado del Operativo Cielorraso. La Valle hablaba al celular de [el agente de relaciones públicas Héctor] Yayo Cozza, confiscado por el principal Diamante. Farjat intervino en la comunicación para decir:

-Nosotras en algún lado le ponemos la ‘merca’.

[***]

Lejos de allí, Guillermo Cóppola tenía las huellas del miedo pintadas en el rostro. Había ido a las oficinas de Alberto Pierri para pactar un reportaje con Diego Maradona en el canal de cable del diputado. De pronto, cambió de tema, y dijo:

-Me están haciendo una cama...”

Como veremos más adelante, la violencia física ha sido reemplazada por los aprietes y los arreglos en clave económica. Lejos de las preocupaciones de Rodolfo Walsh por el uso

⁷⁶ Dice la contratapa de la edición de Booket (2005) del libro: “Con efectivos mal equipados, mal pagados y, sobre todo, mal reclutados y peor instruidos, La Bonaerense convirtió algunas de sus taras en parte de su sistema de supervivencia: capitalistas de juego y comerciantes irregulares trabajan desde hace décadas en sociedad forzada con las comisarías, pagando un canon para seguir existiendo.”

⁷⁷ Walsh, Rodolfo, “La secta del gatillo alegre”, op. cit.

desmedido de la picana, Ragendorfer asume que los de azul tienen completamente naturalizado el uso de ese elemento de tortura. Tanto es así que mientras para Walsh “patota” es el “grupo de especialistas en picana” (*El violento oficio de escribir*, página 172, párrafo 7, línea 23), Ricardo Ragenforfer y Carlos Dutil utilizan el término *patota* para referirse al “grupo operativo de policías vestido de civil” (*La Bonaerense*, página 320, línea 8). Es decir, en los ’90, si alguien es arrestado por un grupo de policías de civil -durante una represión a piqueteros en la estación de Avellaneda, por ejemplo- sabe que, muy probablemente, sufrirá ataques con picana. Eso, claro, siempre que no sea asesinado⁷⁸.

Ni Walsh ni Ragendorfer tienen el menor reparo en denunciar las maniobras criminales y fraudulentas de la policía de la provincia de Buenos Aires en todos y cada uno de sus escritos al respecto. Los dos son conscientes del peligro que tamaña exposición supone, pero eligen correr el riesgo. Walsh, exponiendo a sus lectores las posibles consecuencias que pueden tener sus notas, como cuando escribe:

“[...] La explicación de las balas es simple. Con un rifle 22, también robado a Grillo, los hombres de la brigada se entretuvieron en perforar latas el tiempo que les dejaron libres las partidas de chinchón y las sesiones de picana. Dejemos a Crucci en la heladera (mientras procuramos que él no nos ponga en la parrilla [n. del e.: *parrilla* refiere aquí a la cama de tortura]) y veamos quién es [...]”⁷⁹.

La estrategia de Ragendorfer es completamente distinta. Siempre que se le pregunta si teme alguna venganza por parte de los bonaerenses insiste en repetir aquella idea acerca del carácter infantil de los policías y cómo al leerse a sí mismos sienten, como hemos dicho antes, el “espíritu travieso del estudiante secundario al ver delatadas sus anécdotas”⁸⁰. Sin embargo, luego de la publicación de *La Bonaerense*, y en particular después de la muerte de José Luis Cabezas, Dutil y Ragendorfer se vieron obligados a esconderse y pasar a la clandestinidad. Ambos dejaron de lado trabajos, líneas de teléfono y cualquier tipo de contacto con amigos y familiares que no fuera estrictamente necesario. El recuerdo del miedo de aquellos tiempos es narrado por un Ragendorfer que se queda sin aliento luego de cada oración, de cada recuerdo:

“Una madrugada me encontraba solo en mi departamento, escribiendo, cuando creí oír unos sonidos extraños. Me atacó un escalofrío. Me parecía haber oído el ascensor. Y era el

⁷⁸ Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense 2. La secta del gatillo*, op. cit., página 88.

⁷⁹ Walsh, Rodolfo, “La secta de la picana. Segunda nota”, op. cit.

⁸⁰ Saccomanno, Guillermo, *El vengador del pueblo*, op. cit.

ascensor nomás. El ascensor subiendo. No me acuerdo tanto de lo que sentí como de lo que me acordé. Y me acordé del túnel de los huesos.⁸¹”

El túnel de los huesos hace referencia a la historia de unos presos que mientras cavaban un túnel para fugarse de la cárcel de Devoto se encontraron con cadáveres y restos humanos pertenecientes a presidiarios fusilados por policías que sofocaban un motín durante la última dictadura militar. Los escapistas se juraron no hablar del tema hasta que alguno estuviera nuevamente frente a la posibilidad de volver a la cárcel y entonces usarían el dato con el que contaban para extorsionar a los policías.

A Ragendorfer nunca lo atacó un bonaerense y las amenazas que ha sufrido las cataloga como “menores”⁸². No pasaba lo mismo con Walsh, constantemente amenazado, una hija muerta en un enfrentamiento con la policía muy poco antes de su propia desaparición. Es que los textos de Walsh tienen un plus, un carácter que excede lo denunciante, que no está presente de ninguna manera en los textos de Ragendorfer. Los escritos de Walsh exigen al estado que se haga cargo de la situación de corrupción policial y cada escrito provee al funcionario que le interese los datos suficientes para iniciar un proceso judicial. Por eso cada uno de los textos de la saga de *La secta del picana...* incluye declaraciones de testigos, datos personales, teléfonos, direcciones y hábitos de al menos un oficial responsable de diferentes masacres. El final de la primera nota de la serie *La secta de la picana* es, cuanto menos, explicativo:

“Estos son los métodos. Los métodos [de tortura] que utiliza una jauría de hombres degenerados, un hampa de uniforme, una delincuencia organizada que actúa en nombre de la ley. El nombre completo de esa asociación delictiva es Brigada de Investigaciones de Avellaneda, y su jefe es: el comisario Ernesto Verdum, domiciliado en la calle 12 de octubre 234 de Avellaneda, con tres procesos abiertos por extorsión, cohecho y privación ilegítima de la libertad”.

3.1.5 La patota

El tema de “la patota” no es menor. Walsh anticipaba un funcionamiento burocrático de ella y una cierta autonomía de cada grupo sobre su comisario en el apartado *Patoteros sentimentales* de “La secta del gatillo alegre”. Ragendorfer, particularmente en los dos tomos

⁸¹ Ídem.

⁸² Declaración hecha en entrevista personal.

de *La Bonaerense*, va a descubrir cómo esa burocracia policial es la causa principal de la corrupción y el salvajismo de la institución.

Si decimos que para Rodolfo Walsh el funcionamiento de la patota era en cierta medida autónomo, podemos decir también que en este autor lo que la patota “recauda” queda para la patota, es decir, el resultado del robo es una suerte de botín de guerra, una medalla, un pequeño trofeo. Esto se puede leer claramente en el siguiente pasaje:

“[...]Como la patota es sentimental, quiso quedarse con un recuerdo suyo y le sacó un reloj de oro. En abril le pasó lo mismo a Ovidio Moreno, pero en vez de un reloj le robaron 15.000 pesos después de la sesión [de picana].”⁸³

Lo que en Walsh es *sentimiento*, *recuerdo* o siquiera robo en Ragendorfer es financiamiento institucional. Delincuencia corporativa. De aquí viene esa construcción de una figura maligna que de los policías hace el periodista: mientras deberían cuidar a los ciudadanos y a la propiedad privada, la cúpula policial planea constantemente la forma de cometer nuevos ilícitos que financien sus bolsillos y los de la fuerza, a costa de dolor y muerte entre quienes deberían ser los protegidos.

El tan mentado capítulo 2 de *La secta del gatillo*, “Rapsodia en azul”, es sin duda el que explica con más detalle el funcionamiento del perverso sistema de administración de la policía bonaerense. La hipótesis de Ragendorfer, decíamos antes, se basa en la asociación de la policía con todo tipo de delincuentes para financiarse y financiar a sus jefes. Y esa hipótesis se hace fuerte con la llegada a la jefatura policial de un hombre con el cual “el patán” parece estar obsesionado. Pedro Klodczyk, “el polaco”.

El nombre de Klodczyk -“el jefe”, “el polaco”, “Don Pedro”, “El gran poronga”- puede leerse hasta el hartazgo en *La secta del gatillo*, en muchísimas páginas de *La Bonaerense*⁸⁴ y en la contratapa de ambos libros. Es que el crimen que comete Don Pedro es lo suficientemente aberrante para obligar a Ragendorfer a dejar de embelesarse con maravillosas historias de ladrones y empezar a denunciar meticulosamente el accionar delictivo de la policía de la

⁸³ Walsh, Rodolfo, “La secta del gatillo alegre”, op. cit.

⁸⁴ Más precisamente en las páginas 13, 15, 16, 18, 40, 49, 52, 67, 73, 75, 83, 86, 93, 95, 99, 101, 102, 104, 107, 109, 111, 115, 118, 122, 132, 135, 139, 143, 150, 151, 158, 159, 161, 163, 167, 170, 174, 191, 198, 210, 224, 226, 228, 231, 232, 236, 239, 241, 243, 259, 261, 264, 269, 271, 272, 277, 280, 286, 290, 293, 274, 297, 302, 303, 304 y 307.

provincia de Buenos Aires. Es con Klodczyk, es gracias a Klodczyk que Ragendorfer se convierte en -como lo llama Guillermo Saccomano- “el vengador del pueblo”⁸⁵.

Pedro Klodczyk, según puede leerse en varios extractos de *La secta...*, ostenta el oscuro mérito de haber dotado de un sesgo corporativo a los funestos negociados de la policía bonaerense. Dice Ricardo Ragendorfer en *La Bonaerense 2*, páginas 46 y 47: “Tal vez el mérito del fallecido comisario Klodczyk fue dotar a La Bonaerense de un sesgo eminentemente empresarial y corporativo. El ‘Polaco’ impuso un sello que perduraría a través de los tiempos: el sistema de los delfines. El poder de los ‘porongas’ no se diluye con su pase a retiro, sino que se prolonga a través de un código rayano con la sucesión dinástica, mediante un complejo árbol genealógico de herederos, entenados y hombres de confianza.”

Que el poder de un comisario general se prolongue más allá del cese de sus funciones supone que lo que en realidad se prolonga es su relación con delincuentes y asociaciones ilícitas. Así, el aumento exponencial de los crímenes de todo tipo en la Argentina post Klodczyk es contemporáneo a una suerte de pan-criminalización de la policía bonaerense toda. Pero “el polaco” era un hombre discreto, y no estaba dispuesto a que la aberrante impunidad con la que los policías de su provincia robaban y asesinaban empañara el buen nombre de la fuerza.

La forma que “el jefe” encontró para limpiar el buen nombre de los egresados de la escuela Juan Vucetich fue un incremento sideral de la violencia “visible”, de la violencia “mediática”, a través de dos estrategias claramente discriminadas (Ragendorfer, 2002:47). La primera es el aprovechamiento definitivo del *Estado penal*⁸⁶, es decir, de la criminalización absoluta de la miseria. Hace Ragendorfer una aclaración referida a que el advenimiento de hampones cada vez más jóvenes, cada vez más precarizados y cada vez más violentos y analfabetos hace que la elección de una víctima sea para el delincuente una cuestión netamente azarosa, por lo que “lo mismo da robar un banco que a una jubilada”⁸⁷. Esa falta de sofisticación en el asalto, lejos de atracos millonarios y espectaculares como los narrados en *Vidas ejemplares*, es utilizada por Klodczyk para establecer una diferencia clara entre ladrón y policía: policía será quien no robe directamente a jubiladas, quien no se deje ver asaltando un banco. Para “Don Pedro”, ladrones son los otros, los que viven en las villas, los que ya han

⁸⁵ Saccomanno, Guillermo, “El vengador del pueblo”, en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 8 de diciembre de 2002.

⁸⁶ Sai, Leonardo y Horowicz, Alejandro, *Hordas. Entrevista a Ricardo Ragendorfer*. Revista digital “Nación Apache”, edición del 20 de junio de 2007. www.nacionapache.com.ar

⁸⁷ Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense 2. La secta del gatillo*, op. cit.

estado en la cárcel, los que en la cabeza en lugar del gorro del uniforme reglamentario utilizan una media.

La segunda estrategia consiste en la comisión constante de crímenes de gatillo fácil contra delincuentes no asociados a la policía. De este modo, miles de jóvenes de menos de veinte años son alcanzados por balas policiales aún cuando sólo estén reunidos con sus amigos en una esquina cualquiera de un barrio *peligroso*. La publicidad de estos crímenes recurrentes hace descender lo que Ragendorfer llama “la sensación de inseguridad” entre los vecinos, en tanto hace creer que el asesinato indiscriminado de jóvenes desposeídos devenidos delincuentes -la mayoría de las veces carteristas y ladrones de poca monta- hará disminuir la cantidad de crímenes a cometer. O supondrá un mayor y más eficiente accionar policial. Lo cual, claro, es una falacia absoluta. Ya instalado el sistema de los delfines, los grandes crímenes, los que dejan saldos de varios civiles muertos y pérdidas directamente proporcionales a las ganancias de la institución policial y sus grandes jefes, los que se basan en la trata de blancas y el secuestro de menores o mayores, los cometen los delincuentes que sólo mueren si no pagan su canon. Los criminales que están asociados a la institución policial.

Se preguntará el lector por qué no hay policías *buenos* en el libro *La bonaerense*. Al menos, cabe la pregunta: ¿cómo puede ser que en medio de tanto descalabro a nadie se le ocurra cambiar las cosas? La respuesta de Ricardo Ragendorfer a esta pregunta -que, al menos en *La secta...* sobrevuela el texto todo el tiempo- va a ser que la corrupción es una asignatura de la carrera académica del policía bonaerense. Una asignatura, explicará en ese libro -y no es que Ragendorfer, en una somnolencia *á la Hobbes*, piense que los hombres nacen malos-, que se aprende los primeros días en la comisaría. Explica el autor:

“[En la comisaría] se produce una verdadera transmutación en los oficialitos recién egresados de la Escuela Vucetich. Éstos hacen sus primeras prácticas sin entender mucho los códigos imperantes. Entonces son puestos bajo el ala de algún sargento de calle, con quien recorren el escarpado camino de su iniciación. O el comisario lo llama y le dice:

-¿Tiene auto usted?

-No.

-¿Cómo que no tiene auto?

Entonces lo manda a una agencia donde le dan un auto a pagar en comodísimas cuotas y únicamente cuando pueda abonarlas. Lo mismo pasa con la adquisición de otros bienes, que van

desde comida a electrodomésticos. De ese modo natural y preciso, los policías novatos van entrando casi sin darse cuenta en un universo casi fantástico donde se le trastocan las ideas.”⁸⁸

Y refuerza Ragendorfer sus dichos en la película de Pablo Trapero *El Bonaerense*. Asistente de guión y mano derecha del director, la película no está basada en la investigación de Dutil y Ragendorfer pero refuerza los aspectos humanos que ambos sugieren al respecto del ser policial. De hecho, el pasaje que acabamos de leer es narrado en la película, pero el bien no es un automóvil sino una pistola. La pistola reglamentaria.

3.1.6 Para qué, por qué

“La propiedad es el robo”, dice Pierre J. Proudhon en el texto fundacional del anarquismo *¿Qué es la propiedad?* Y es que el autor cree que la institución propiedad es de aplicación imposible, que los mismos argumentos que utilizan los defensores de la propiedad para sostenerla son los que la hacen inviable. Además, cuando se habla de “propiedad” se está en realidad hablando de mucho más: es todo un sistema de valores el que está en juego, una concepción de justicia y de sociedad. Dice Aníbal D’Auria en su texto “El anarquismo ante la propiedad”: “demoler la propiedad es demoler los cimientos mismos de la desigualdad civil (explotación del trabajo ajeno) y de la desigualdad política (gobierno del hombre sobre el hombre)”⁸⁹.

Los malhechores de Ragendorfer insisten en esa demolición de la propiedad, y aunque no termina de quedar claro si su objetivo es realmente destrozar la sociedad instituida -lo cual, al menos a primera vista, resulta poco probable-, parecieran acordar con Proudhon en tanto, también para ellos, la propiedad es el robo. Pero, si no es por una lucha ideológica declarada que los ladrones de *Vidas ejemplares* y mucho menos los fraudulentos oficiales de *La Bonaerense* se alzan con las pertenencias de pequeño burgueses y grandes capitalistas, ¿Por qué y para qué roban?

El anarquismo propondrá una primera posible respuesta a este inmenso interrogante. Autores como Malatesta afirman que el robo, la ventajería y el abuso aparecen cuando las condiciones mínimas para la existencia y la libertad de los sujetos se ven limitadas. Y esa limitación funda la desigualdad que derivará en robos, asesinatos y demás crímenes. “Lo

⁸⁸ Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense 2. La secta del gatillo*, op. cit., página 56.

⁸⁹ D’Auria, Aníbal, “El anarquismo ante la propiedad”, en *El anarquismo frente al derecho: Lecturas sobre propiedad, familia, estado y justicia*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2007.

importante -dice el autor-, lo indispensable, el punto del cual hay que partir, es asegurar a todos los medios que necesitan para ser libres”⁹⁰.

El sueldo de agosto de 2007 de un policía bonaerense era de alrededor de 1200 pesos. Haciendo las 60 horas extras que su reglamento le permite -es decir, trabajando 12 horas diarias- ese jornal podía escalar hasta 1500 o 1600 pesos mensuales. Según un medio de la provincia⁹¹, la canasta básica total para el mismo mes del mismo año era de 858.08 pesos. Pero este valor sólo incluía los alimentos, los servicios básicos -agua, luz y gas- y la indumentaria. En el mismo momento, un departamento apenas habitable en el conurbano bonaerense no se conseguía por menos de 450 pesos. Y, en tanto una recorrida por cualquier comisaría provincial permite observar que casi cualquier policía utiliza constantemente un teléfono celular personal cuyo abono mínimo ronda los 35 pesos, podremos ver que un uniformado requiere 1343.08 pesos para sobrevivir. Sin contar los cigarrillos ni otros gastos personales, a cada integrante de la fuerza le faltarían un mínimo de 143.08 pesos mensuales para subsistir.

Las “condiciones mínimas para la existencia y la libertad” de un policía bonaerense, a juzgar por los cálculos, no parecen estar cubiertas. Si seguimos los razonamientos de Malatesta, encontraremos en estas falencias una posible explicación de la criminalidad de la policía bonaerense. Explicación insuficiente, pero interesante en tanto parece acordar con la de Walsh -el analfabetismo y el alcoholismo en el marco de la sociedad capitalista atentan, entre muchas otras cosas, absolutamente contra la libertad subjetiva- y la de Ragendorfer. Particularmente con la de Ragendorfer, que adjudica el nivel de corrupción actual de *la bonaerense* a los “operativos de financiamiento personal” de sus jefes, introducidos por el jefe de facto Ramón Camps con fines de “financiamiento operativo”. Es decir, buscando alcanzar las “condiciones mínimas” que permitieran el funcionamiento de la institución. Condiciones que no parecen existir desde aquel entonces, hace ya más de treinta años.

⁹⁰ Malatesta, E., “El anarquismo comunista”, en *Anarquismo y anarquía*, Tupac Ediciones, Buenos Aires, 2000.

⁹¹ “Aumento salarial del 5,7% para la Policía Bonaerense”. *El día*, edición del miércoles 14 de noviembre de 2007. <http://www.eldia.com.ar/edis/20071114/laprovincia0.htm>.

3.2 Periodismo y no ficción

3.2.1 Periodistas y escritores

En “Error humano”⁹², Chuck Palaniuk describe lo que la gente cree que es un periodista y aquello que -creen- es un escritor. En el imaginario, dice el autor, el “escritor *escritor*”⁹³ es un personaje solitario, un sujeto que está completamente solo. Solo en tanto durante el proceso de escritura se encuentra sin ninguna compañía más que su whisky frente a una computadora.

La construcción imaginaria del periodista, en cambio, sugiere Palaniuk que es otra. “El periodista, el reportero, siempre anda con prisas, de caza, reuniéndose con gente y recogiendo datos. Preparando una historia. El periodista escribe en compañía de otra gente y siempre con plazos de entrega. Rodeado de gente y con prisa. Es una actividad emocionante y divertida”⁹⁴. En esta concepción, el periodista escribe para conectar a la gente con los sucesos del mundo exterior, es un conducto. A diferencia del escritor, que hace ficción y esa ficción sólo lo conecta a uno con la voz de otro individuo. La lectura de ficción, además, suele hacerse a solas y eso hace que se interprete como una suerte de pasatiempo que nos separa de los demás, dice el autor.

Cualquiera que se dedique a la escritura, haga periodismo o haga ficción, sabe que esa dupla de construcciones imaginarias es absolutamente errónea. Tanto el escritor como el periodista se la pasan hablando con gente e interactuando con pares para diseñar sus historias de ficción y de no ficción. Nadie, en realidad, escribe solo. Sin compañía no hay historia. Y tampoco es verdad que el escritor esté solo al momento de escribir: de hecho Tom Wolfe cada vez con más ahínco resalta la importancia de que el escritor *salga a la calle* al momento de producir e interactúe con cuanta gente sea posible. “No se puede crear nada tan interesante como la realidad”⁹⁵, dice el escritor. “Lo que tiene que hacer un novelista es salir a la calle”⁹⁶. Si, como dice Wolfe, desde la Segunda Guerra Mundial “ningún novelista ha sabido plasmar el

⁹² Palaniuk, Chuck, *Error humano*, Buenos Aires, Debolsillo, 2007.

⁹³ Ídem.

⁹⁴ Ídem.

⁹⁵ “Lo que tiene que hacer un novelista es salir a la calle”, diario *Clarín*, edición del domingo 4 de mayo de 2008.

⁹⁶ Ídem.

espíritu del tiempo”⁹⁷, tal vez sean los periodistas quienes puedan encargarse ahora del *zeitgeist*.

En “Error humano” Chuck Palaniuk cuenta historias reales sobre gente que existe, famosos e ignotos, triunfadores y grandes fracasados. Y el concepto mismo de *historia* que se maneja en ese libro saca al autor de la incómoda situación de tener que aclarar si hace ficción o periodismo, si es un periodista o un escritor. Las historias -todas las del libro fueron publicadas anteriormente en diarios o revistas norteamericanas- son para Palaniuk un elemento recurrente en la vida de cualquier ser humano. “Vivimos nuestras vidas basándonos en historias. (...) Y nos pasamos la vida buscando pruebas -datos y testimonios- que apoyen nuestras historias”⁹⁸. De este modo, el concepto de *historia* en Palaniuk excede lo específicamente lingüístico y se escapa de cualquier discusión genérica al respecto de si ficción o periodismo.

Palaniuk admite entonces que su propio ciclo de escritura es así: *realidad, ficción, realidad, ficción*. Y dice que tal ciclo funciona perfectamente para escribir historias perfectamente reales. Chuck Palaniuk escribe sobre gente que se reúne en clubes para pelearse, sobre personas que se presentan a concursos de luchas de cosechadoras. Sobre cantantes adictos al tarot, sobre actrices jóvenes, talentosas e histéricas; sobre estudiantes de medicina fracasados. ¿Qué pasa, en cambio, cuando tratamos de pensar un conjunto de publicaciones como las de Ricardo Ragendorfer desde la noción de *historia* que maneja Palaniuk? Porque no son los mismos los personajes allí: son ladrones que han arruinado las finanzas de más de un ciudadano los protagonistas de las historias que se cuentan, cuando no policías corruptos que han matado, asesinado, violado, robado y torturado.

Dice Palaniuk que tiende a darle a cada personaje de sus historias una educación y un conjunto de habilidades que limiten su visión del mundo⁹⁹. Así como Ragendorfer tilda de gran padre al “Lacho” Pardo o resalta la buena relación que mantiene Ronald Biggs con todas y cada una de sus ex mujeres. Pero será necesario pensar nuevamente en que la distancia entre los personajes de Palaniuk -ciudadanos de clase media norteamericana en general o celebrities que están lejos del top 5- y los de Ragendorfer -ladrones y policías siempre marginales, siempre al límite- exige que cada grupo sea tratado de diferente manera.

⁹⁷ Ídem.

⁹⁸ Palaniuk, Chuck, *Error humano*, op. cit.

⁹⁹ Ídem.

La distancia no parece ser tal, empero; Ragendorfer opera con sus personajes como lo hace Palaniuk. Ambos hacen lo que Capote, lo que Walsh, lo que Mailer, lo que Dos Pasos: documentan al extremo todos y cada uno de sus textos. En cualquier caso, la construcción que hace de policías y ladrones Ricardo Ragendorfer es a fin de cuentas definitivamente funcional a los textos que los enmarcan.

3.2.2 Ficcionalización y policiales

El periodista Horacio Cecchi, especialista en casos policiales del diario *Página/12*, tiene una posición muy clara al respecto de las características ficcionales del periodismo que hace Ricardo Ragendorfer. Es que para Cecchi siempre hay ficcionalización en la escritura de policiales. “No hay manera de no ficcionalizar porque el periodista no ve, por ejemplo, un accidente. Sino que habla a partir de fuentes que le transmiten un relato de los hechos y siempre son interesadas. Le están contando algo que ya se produjo y se lo revelan de un modo digamos *científico*. Y aceptar lo que dice el informante, tomarlo como fuente también supone ficcionalizar, porque no es el relato del hecho sino su idea lo que se cuenta; siempre hay ficción. Para mí en todo texto hay ficción. Esto en el policial se produce más y se nota menos. Porque es muy fuerte la pulsión de muerte y el lector queda metido en el texto como en una película y se olvida de todo el marco. *Patán* [se refiere a Ricardo Ragendorfer], por ejemplo, escribe siempre buscando ese ejercicio”¹⁰⁰. Si la ficción es entendida como un componente central del relato policial, ¿hasta qué punto es posible confiar en el cronista de policiales, en qué medida no es funcional al relato toda construcción de personajes y episodios propuesta por el autor?

“Todo texto contiene ficción -dice Horacio Cecchi-, sin importar lo que cuente. Desde el momento en el que es escrito desde un punto de vista. Hace años en el entierro de Lady Di (Lady Diana Spencer, princesa de Gales, muerta en un accidente automovilístico protagonizado con su entonces pareja *Doddy* Al Fayed) veo en TV una secuencia del ataúd recorriendo un lugar, y las flores, y etcétera. Y la cámara principal -eso es relato- de repente queda parada en el rostro lloroso de una nena. Ahí hay una elipsis, más tarde vuelve al carruaje la cámara. Uno como espectador no se da cuenta, por que estás dentro del relato. Pero hay una construcción ficcional, de 20 cámaras el director elige cuatro. Si uno lo escribe eso es más impactante y más difícil de hacer porque hay que escribir que el carruaje va pasando y el tiempo que lleva la escritura del paso del carruaje es mucho más largo. Y los quince segundos que le toma a la cámara mostrar la escena se convierten en varias páginas. O sea que

¹⁰⁰ Declaraciones hechas al autor de esta tesina en entrevista personal.

hay una construcción en el relato escrito que es absolutamente ficcional. En ese relato ficcional se puede contar algo que es inventiva propia o se puede reproducir desde la perspectiva propia algo de lo que el autor está absolutamente convencido. Son dos cosas distintas. Cuando estaba investigando la masacre de Villa Ramallo, yo doy con la banda de ladrones pero me falta un eslabón para cerrar la historia. Entonces tengo que inventar un personaje. Y lo invento. Y no me importa, y ahora ese personaje está como testigo. ¿Por qué? Porque no modifiqué lo verdadero, sólo necesitaba una pieza para que el resto del relato fuese verídico. Yo después incluso le pasé al juez un dato del cabo que es el que arma la banda, y lo detienen”.

Cecchi agrega que sólo el cronista es capaz de ficcionalizar, que no todos los periodistas pueden arriesgarse a este tipo de operaciones. Y habla de la necesidad de “tener olfato” para poder llevar a cabo exitosamente la operación de ficcionalización. Si se acepta la existencia de elementos ficcionales en la construcción de policías y ladrones, tanto en la época de *Cerdos y peces* como en ambos volúmenes de *La Bonaerense*, se entiende un poco mejor la distancia entre sus textos y otros, como la nota de su compañero Carlos Dutil *Maldita policía*, que desencadenó la destitución y posterior procesamiento de los más altos jefes de la policía bonaerense de mediados de los noventa¹⁰¹ o el libro *Don Alfredo*¹⁰², de Miguel Bonasso, sobre la confusa muerte del empresario postal Alfredo Yabrán. Es que para Horacio Cecchi hay dos posturas diferentes que describen a Ragendorfer. Los textos recientemente citados, diría el periodista, *cuentan los hechos*. Aquellos que introducen necesariamente elementos ficcionales para completar el relato aún cuando estos sólo se basan en intuiciones (“olfato”) del autor, parecen ser los que tienen más intenciones de *revelar aquella verdad que por alguna razón está siendo negada*, aquella que -según Shila Vilker- tanto preocupaba a la revista *Pistas*. Ricardo Ragendorfer, como hemos dicho, formó parte de la redacción de ese medio en la segunda mitad de la última década del siglo veinte.

Dice Cecchi: “Hay dos posturas distintas, *revelar o contar lo que pasó*. Si se quiere contar lo que pasó, no hay mucho que ficcionalizar, se usa la tercera persona, se pone fuentes, ya. Es algo que pasó. Si se quiere averiguar por qué pasó, en el relato policial la cosa se

¹⁰¹ Incluidos el “Patrón” Pedro Klodczyk y el “Patroncito” Juan José Ribelli.

¹⁰² Bonasso, Miguel. *Don Alfredo*, Buenos Aires, Planeta, 1999. El libro, dedicado *in memoriam* a Carlos Dutil y de estructura similar a *La Bonaerense 1* (cuenta también con un índice de nombres y su apartado “Agradecimientos” de algún modo es también la narración del espanto de la dificultad de escribir sobre la policía bonaerense en tiempos del asesinato de José Luis Cabezas) está íntimamente relacionado con las investigaciones de Dutil y Ragendorfer en tanto cuenta -desde otra perspectiva y analizando otros hechos- también los pormenores de la muerte del fotógrafo.

complica. Porque el protagonista del género tienen una intencionalidad que no está develada. El policía que cuenta tiene necesidad de que el periodista cuente su historia por algo, y el familiar lo mismo. Hoy, por ejemplo, se publicó en un diario: mataron a un chico que estaba trepando las paredes, un violador, un hombre araña. Y detuvieron al policía que lo mató. En otro lado detuvieron a otros tres de la banda y a la jefa y descubrieron que ella era la mujer de un policía que lo acababa de dejar, y por eso él contó. La fuente está interesada. Ahí ya se mueve y se complica todo desde el arranque. Si el periodista duda mucho la nota se cae, se deshace. Es un mix. Hay que tener mucho olfato. Si está informando la policía bonaerense y el que mató es un policía federal hay que desconfiar. Entonces uno llama, se informa, ve quién es el tipo. Yo sé que podría meterme en la historia del pibe y terminar ficcionalizando. También sé que puedo hacer una nota fría y el resultado es casi un cable de agencia, las respuestas a las clásicas *cinco doble vé arriba*, casi no hay ficción. Cuando se tienen pruebas se puede ficcionalizar. A veces uno tiene pruebas que ni los jueces tienen. Yo investigaba el caso de un médico que mató a varios. Y tenía la bala de la pistola con la que mataba, aunque la pistola había desaparecido ¿Cómo? Un tipo que practicaba tiro con el médico me dijo: 'esta bala es de esa pistola'. Entonces yo tenía la prueba. Ahí estaba el eslabón".

¿Cuál es el límite de la ficcionalización en el relato policial? Horacio Cecchi niega la pertinencia de tamaña pregunta y va incluso un paso más allá. No hay lugar para planteos clásicos acerca de la dicotomía realidad/ficción. La ficción es un componente central en el relato policial si lo que se quiere es escribir una historia. Y la construcción de ficciones al interior de un relato no lo debilitan, por el contrario lo fortalecen. Mientras más investigue el periodista y más se adentre en los episodios, más ficción podrá encontrarse en la superficie del texto. Pero la operación de ficcionalización debe ser validada; sin una prueba que la valide no parece ser lícito ficcionalizar. Dice el periodista: "La tenencia de la prueba habilita a la ficcionalización. Porque el concepto de ficción en el policial y en cualquier crónica es muy particular; mientras más el periodista se mete en la historia más ficción hace. Porque en el policial no se puede decir 'yo vi...', se desarma el contrato de lectura. Hay que contar en tercera persona. Y la ficcionalización habilita la narración de lo que el periodista sabe pero no puede representar porque no lo ha visto, no es testigo".

Cabe preguntarse respecto del efecto de la ficcionalización en el periodismo de policiales. Luego de la lectura de los libros *La Bonaerense 1* y *2* y los artículos publicados en la revista *Cerdos & Peces* mencionados en la introducción de este trabajo, parecería que lo que aparece es un *como si*, un efecto de realidad cuya consecuencia es la creencia de que *los*

hechos son narrados tal como ocurrieron, como si hubiese sido así. Como si el autor hubiese sido testigo del encubrimiento de Laginestra por su hija, de la participación de Ronald Biggs en un recital de los Sex Pistols, del robo de las toneladas de cocaína por parte de Mario Naldi. Pero no se puede comprobar que efectivamente el autor haya participado de ninguno de esos sucesos, muchos de ellos acaso cronológicamente incompatibles si consideramos que Ragendorfer empezó a escribir a fines de los setenta y que no participó antes de eso en ninguna investigación periodística. Lo que queda es un *como si* el periodista hubiese estado allí, libreta en mano, tomando nota de los pormenores del caso para crear muchos años más tarde textos que los lectores devoraran sin siquiera preguntarse por la validez de los testimonios.

Horacio Cecchi hace al respecto una última aclaración absolutamente relevante. “La postura frente al hecho es determinante, una cosa es cuando se está frente a una noticia consumada y otra cuando no. ‘Operación masacre’ de Rodolfo Walsh es una revelación, en cambio los textos de Ricardo Ragendorfer suelen versar sobre cosas de las que la gente ya sabe, no sabe cómo funcionan pero ya sabe de su existencia. Walsh en ‘Operación masacre’ tiene un registro de actualidad muy fuerte porque está contando algo que no se sabe. Y cuando digo consumada me refiero a algo que ya se sabe, lo que hace que sea una nota de tapa o una nota de domingo. En policiales eso lo diferencia la revelación y los condimentos que tenga el hecho”.

3.2.3 Truculencia

En *Truculencia*, Shila Vilker plantea la siguiente hipótesis: las revistas policiales amarillas “reelaboran los hechos más violentos del historial policial en clave ficcional. En esta transformación entran en juego recursos literarios específicos -no subsumibles a los propios de la literatura de ficción o policial aceptada en los circuitos de consagración de la cultura establecida-, que rompen con el registro realista”¹⁰³. También Vilker postula que el crimen de Cabezas termina con la circulación del policial amarillo, de corte popular y constantemente subrayando lo atroz del crimen en relación con la moral establecida, ahora reemplazado por el más racional y legalista registro de la retórica de la inseguridad.

El asesinato de José Luis Cabezas - que coincide además el ocaso del jefe de la policía bonaerense Pedro Klodczyk- establece para Shila Vilker el fin de una estética en el periodismo policial. Impide que nadie más vuelva a reírse de un cadáver, determina que Ricardo

¹⁰³ Vilker, Shila, *Truculencia*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2006. Página 15.

Ragendorfer no escriba más sobre ladrones y se dedique particularmente a policías, a investigaciones sobre los oscuros movimientos de los uniformados, a desandar el camino que derivó en la muerte del fotógrafo y en el final de una retórica de las páginas policiales donde todavía podía notarse cierto goce estético en la admiración de un cuerpo mutilado, de un cadáver putrefacto, de una niña deformada. Vilker postula que el crimen de Cabezas supone el traspaso definitivo de una estética amarilla en la prensa policial a una “retórica de la inseguridad”, donde los medios dejan de ocuparse de crímenes escabrosos para evitar la amenaza a la legalidad que supone un estado de inseguridad. Los medios, plantea Vilker, ahora brindarían detalles para que el lector pueda reconstruir una historia verdadera que le estaría siendo negada, utilizando siempre la lógica de la sospecha e integrando el caso particular en una serie general.

Dice Vilker (*Truculencia*, página 23) que en las revistas que adoptan el registro de la retórica de la inseguridad “el acento no está sobre el hecho violento, sino sobre la subjetividad del ciudadano que siente amenazada su propiedad y hasta su propia persona por la creciente ola de delito y violencia. Es el grito de los propietarios por la tolerancia cero, la admiración por la administración de Rudolph Giuliani, la inquietud por el código de convivencia”. ¿Está en *La Bonaerense* el acento puesto en la subjetividad del ciudadano que siente amenazada su propiedad? ¿Puede leerse en algún párrafo algún dejo de admiración por la administración Giuliani o alguna inquietud por el código de convivencia?

La respuesta en ambos casos parece ser en principio un rotundo no. Y es que para Ragendorfer -como también lo será para Bonasso y para Horacio Cecchi- el interés estará levemente corrido respecto del eje “subjetividad del ciudadano que se siente amenazado” en tanto el criminal no será “un hombre corrupto o deshonesto”¹⁰⁴ sino directamente un policía. O, en algunos casos, un funcionario público con capacidades de dirigir y administrar policías. Pero en la mayoría de los casos, un uniformado. Estos autores no se centran -como sí lo hacía el fallecido columnista de policiales del noticiero de canal 13 Enrique Sdrech- en la amenaza al ciudadano sino en el sujeto amenazante, en la particularidad de quien debería cuidar al pueblo pero en cambio lo asalta, lo asesina, lo tortura.

Esta desconfianza, esta acusación constante a la policía hace que no pueda leerse ningún reclamo de “mano dura”, ningún pedido de mayor intervención o presencia policial ni siquiera cuando se reclaman mejores investigaciones o mayor seriedad para el tratamiento de

¹⁰⁴ Vilker, Shila, op. cit.

pruebas y causas. Así, a diferencia de lo que suele pasar en las editoriales de *Pistas* y de los programas televisivos policiales de la época y de la actualidad, el pedido por la mano dura es desestimado, ridiculizado y, sobre todo, temido y desconfiado. Los autores, con asiduidad, suelen asociar el pedido de mano dura, que no niegan, a orígenes ficcionales y de construcción social muchas veces cargada de intereses menos populares que de las clases dirigentes, cuando no asociados a características psicológicas de la sociedad argentina.

Horacio Cecchi, por ejemplo, sugiere que la Argentina “desde hace tiempo reclama imperiosa e indiscriminadamente mano dura como respuesta a una inseguridad que no es otra cosa que la invasión en el mundo privado de su propia disgregación social”¹⁰⁵. Y en la solapa de su libro, intitulado “Mano dura. Crónica de la masacre de Villa Ramallo”, indica que la “propuesta apela a recursos de la novela, la crónica, el análisis y el ensayo para dar cuenta de los delgados límites que separan la ficción de la realidad”.

Es que para quienes, como Ragendorfer, entienden que la policía -y en particular la de la provincia de Buenos Aires, sobre la que también trabajan Cecchi y Bonasso- es una institución putrefacta y corrupta, el pedido de mano dura o mayor presencia y accionar policial no es sólo absurdo sino también hipócrita y vil. Para un autor como Ragendorfer, que asegura que la bonaerense sobrevive por “una compleja trama de arreglos, pactos y extorsiones aplicadas sobre casi todas las actividades contempladas por el código penal” el pedido de mano dura se basa en un ficción que supone que esa institución es mejor que la delincuencia, que el crimen policial es una exageración y que la delincuencia tiene una existencia individual separada de la institución policial.

Así, la aparición de elementos ficcionales en el relato policial no es otra cosa que “la aplicación de recursos de la novela, la crónica, el análisis y el ensayo”¹⁰⁶ para desentramar una relación ficcional entre sociedad y policía y narrar los límites muchas veces inverosímiles que separan la realidad misma de los relatos de ficción. El libro de Horacio Cecchi, “Mano dura”, narra la masacre de Villa Ramallo que también narra Ragendorfer en *La Bonaerense 2* muchas veces asociada al mismo Gustavo Prellezo que abre, entre otros, el capítulo 34 de “Don Alfredo”, el libro de Miguel Bonasso. Y no por casualidad incluye algunas páginas de ilustraciones de Francisco Solano López, aquel que con Héctor Germán Oesterheld creó el mítico relato ficcional -“El eternauta”- que tanto enojó a las filas de Videla, Massera y Agosti,

¹⁰⁵ Cecchi, Horacio, y Solano López, Francisco (ilustrador), *Mano dura. Crónica de la masacre de Villa Ramallo*, Buenos Aires, Colihue, 2000.

¹⁰⁶ Ídem.

que no vieron otra opción más que desaparecer al escritor. Los dibujos, dice la solapa del libro, “suman a esta reconstrucción el dramatismo de 15 páginas de ilustraciones que evocan diversos momentos de la tragedia”. No hacen falta fotografías, incluso los dibujos de un maestro historietista son suficientes para graficar con fidelidad el horror de una historia inverosímil que tuvo como saldo un ladrón y dos rehenes muertos con cuarenta y ocho impactos de un total de doscientas dos balas disparadas por trescientos tres policías, todos, eso sí, pasados más tarde a retiro¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Algunos de ellos, aún a pesar de estar expulsados, condenados y presos, seguían cobrando su sueldo al 20 de mayo de 2004 según un artículo del mismísimo Horacio Cecchi publicado en el matutino Página/12. La nota completa puede leerse en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-35602-2004-05-20.html>.

3.3 Espectacularización y mercado

3.3.1 Un escritor de historias

Es importante observar las relaciones del periodista Ragendorfer con el mercado, aunque más no sea breve y rápidamente, para entender algunos temas no menores asociados a su selección temática y a los intereses de su pluma.

Un primer punto a considerar, especialmente importante si pensamos en un periodista multimediático como Ricardo Ragendorfer -que ha participado en programas de televisión, en revistas, en diarios, en libros y en films- es el del carácter de mercancía de la noticia. La noticia, entendida como *la construcción periodística de un acontecimiento cuya novedad, imprevisibilidad y efectos futuros sobre la sociedad lo ubican públicamente para su reconocimiento*¹⁰⁸ ha de enfrentarse a dos problemas graves. El primero tiene que ver, como acabamos de decir, con su carácter mercantil; el segundo con su espectacularización, que desplaza el eje de relevancia y trivializa el interés del público¹⁰⁹.

Ragendorfer dice tener conciencia absoluta de su carácter de trabajador asalariado, como también de hacer de la falta una virtud y buscar todo el tiempo la circulación de la mercancía noticia con el doble objetivo de hacer más redituable su escritura -lo que no sólo, considera, le permite continuar escribiendo sino que lo habilita “a la producción de mejores investigaciones y nuevos emprendimientos culturales como ciclos de TV o unitarios”- y a la vez llegar a la mayor cantidad de lectores posibles y lograr la mayor recepción posible para el acontecimiento que quiere dar a conocer. Lo deja en claro en una entrevista personal con el autor de esta tesina: “a mí me interesa mucho más escribir en medios que sean leídos y paguen bien que en medios que no sean leídos y no paguen.”

Ese interés por la masificación de la noticia así como también por la búsqueda de la buena paga hacen que Ragendorfer muchísimas veces trabaje en medios que siente ajenos, ideológicamente distantes. Como la revista *Gente*, como el diario *Ámbito Financiero*¹¹⁰. Sin

¹⁰⁸ Martini, Stella, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Norma, 2000.

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ Al respecto de su participación en empresas periodísticas con cuyo perfil ideológico Ragendorfer disienta, cabe aclarar que su paso por Noticias, la revista que publicó la nota de Carlos Dutil que dio origen a La Boanerense (“Maldita Policía”), fue el más complicado. Dice: “En Noticias yo la pasé para la mierda, una empresa de mierda con gente de mierda. Una editorial de mierda”.

embargo, su participación en estos medios de masas sólo confirman, dice, la estrategia del autor para asegurar el alcance de su escritura y una buena paga por ella. O al menos la mejor posible. La historia al respecto de cómo empezó a trabajar en *Gente* -y cómo vivió ese período escribiendo paralelamente para la revista *Tres puntos*- echa un poco más de luz sobre el asunto:

“Cuando sale *La Boanerense* yo estaba sin laburo. Como durante la escritura del libro habían matado a [José Luis] Cabezas estábamos [Carlos Dutil y yo] medio clandestinos. Uno de *Gente* me buscaba por todos lados para hacerme una nota. Y no había teléfono para encontrarme. No es que mi teléfono lo sabían pocos; no tenía teléfono. Y ‘Beto’ Casella¹¹¹, que era el director de la revista, me manda una carta a la casa de mis viejos. En vez de darle la nota que me pedía yo escribo la nota para ellos. Y me fui quedando. Estuve en sitios peores también, como [el diario] *Ámbito Financiero*.

A veces leo las notas que escribí en *Gente* y me queda claro que las podría haber publicado en cualquier otra revista. En paralelo a que escribí en *Gente* escribí en *Tres puntos*, y sobre las mismas cosas. Pero tenía que escribir de diferente manera, las notas de tapa sobre [el asesinato de María Marta] García Belsunce de ambas revistas las hacía yo y salían juntas. Era éticamente imposible que saliera la misma nota en ambos lados, y tenía que escribir notas distintas. La diferencia entre los textos no estaba dada por adoptar el discurso propio de cada revista -era yo en ambos casos- pero lo que cambiaba era el enfoque. Eso era un desafío bastante tortuoso.”¹¹²

El problema de la espectacularización está directamente ligado al hecho de que la noticia debe ser inscripta en una sociedad donde el entretenimiento es el género más difundido en diarios y canales de televisión. En una sociedad del *infoentretenimiento*, donde en diarios y noticieros se le acerca al lector/televidente/consumidor un “cóctel de información y entretenimiento, de temas pesados e intrascendentes, banales, escandalosos o macabros, de argumentación y de narración, de tragedias sociales comunicadas en tiempo de swing o de clip o narradas como películas de acción”¹¹³.

¹¹¹ Conductor radial y de TV, antiguo director de la revista *Gente* y estrella del holding de medios cuya propiedad se le atribuye al empresario Daniel Hadad. Es conocida su afición a la generación de escándalos y su marcada homofobia. También ha sido denunciado por plagio en reiteradas ocasiones, aunque tal vez la más flagrante sea la que hace Hernán Casciero en su blog *Orsai* (<http://www.orsai.es/2006/01/algunos-casos-de-usurpacion-o-plagio-menor.php>).

¹¹² Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

¹¹³ Ford, Aníbal, *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Norma, 1999. Páginas 95 y 96.

En los artículos de *Vidas ejemplares* y en *La Bonaerense* el problema de la espectacularización, plantea Ragendorfer, es menor. Porque dice él que lo que le interesan son las historias, no los personajes. No le interesan los sospechosos ni los asesinos, le interesan las historias que convierten a esos hombres en sospechosos y asesinos. Así, las narraciones no merecen un respeto solemne ni pretenden escandalizar a nadie. Son historias, historias que a diferencia de otras deben ser contadas porque rompen con la dicotomía clásica del bien y del mal para poner en el centro temáticas más actuales que tienen muchas veces como consecuencia la invitación a la reflexión; historias que siembran en el lector la duda sobre la correcta interpretación del mundo y de la historia.

“Hay determinadas cosas en las historias sobre las cuales escribo que en determinado momento se ponen en el centro, que no son ni el bien ni el mal. Son la desesperación, la angustia, el odio, la humanización de las pasiones más bajas. Yo noto en mi forma de escribir, en la relación ética que tengo con los personajes sobre los que escribo, que tiendo a la humanización de los mismos. La palabra humanización no los mejora, pero los desanimaliza. La humanización del canalla no lo mejora, lo pone en su lugar en todo caso. Y mi propósito no es hacer justicia sino escribir una historia”.¹¹⁴

Escribir una historia, no hacer justicia. Ese es, dice Ragendorfer, su propósito. La afirmación resulta particularmente relevante si se quiere pensar en términos críticos y si se busca salir de la encrucijada periodística planteada por el asesinato del fotógrafo de *Noticias*. A diferencia de la nota de editorial de la revista *Pistas*, Ragendorfer no busca llevar al lector la verdad negada, decir lo indecible. Busca contar una historia, y como consecuencia de una relación ética con los personajes de esa historia misma humanizar a los seres aparentemente más viles, oscuros y corruptos, que suelen ser sus personajes. Esta línea de interpretación no desestima la importancia del asesinato de Cabezas para el periodismo todo: muerto el periodista gráfico cambia la dimensión temática de la historia que cuenta Ragendorfer. El verano de 1997 invita a escribir sobre policías, de ninguna manera develar verdad alguna ni explicar al ciudadano cómo salvarse de nada, propósito explícito de la revista *Pistas* y de las columnas policiales de los noticieros de la época. 1997 es el año en el que cambia el eje de la historia, ahora centrado en los policías. Sujetos que serán a partir de entonces humanizados por Ragendorfer, y dejarán de ser los guardianes que pretender servir a la comunidad o los asesinos inhumanos que mandan a torturar, quemar, asesinar y esconder a su víctima para convertirse en simples seres humanos que, dominados por la codicia y quién sabe qué otras

¹¹⁴ Ídem.

oscuras pasiones, cometen los crímenes que desde los tiempos de Rodolfo Walsh se le adjudican a la policía bonaerense, todos contemplados por el código penal.

3.3.2 Los pliegues

El hecho de pensar en términos no dicotómicos, de pensar al ser humano como elemento dinámico y no como un objeto ahistórico aquejado eternamente por la dupla bien-mal parece hacer de la espectacularización, como Ragendorfer mismo dice, sólo un elemento más de la singularidad de la historia, tan importante como la marginalidad de sus personajes o lo bajo de las pasiones de ellos mismos. Y esa marginalidad, dirá Vilker apoyándose en D'Ors, es *bimodal*. “Por un lado amenaza lo establecido, por su mera existencia; por el otro, refuerza lo estatuido por oposición: eso no se hace, el que lo realiza es una fiera. [...] Pero, advierte, su funcionamiento otorga pleno valor a aquello contra lo que emerge, es decir, aquello que es habitual. Se ve plenamente la legitimidad que cobra la norma a partir de estas excepciones que la amenazan momentáneamente. Así, el mundo criminal es al mundo de todos los días, lo que las vacaciones o el Carnaval al mundo del trabajo”¹¹⁵. Esa bimodalidad es la que permite que Ragendorfer salga del mundo del hampa, de su escritura “delincuencial” para meterse de lleno en la segunda mitad de la década del noventa a analizar la cultura policial. Ladrón y vigilante son componentes de un mismo fenómeno, ambos elementos legitiman su propia existencia y tensionan por su sola presencia la sociedad que los contiene.

Ragendorfer dice no buscar ajusticiar ni agitar sino contar historias. Historias que ocasionalmente invitan por su dimensión temática o siquiera enunciativa al lector a reflexionar sobre la inequidad del mundo con una retórica completamente excesiva, inestable. En el texto “Patán, el per ito”¹¹⁶, al respecto de la muerte del ídolo popular Rodrigo Bueno y varios de sus acompañantes en un accidente automovilístico ocurrido el 24 de junio de 2000 pueden detectarse algunos indicios que ayudan a dar cuenta de cuál es el rol de la espectacularización en relación con lo excesivo los textos estudiados de Ragendorfer.

“El caso Rodrigo fue alucinante porque cuando muere el tipo es por un accidente *pedorro*. Y se empieza hablar de la mafia de la bailanta, la mafia de la bailanta... Que [el sospechado de causar el accidente luego de una supuesta maniobra imprudente Alfredo] Pesquera era de la mafia de la bailanta. Yo estaba en *Gente* y había que encontrar la vuelta para decir que Pesquera estaba en la mafia de la bailanta. Y no estaba Pesquera en eso. Pero nuestro corresponsal en La Plata me dice un día: Pesquera

¹¹⁵ Vilker, Shila, *op. cit.*

¹¹⁶ Ragendorfer, Ricardo, “Patán, el per ito”. Disponible en <http://www.elportenio.com/patan.htm>.

llevó en el año '92 a *la Mona Jiménez* a Berisso. 'Ya está' dije yo, y armé la nota. Después me dicen 'levantá todo que *la Mona Jiménez* no estuvo nunca en Berisso. Y yo escribí 'el sueño que nunca pudo cumplir Pesquera fue llevar a *la Mona Jiménez* a Berisso'.

Pero la historia es otra. La historia no era Rodrigo. La historia era Pesquera. Él era un estafador de poca monta. Un tipo que te decía que conseguía autos baratos en depósitos fiscales, y vos le dabas guita y el tipo desaparecía. Se arma una mega causa por estafa. Digo *mega* causa porque se arma una especie de club de perjudicados por Pesquera, tipos que se conocían de hacer guardia en la puerta de lo de Pesquera para *cagarlo* a trompadas. En los departamentos que minutos antes había abandonado. Y resulta que en esa mega causa pesquera jamás declaró porque nunca se conocía su domicilio. Ese tipo de perfil tan bajo tiene la mala leche de protagonizar un accidente con el ídolo del país.

A Pesquera yo lo entrevisté en 'Malentendidos', un programita de Ciudad Abierta donde yo entrevisto gente que se comió garrones con la ley. El tipo alquila en un edificio de Puerto Madero oficinas por hora. O sea, oficinas por hora. Con secretaria, cafetera, computadora, café. O sea, su empresa podría llamarse 'Todo para el estafador'. Además cuando le digo quién soy me dice 'vos sos el *hijo de puta* que escribió eso de que el sueño que nunca pudo cumplir Pesquera fue llevar a *la Mona Jiménez* a Berisso...'.¹¹⁷

La fascinación por los pliegues, por lo no dicho, por lo que va *más allá* es trascendental en Ricardo Ragendorfer. Nunca el personaje principal, siempre la investigación del escudero. Y lo popular, escenario repetido de las historias que, según él mismo dice, lo maravillan. El carácter excesivo de los textos trabajados nos lleva a franquear "el límite de lo pensable", ya que "nos encontramos del otro lado del límite"¹¹⁸. Sólo así, sólo habiendo franqueado ese límite no parece entonces absurdo un relato -como *La Bonaerense*- en el que el jefe de la policía con mayor número de efectivos del país esté sospechado por asociación y enriquecimiento ilícito, privación ilegítima de la libertad y asesinato de primer grado. Probablemente no todos los oficiales de la policía bonaerense sean corruptos, asesinos y cobardes; ni siquiera Ragendorfer lo cree: la figura de Luis Vicat en *La Bonaerense 2* confirma que el autor piensa que hay policías respetables. Pero el efecto en la narración es muy otro, se vuelve difícil visitar sin una mueca de espanto una comisaría del conurbano bonaerense después de leer el libro de Dutil y Ragendorfer o *La secta del gatillo*, mucho más incluso que luego de leer la saga de Walsh sobre el otrora bonaerense Etchecolatz, *La secta del gatillo*

¹¹⁷ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

¹¹⁸ Vilker, Shila, op. cit.

*alegre*¹¹⁹. Como dice Barthes -también citado por Vilker-, “si se cuentan los asesinatos de los Anales, el número es relativamente escaso (unos cincuenta en tres principados); pero si los leemos, el efecto es apocalíptico: al pasar del elemento a la masa, aparece una nueva cualidad, el mundo se ha transformado”¹²⁰. Es que en los textos de Ragendorfer se ve una capacidad exponencial de cruzar fronteras; es que en su escritura “la extensión no es una suma sino una multiplicación, en una palabra, el espesor de una aceleración”¹²¹.

3.3.3 Noticia y mercado

Como hemos dicho anteriormente, el periodista Ragendorfer no escapa a una lógica de mercado, a una lógica sinérgica. De hecho, el autor escribe en diarios de papel y on-line, arma guiones de películas, conduce programas de televisión financiados por los multimedios en cuyas revistas también firma notas, produce libros. Dice Aníbal Ford al respecto de la sociedad del infoentretenimiento que en ella “todo parecería tender a una enorme masa amorfa donde se funden y se influyen entre sí TV, teléfonos, servicios online, Internet, (...) producción de entretenimiento, cultura e información (...)”¹²². Ragendorfer dice que no influyen en él la multiplicidad de plataformas, de trabajos, de ocupaciones. No niega, empero, que sobrellevar tantas ocupaciones le resulte “una tarea tortuosa”¹²³. Así como insiste todo el tiempo en lo mucho que le interesa “que sean las buenas historias las que aseguren un nivel de ventas alto”¹²⁴.

Ford adjudica en el capítulo 2 de *La marca de la bestia* el hecho de que se haya dado “esta hegemonía del infoentretenimiento, de clivaje hacia la desinformación y el menosprecio del ciudadano, que hace que ya se hable de ‘postperiodismo’” a la desregulación de la actividad periodística. Que, “como es sabido, afectó a todas las instituciones de la modernidad”¹²⁵. Desde esta óptica, parece ser que esa desregulación ha afectado a todas las instituciones modernas, y que es el periodismo una de las que, probablemente, más haya sufrido el golpe. ¿Pero qué otros factores, además de la desregulación de la actividad, existen y pueden ser pensados como determinantes para la existencia de tanta desinformación, de tanto menosprecio por el ciudadano?

¹¹⁹ Walsh, Rodolfo, “La secta del gatillo alegre”, en Walsh, Rodolfo, *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

¹²⁰ Barthes, Roland, *Ensayos críticos*, Seix Barral, Barcelona, 1983.

¹²¹ Ídem

¹²² Ídem.

¹²³ Declaraciones hechas al autor de este trabajo en entrevista personal.

¹²⁴ Ídem.

¹²⁵ Ford, Aníbal, *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, op. cit.

3.4 La ceniza es lo que se publica: *crimen y noticiabilidad*

3.4.1 La retórica de la inseguridad

Es interesante pensar cómo en cierto modo el recorrido temático que va desde los primeros artículos de *Vidas ejemplares* hasta *La secta del gatillo* confirman la hipótesis de Shila Vilker, que afirma que el crimen de José Luis Cabezas produjo un cambio en lo social y en los modos de pensar el crimen que derivó en una redefinición de la identidad de las revistas policiales. Hasta la muerte del fotógrafo encontraremos textos que hablan del hampón, del delincuente casi heroico, respetable. Hasta ese momento, historias “*delincuenciales*” de tono fantástico y rebelde sobre personajes rocambolescos. El único libro de este período es *Robo y falsificación de obras de arte en la Argentina* (1992), y los artículos más importantes son los de *Cerdos & Peces*, obra “que fue escrita en una época en que en algún modo existía otro tipo de delincuencia, una época en la que el escenario policial era completamente distinto”, dice Ragendorfer. Después de la muerte de Cabezas él mismo anuncia que todo va a cambiar.

La desaparición de la cobertura amarilla del crimen y su reemplazo por la retórica de la inseguridad se explica a partir de las modificaciones en la operación de ficcionalización que de las narraciones criminales se hacía hasta mediados de los años noventa. “El procesamiento social de la violencia en la prensa amarilla [...] se hace, en gran medida, en clave ficcional y con procedimientos propios del barroco, en especial del grotesco. Se tratará, entonces, de ver en qué medida estos recursos se combinan para construir un discurso ficcional a partir de material documental mediante una torsión que los incorpora a los hechos¹²⁶”, dirá Vilker. Además, en la prensa amarilla se da una continua asociación del crimen a la moral establecida que permite generar indignación pero no alcanza para provocar un rechazo del acto violento que es expuesto frontalmente.

No hay, en cambio, otra reacción posible que el rechazo al asesinato de Pinamar. La aparición de revistas como *Pistas* supone un nuevo lugar para la prensa policial, donde el medio se hace cargo de aquellas cuestiones que las instituciones no logran realizar. Así, se publican recetas de seguridad y consejos para mantener la integridad física y la propiedad privada. En esta nueva etapa de la sección policiales el criminal deja de ser el monstruo desalmado de la prensa amarilla o el rebelde *robacorazones* de *Vidas Ejemplares*. El

¹²⁶ Vilker, Shila, op. cit.

delincuente será considerado a partir de ahora “un hombre corrupto o deshonesto”¹²⁷. Un policía.

3.4.2 El relato del crimen

“El ‘pichón’ Laginestra, Villarino, el ‘lacho’ Pardo, se podría decir de ellos que eran delincuentes independientes. Pero ahora todas las bandas tienen alguna relación con la policía. Si uno quiere hacer policiales es ineludible hablar de *la cana*. Es un fenómeno muy argentino este, porque digamos que en países donde hay tradiciones mafiosas - Italia, Rusia, Colombia o México- las organizaciones mafiosas son autárquicas y hasta tienen un cierto enfrentamiento con el estado, lo cual no significa que no hay policías corruptos sino que cuando los hay es porque los compra la mafia. Acá es al revés, acá la mafia compra delincuentes, y el caso Cabezas con esa bandita [reclutada por la *cana*] hace que cierre esa hipótesis.”¹²⁸

Lejos de la caracterización que hace Ragendorfer del delincuente-policía-corrupto queda el criminal asocial de la prensa amarilla, cuya existencia es constantemente animalizada. Como hemos visto en los primeros capítulos de este trabajo, la constante humanización que del nuevo delincuente Ragendorfer hace es sumamente efectiva para generar en el lector un sentimiento de impunidad, ira y hastío.

En la prensa amarilla, las operaciones de sentido se centran en “seres sin rostro ni pasado que un buen día -y siempre de un modo abrupto- extravían definitivamente su bajo perfil impulsados por el resorte más ingrato de la fama: haberse transformado en homicidas o haber sido simplemente asesinados¹²⁹”. Muerto Cabezas, el delincuente deja de ser ese ser *sin rostro ni pasado* para tomar el cuerpo de quienes tienen el poder con el propósito de poner en peligro a la sociedad toda: policías, jueces, políticos, empresarios poderosos. Cualquiera que pueda ser responsable del mal funcionamiento de la justicia. Ya que *ese es el peor delito posible, porque implica que ya no hay seguridad en absoluto: si la justicia es corrupta la sociedad no tiene en quién confiar*¹³⁰. Dice la editorial de la revista *Pistas* de junio de 1997: “una encuesta de opinión pública reveló que el 90 por ciento de la población desconfía de los jueces. No es que todos sean corruptos, como seguramente no lo sean la totalidad de los policías bonaerenses porque algunas decenas aparezcan relacionadas con el asesinato de

¹²⁷ Ídem.

¹²⁸ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

¹²⁹ Ragendorfer, Ricardo, *Historias a pura sangre*, S/D, citado en Saccomanno, Guillermo, *El backstage del crimen*, op. cit.

¹³⁰ Vilker, Shila, op. cit., página 27.

Cabezas. Pero hay que decirlo: unas gotas de veneno alcanzan para que todo el río se envenene. A partir de entonces ya no se puede beber de sus aguas sin riesgo”.

La existencia comprobable de criminales de diferentes tipos en las cúpulas del poder de la República Argentina -desde el comisario mayor Juan José Ribelli, acusado por la causa AMIA, hasta actual número dos del macrismo, Horacio Rodríguez Larreta, acusado del manejo irregular de un fondo fiduciario para financiar a PYMES durante el gobierno de la Alianza- introducen en la prensa policial contemporánea una irresoluble tensión entre “el deseo de anular la criminalidad y la certeza de es imposible una sociedad sin crimen¹³¹”.

El control de ese crimen -Shila Vilker dirá, “si bien no la supresión definitiva”- es una tarea que no atañe solamente al Estado sino a la sociedad toda. Y ese control compartido supone la existencia de un constante proceso de pacificación y control de los individuos que debería generar una creciente racionalidad en las relaciones sociales¹³². Es que el placer del acto violento no es de un tipo permitido, en su reemplazo aparece la mirada. Los instintos violentos -autocoaccionados, aclarará Vilker- son reprimidos y la mirada se convierte en una instancia civilizatoria más. Mirada que buscan la sección policiales, los noticieros, los así llamados *docudramas*.

La omnipresencia del relato violento y las imágenes sangrientas tienen una contracara peligrosísima. Tal nivel de familiaridad con la violencia hace del crimen algo cotidiano, de todos los días. La instalación definitiva del crimen en el día a día hace de la delincuencia algo a la vez interno y externo. “Inscrito en lo social en tanto que exceso, dentro y fuera a la vez. Un exceso que es, por definición, genéticamente interno¹³³”.

Que las historias de Ricardo Ragendorfer después del asesinato de Cabezas se hayan centrado en el accionar delictivo policial sólo confirman lo excesivo del crimen. Nada más excesivo y dicotómico que el robo policial. Ciertamente el accionar de la policía bonaerense en la praxis, convertida luego de la jefatura de Pedro Klodczyk en una empresa de manejo truculento, han tenido como efecto la aparición de un nuevo sujeto criminal que es a la vez guardián de la comunidad y administrador de la delincuencia y todos los delitos posibles de ser cometidos. Sólo el crimen pasional queda fuera del largo brazo de los “patas negras”; el hampa racional viste de azul.

¹³¹ Vilker, Shila, op. cit.

¹³² Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.

¹³³ Vilker, Shila, op. cit.

Conclusiones

“El berretín de la supervivencia”, o por qué esa fascinación con los ladrones

La construcción del malviviente

A lo largo de la segunda parte de este trabajo se ha trabajado con ciertos textos de Ricardo Ragendorfer publicados en la revista *Cerdos & Peces* durante la segunda mitad de la década de mil novecientos ochenta. Ellos han sido, en particular, “Georges Arnaud: El salario de la utopía”; “Vilarino: El rey de la fuga”; “La muerte del último bandido” y “El Lacho Pardo y la ametralladora”.

En la superficie textual de todos y cada uno de estos artículos hemos visto una proliferación de términos *tumberos*, que, como hemos dicho, son a la vez los términos que utilizan los oficiales de la policía de la provincia de Buenos Aires. Esta primera característica permite vislumbrar lo que rápidamente se va a comprobar al leer el resto de la obra policial de Ragendorfer: que policías y ladrones son parte de un mismo fenómeno indivisible y a la vez complementario.

Los *chorros*, en la construcción de Ragendorfer, no son ladrones que respondan al perfil de aquellos que pueden encontrarse en la sección de policiales de cualquier matutino porteño, sino ladrones cuya particularidad es compartir un profundo desagrado respecto del sistema en el que viven, de las normas y los códigos de una sociedad que se les antoja ajena pero fuera de la cual, curiosamente, no quieren dejar a sus familias. Para ellas los hampones de *Vidas ejemplares* siempre pretenden algo más, sea ese *algo más* un futuro de estudio y buena vida o simplemente millones de dólares para disfrutar de una pasar holgado y sin faltantes de ningún tipo.

El autor presenta a los delincuentes a la vez como sujetos comunes, en quienes nadie a primera vista vería ninguna particularidad y que a la vez tienen una inmensa cantidad de cosas para decir, de modelos que cambiar y de prácticas que denunciar. Los ladrones que construye Ragendorfer están obstinados además en ridiculizar a la policía en particular, aunque de ninguna manera -no tienen tiempo para eso- buscan *en primera instancia* esa burla. Su intención es más humilde: llevar a cabo su atraco y salir vivos. Además de -o sobre todo- seguir libres.

Los ladrones que viven en las crónicas de Ragendorfer son presentados como personas cuyas realidades buscan constantemente una emancipación que nunca llega; son sujetos que

no parecen estar dispuestos a soportar las indicaciones del sistema. Pero el autor no piensa que todos los ladrones sean iguales: bien diferencia a los *chorros*, es decir, al *malviviente* de la sección policiales, de los gángsters y los grandes ladrones.

Según Ragendorfer, el hecho de que sus ladrones estén buscando constantemente esa emancipación, el hecho de que no estén dispuestos a soportar *las indicaciones del sistema* los asocia a una contrahegemonía muy cercana a la del militante de izquierdas. Eso no quiere decir que un ladrón y un militante sean parte de un mismo fenómeno, o que siquiera sean comparables. Pero sí estabiliza una idea: la de que los ladrones de las páginas de *Vidas ejemplares* están por uno o por muchos motivos en contra de ese entrelazamiento de fuerzas que Gramsci llama *hegemonía*. O al menos con la configuración que en el capitalismo salvaje del fin de siglo argentino que derivó de la caída del estado de bienestar toma ese entrelazamiento.

Esa construcción *contrahegemónica* que Ragendorfer hace del ladrón no es compartida por los “malvivientes”, al menos las declaraciones que forman parte de este trabajo no pueden comprobar otra cosa. La voz de “*el sordo*” Tito¹³⁴, incluso, sitúa a los que roban en una posición contraria a la de los militantes y los “*extremas*”. A ellos, como hemos visto, “*el sordo*” les adjudicará el “*berretín del heroísmo*”, mientras que para los *amigos de lo ajeno* separará el “*berretín de la supervivencia*”. El atraco de los ladrones contruidos por Ragendorfer nunca es, para los ladrones de carne y hueso, un grito de lucha. Una expresión de queja y de deseo de revolución es en cambio para ellos el robo que llevan adelante los luchadores y militantes en busca de golpes de efecto y financiación operativa. Sin embargo, la construcción que hace el periodista no cambia: él sigue endilgando a los sujetos que construye un carácter redentor y contrahegemónico que los sitúa en posición de poder, de alguna manera, socavar todos los días un poco la base de un sistema injusto y opresor.

Periodismo y literatura

En este trabajo hemos aceptado la idea de Raymond Williams que afirma que “el arte ya no puede verse como una categoría extrasocial ajena a la cotidianeidad”¹³⁵. Porque, de este modo, no habría diferencia entre producción periodística y creación artística, lo que convertiría al trabajador de prensa asalariado en un sujeto del arte. Esto nos permite pensar a la crónica periodística, género en el que ubicamos a los textos analizados, sin necesidad de tener que hacer una distinción entre la categoría de *arte* y la de *cultura popular*.

¹³⁴ Ver apartado 2.2, “Un cierto tipo de ladrón”.

¹³⁵ Williams, Raymond, “Marxismo y literatura”, op. cit.

En la segunda parte de este ensayo hemos dicho que es precisamente en la negación de las diferencias entre arte y cultura popular donde está la clave para leer los artículos de Ragendorfer. Así, en los textos del autor la literatura se cruza con el relato de los hechos y la construcción fantástica de los personajes -siempre funcional a ese relato y a las intenciones del periodista- se vuelve una constante que, con ciertos riesgos, determina y prologa la línea en la que los textos deben ser leídos. Las notas de Ragendorfer no son cuentos y no son crónicas policiales clásicas; no mienten pero a la vez tampoco esconden las operaciones de construcción que las sostienen.

El deseo irrefrenable de mantenerse alejados de la *tumba* determina el accionar de los delincuentes que pueblan las páginas de *Vidas ejemplares*. Allí puede leerse claramente que si hay algo que no puede ser relativizado -ni construido con estrategias propias de la literatura, ni obviado o siquiera minimizado- es el hecho de que nada es más importante que mantenerse alejado de la cárcel. Así, en sus textos no existen las *vendettas*, las venganzas de ningún tipo ni los *ajustes de cuentas*. Cualquier cosa que no sea estrictamente un *atracó* o una fuga queda fuera de la narración y es obviado por el autor.

El ladrón que construye Ragendorfer acata compulsivamente los códigos de la calle. Y esta misma característica es lo que lo distancia del policía, que necesita del hampón para constituirse como tal. Hemos visto que no hay policías buenos para el periodista, y esa ausencia se basa en el hecho no menor de que prácticamente ningún uniformado respeta código alguno. El sólo hecho de ser corruptos y ventajeros impide que el autor los considere íntegros y que siquiera escriba sobre ellos durante muchos años. Hasta que, como hemos visto, el crimen de la policía bonaerense sea de tal horror y magnitud que no se pueda hacer otra cosa más que, por fin, dedicarse a escribir *policiales*.

La molestia, el atentado constante a la propiedad privada y la falta a las obligaciones capitalistas son características del ladrón que están resaltadas por el autor y que ponen al así llamado malviviente en una situación *contrahegemónica*. Contrahegemonía que, en lo discursivo, la policía dice querer paliar. Sin embargo, no sólo no combate el delito sino que además lo reproduce. La asidua ejecución de tales fechorías hace que Ragendorfer, como ha dicho, compare a los policías con estudiantes secundarios que cometen picardías y travesuras *como si* fueran a dejar de hacerlo; *como si* fueran quizás delitos inocuos o con fines nobles, si tal cosa existiera. Al respecto cabe recordar una vez más los saqueos cometidos por la policía de Ramón Camps, planteados según Ragendorfer en un principio como *operativos de*

financiamiento operativo pero que rápidamente -y sin que ningún alto jefe de la fuerza se opusiera- se convirtieron en *operativos de financiamiento personal*.

Tal actitud de la policía supuso una ruptura del entramado social que instaló una brecha irreconciliable entre los que están de un lado y de otro del sistema. “Ladrones” y “ciudadanos” aparecen divididos por una fuerza policial que habilita y reproduce la existencia de los primeros en desmedro de los segundos, pero con un discurso de protección y de necesidad inevitable que sólo genera desamparo y hastío. Así las cosas, en las sucesivas entregas de *Vidas ejemplares* los enemigos jamás serán los hampones, los delincuentes; los peores enemigos serán siempre los corruptos y los que reproduzcan la burguesa idea de que la policía, de una vez por todas, de veras se encargará de sostener el derecho irrevocable a la propiedad privada.

Nunca más

Cambios

La gran noticiabilidad del crimen, ha dicho Vilker, reside en su existencia singular, en el hecho de no ser algo *de todos los días*. Sin embargo, las características de los criminales son históricas y varían constantemente. También varía la narración del crimen, las revistas policiales y los autores del género.

El cambio que supone la aparición de la retórica de la inseguridad es visto como *un cambio en los valores hegemónicos que se juegan en torno a la criminalidad*. ¡Esto! construía el crimen como algo aberrante, un desvío de lo natural (Vilker: 2006). *Pistas*, en cambio, “planteará la serie criminal a partir de ciertos valores de clase media, que han pasado a ser hegemónicos en la Argentina de 1990, tras instaurarse en la opinión pública, a su vez por el accionar de diversos medios, que aún proponiendo sus propias agendas no dejan de reflejar ciertos malestares y preocupaciones de orden colectivo”¹³⁶. Las publicaciones más amarillistas trabajan con un régimen abiertamente pasional, y aquí Vilker citará a Gilles Deleuze: “con una relación con el afuera que se expresa más bien como emoción que como idea”¹³⁷.

Imposible para cualquiera pensar como *pasional* el crimen de Cabezas. No hay emoción de ningún tipo en ese crimen: pura idea, pura racionalidad. Los asesinos eligieron cuidadosamente la víctima; la secuestraron, golpearon; la llevaron a una cava en un descampado impenetrable en una villa veraniega. La metieron adentro de su auto; la mataron; quemaron el vehículo con el cadáver adentro. Robaron las cámaras, destrozaron los rollos. Nada de lo pasional entra en juego, un asesinato con puntualidad inglesa. Una muerte mecánica, una muerte atroz.

La ruptura social que supone la muerte del fotógrafo -confirmada más tarde por el sospechado suicidio de Alfredo Yabrán¹³⁸- es crítica al punto de implicar una nueva forma de pensar el crimen y su mediatización. Ya no hay lugar para el muerto desconocido, para la foto macabramente erótica de un cadáver sin nombre. La víctima aparece, como hemos dicho, ahora humanizada, dueña de un nombre propio. De una profesión, un auto, hijos, una historia

¹³⁶ Vilker, Shila, op. cit.

¹³⁷ Deleuze, Pilles, y Guatari, Felix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1997. Citado por Viker, Shila: op. cit.

¹³⁸ Sobre las relaciones entre la muerte del empresario postal Alfredo Yabrán y el asesinato de José Luis Cabezas puede consultarse el libro de Miguel Bonasso, *Don Alfredo*, durante cuya redacción el periodista -que se presentó como candidato a diputado en las últimas elecciones por la lista 504, Diálogo por Buenos Aires, con una propuesta netamente ecologista- recibió reiteradas amenazas.

de amor. “Abandona su condición de objeto sanguinoliento para devenir sujeto. Sujeto masacrado: lo cual hiere profundamente cualquier sensibilidad humanista. Pues se trata de una vida perdida ahora -*cuya inocencia jamás se pone en duda*- y no de una muerte obtenida que, por supuesto, nadie la desea, pero que si está, puede ser objeto de ficción y hasta de goce¹³⁹”.

Si bien el proceso se inicia con el caso Jimena Hernández y cobra seriedad a partir del caso María Soledad Morales, es con Cabezas cuando adviene su fuerza definitiva. La muerte de José Luis Cabezas parece agotar cualquier resabio de paciencia frente a la posibilidad de que exista otro asesinato impune. El caso Cabezas, lejos del *que se vayan todos*, parece haber recordado aquello que tanto nos costó poder decir: *nunca más*.

Ficcionalizar la realidad

Después de semejante muerte, Ragendorfer piensa que hacer literatura y hacer periodismo supone más que nunca “ficcionalizar la realidad”. Y aquí no se trata sólo de buscar historias en los pliegues de lo cotidiano, en los márgenes de las pequeñas cosas. “Ficcionalizar la realidad” supone asumir el compromiso como autor de volver narrables las oscurísimas historias de los principales personajes de la clase dominante nacional. En particular de los altos jefes de la policía bonaerense, implicados en los peores crímenes de los últimos treinta y cinco años.

Contar fantásticas historias de ladrones que robaban millones a la reina de Inglaterra y luego cantaban con los Sex Pistols *Nadie es inocente* también es, claro, “ficcionalizar la realidad”. Pero después de tanta impunidad deja de ser divertido hablar de fugas, disparos, tiroteos y escapes por las azoteas. Porque la fuga ya no es la del ladrón que no olvida comprarle los útiles a su hija, quien queda bajo cuidado de su abuela y está bien entrenada para no hablar del paradero de su padre, sino de 12 policías de la seccional 5º de Wilde que están acusados de participar en la voladura de la mutual israelita donde murieron 195 personas¹⁴⁰. Porque los disparos son los que matan a Darío Santillán y los tiroteos los que, como en la masacre de Ramallo, asesinan a dos rehenes en un episodio fácilmente evitable. Porque el que escapa por las azoteas es Christian von Wernich.

¹³⁹ Vilker, Shila, op. cit.

¹⁴⁰ Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, op. cit.

En la citada masacre de Ramallo también murió baleado uno de los delincuentes, y el otro fue asesinado en su celda presuntamente por un policía mientras estaba en la seccional. No fue esa, claro, la primera vez que un asaltante murió asesinado por la *bonaerense* en situación dudosa. Los orígenes de este accionar se remontan a la *policía brava*, cuya mecánica era combinar represión política con pactos penitenciales. Incluso el “Loco” Pietro fue víctima de esta operatoria. Ragendorfer suele contar que el famoso ladrón se había aliado con unos policías, Almidón y Morales, y que los tres comenzaron a cometer crímenes y a hacer ajustes de cuenta con el mismo estilo que años después tendría la Triple A. Entre sus víctimas apareció muerto, desfigurado, golpeado y con un tiro en la cabeza además de las piernas cortadas un ex boxeador que se había volcado al delito. Un tal Vayo, que era también *buchón de la bonaerense*. El escándalo resultante malogró el pacto entre el “Loco” y los policías, razón por la cual ante el peligro de ser asesinado el delincuente decidió entregarse. Prefirió estar preso antes que muerto. Pero el largo brazo de los policías llegó hasta la cárcel de Devoto, donde Prieto murió incendiado, quemado.

Policía y delincuentes, hemos dicho, son parte de un mismo fenómeno. Escribir sobre unos u otros parece por momentos indistinto, aunque a juzgar por los relatos que Ragendorfer hace de su vida cotidiana tratar con uniformados es considerablemente más riesgoso. Pero hoy, dice el autor, es *imprescindible* escribir sobre la policía. “Después de la muerte de Cabezas es absolutamente necesario escribir sobre la policía”¹⁴¹, insiste. Después de Pedro Klodczyk y la nueva estructura empresarial del delito policial no se puede escribir sobre otra cosa que policías en las páginas policiales. Ningún ladrón, repite Ragendorfer, es ajeno al sistema de recaudación de los *delfines*; ha dicho incluso el periodista a este tesista que “ningún asesinado muere sin consentimiento policial previo”, salvo en el “honroso” caso de los crímenes pasionales. Y estos últimos muchas veces son protagonizados por policías bonaerenses, en algunos casos maridos golpeadores y en otros amigos de dirimir las diferencias con sus mujeres a punta de pistola reglamentaria.

Al respecto, Ragendorfer recuerda un caso que tuvo lugar diez años atrás donde un policía se suicidó luego de balear a su mujer, también policía, en la costanera. El periodista supo los detalles de la historia muchos años después, cuando un ladrón devenido abogado después de estudiar en la cárcel le contó el motivo del crimen, estrictamente pasional. La mujer había sido infiltrada en una súper banda de ladrones, “La banda de los tatos”, llamada así en honor a su jefe, el “Tato” Ruiz. Mientras llevaba a cabo su labor de espía, ella tuvo un

¹⁴¹ Declaración realizada en entrevista personal el día 22 de enero de 2008.

romance con uno de los delincuentes, y más tarde anotició a su marido de la historia. Su esposo, el policía, consideró que la mejor solución al problema era matarla y luego suicidarse.

Escribir sobre la policía bonaerense para Ricardo Ragendorfer es continuar la obra de Rodolfo J. Walsh, pero escapándose de su *sombra inhibitoria*, esa de la que habla Saccomanno¹⁴². Sin denuncia, porque “para denunciar está el pueblo”, dirá Ragendorfer. Haber cambiado la escritura más amarilla de sus notas sobre delincuentes por la *non fiction* hiperdocumentada que se inicia con *La Bonaerense* supuso dejar finalmente de lado las miles de muertes que podrían haber llegado a *cargarse* los criminales para tratar de recuperar al menos alguna de las tantísimas vidas que se han perdido en manos de oficiales de la policía de la provincia.

Es que el cambio, la única cosa inmutable¹⁴³, no se produce por una obligación sino por la toma de conciencia de que algo no funciona. Tal vez entonces finalmente tenga razón W. B. Yeats, el poeta, que escribió

*y creo que el primer pez volador
que saltó no lo hizo por buscar
la “adaptación” al aire sino
por horror al mar¹⁴⁴.*

¹⁴² Saccomanno, Guillermo. *El backstage del crimen*, op. cit.

¹⁴³ La frase pertenece a Arthur Schopenhauer.

¹⁴⁴ Yeats, William Butler. “Branquia”, en *The lake isle of Innisfree*, S/D, 1924.

Bibliografia

- “Aumento salarial del 5,7% para la Policía Bonaerense”. Diario *El día*, edición del miércoles 14 de noviembre de 2007.
<http://www.eldia.com.ar/edis/20071114/laprovincia0.htm>.
- “Lo que tiene que hacer un novelista es salir a la calle”, diario *Clarín*, edición del domingo 4 de mayo de 2008.
- Amar Sánchez, Ana María, *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1992.
- Andre, María José, “Hacerlo por la fuerza”, en *Cerdos & Peces*, S/D.
- Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Barthes, Roland, *Ensayos críticos*, Seix Barral, Barcelona, 1983.
- Bonasso, Miguel, *Don Alfredo*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Cecchi, Horacio, y Solano López, Francisco (ilustrador), *Mano dura. Crónica de la masacre de Villa Ramallo*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
- Colela, Romina, *La construcción de lo erótico en Cerdos & Peces y El libertino*, tesina N°813 de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, año 2000.
- D’Auria, Aníbal, “El anarquismo ante la propiedad”, en *El anarquismo frente al derecho: Lecturas sobre propiedad, familia, estado y justicia*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2007.
- Deleuze, Gilles, y Guattari, Félix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1997. Citado por Viker, Shila: op. cit.
- Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Booket, 2005.
- Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Booket, 2005.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.
- Fontanarrosa, Roberto, “El rey de la milonga y otros cuentos”, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2005-
- Ford, Aníbal, *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Norma, 1999. Páginas 95 y 96.
- Heidegger, Martin, *Aportes a la filosofía: acerca del evento*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Kafka, Franz, “La metamorfosis y otros relatos”, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1992. Traducción de Jorge Luis Borges.
- Klossowski, Pierre, *Nietzsche y el círculo vicioso*, Buenos Aires, Ediciones Terramar, 2005.
- Malatesta, E., “El anarquismo comunista”, en *Anarquismo y anarquía*, Tupac Ediciones, Buenos Aires, 2000.
- Martini, Stella, *La prensa gráfica argentina: reflexiones sobre la calidad periodística, la información “socialmente necesaria” y la participación ciudadana en las agendas sobre el delito*. Web *Diario sobre diarios*,
<http://www.diariosobrediaros.com.ar/dsd/images/martini.pdf>.

- Martini, Stella, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Norma, 2000.
- Palaniuk, Chuck, *Error humano*, Buenos Aires, Debolsillo, 2007.
- Puzo, Mario, *El Padrino*, Barcelona, Grijalbo, 1970.
- Ragendorfer, Ricardo, "El Lacho Pardo y la ametralladora", en *Cerdos & Peces*, Buenos Aires, S/D.
- Ragendorfer, Ricardo, "Georges Arnaud: El salario de la utopía". *Cerdos & Peces*, S/D.
- Ragendorfer, Ricardo, "La muerte del último bandido", en *Cerdos & Peces*, Buenos Aires, diciembre de 1986.
- Ragendorfer, Ricardo, "Patán, el perito", en *Revista El Porteño*, edición digital visitada el 14 de octubre de 2007. <http://www.elportenio.com/>.
- Ragendorfer, Ricardo, *Historias a pura sangre*, S/D, citado en Saccomanno, Guillermo, *El backstage del crimen*, op. cit.
- Ragendorfer, Ricardo, "Vilarino: El rey de la fuga" en *Cerdos & Peces*, S/D.
- Ragendorfer, Ricardo, *La Bonaerense 2: La secta del gatillo*, Booket, Buenos Aires, 2006.
- Rodriguez, Carlos, "Las armas al sur", en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 22 de abril de 2004. Una versión completa del artículo puede leerse en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-83861-2007-04-22.html>.
- Rotker, Susana, *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Saccomanno, Guillermo, *El escritor de policiales*, edición facilitada por el autor en diciembre de 2007.
- Saccomanno, Guillermo, "El vengador del pueblo", en *Página/12*, Buenos Aires, edición del 8 de diciembre de 2002.
- Sai, Leonardo y Horowicz, Alejandro, *Hordas. Entrevista a Ricardo Ragendorfer*. Revista digital "Nación Apache", edición del 20 de junio de 2007. www.nacionapache.com.ar
- Symns, Enrique, *El señor de los venenos*, Buenos Aires, El cuenco de Plata, 2005.
- Verón, Eliseo, *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995.
- Vilker, Shila, *Truculencia*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2006. Página 15.
- Walsh, Rodolfo, "La secta del gatillo alegre", en Walsh, Rodolfo, *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.
- Yeats, William Butler, "Branquia", en *The lake isle of Innisfree*, S/D, 1924.
- Zizek, Slavoj, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

Apéndice

LA POLÍTICA

Cada vez que se habla de seguridad en la República Argentina, la gran mayoría de sus críticos se refieren a la provincia de Buenos Aires. Desde hace unos años, coincidiendo en cierto modo con la "colonización blanca" de sus espacios verdes, el énfasis aparece puesto en el conurbano bonaerense; ese gigantesco cordón donde los estratos socioeconómicos se codean, se sobresaltan mutuamente.

No sólo está en juego la proverbial sensibilidad propietaria de la masa votante de la clase media y media-baja; también, la sensación térmica de los ricos, de los famosos, de los funcionarios y ex funcionarios enriquecidos, de los empresarios más poderosos del país.

Ningún político que se precie desconoce esto y la importancia que tiene el tema en una gestión de gobierno; mucho menos, lo tácito que puede ser en determinados momentos. Sobre todo si su ámbito de acción es, precisamente, la provincia más rica y poblada del país.

Un hombre como Eduardo Duhalde, de larga militancia en el ala izquierda del Gran Buenos Aires –el de las tradicionales islas de Banfield, de Lomas, de Adrogué y Burzaco, de Temperley, verdaderos bolsones de clase media alta rodeados de fábricas y sindicatos, y de villas con la mayoría de los miserables–, no puede desconocer la importancia de la seguridad. En esto, necesita estar empapado del tema. En particular, de los mecanismos para hacerla efectiva.

Duhalde ejerció con habilidad el gobierno de Lomas de Zamora, uno de los partidos más conflictivos del GBA. Conoce el territorio y a sus habitantes lo suficiente como para haberse convertido en su indiscutido líder político por años. Creció en esa geografía de calles inevitablemente desordenadas, impenetrables de abitar, caóticas; además llegaron los asentamientos de las víctimas del modelo neoliberal antes que los cuarteles

Ateso por prevenir de uno de esos abigarrados nudos comerciales que entrelazan las distintas realidades sociales del conurbano. Debido a las relaciones de larga data y buen conocimiento con la Policía Bonaerense, una virtud fundamental.

Y en tiempos de transformación y ajuste como el impuesto por el muertrismo —del que Dubaldi es un componente tan esencial como Domingo Cavallo—, en los que inevitablemente se agudizan las contradicciones sociales (con perdón del seudónimo), la Policía pasa de ser un sector importante para gobernar a convertirse en un arma estratégica.

Y los Puntos Negros, como los bautizaron sus pares de la Federal en despectiva alusión a las botas cortas que alguna vez hicieron en su uniforme, jamás fueron una fuerza fácil de manejar para el poder político.

—Si un federal no está de acuerdo con una orden, se lo va a discutir hasta la insubordinación; y a vos te queda claro que ese tipo no va a cumplir con lo que le mandaste, sino que va a tratar de que quedés como un idiota. El bonaerense, en cambio, te va a decir siempre "sí, doctor, lo que usted ordena", de un modo a veces servil; pero cuando diste la vuelta, se clavó un puñal por la espalda —graficó el secretario de un juzgado federal bonaerense.

Con efectivos mal equipados, mal pagados y, sobre todo, mal recibidos y peor instruidos, *La Bonaerense* convirtió algunas de sus áreas en parte de su sistema de sobrevivencia: capitalistas de juego y comerciantes irregulares trabajan desde hace décadas en sociedad forzada con las comisarías, pagando un canon para seguir existiendo.

Todos los poderes de la sociedad conocen desde siempre esta situación y la convierten, por aquello de la crónica escasez de recursos y de la no menos crónica corrupción del poder político, que siempre sepa sacar provecho. Fondos para bolsillos particulares y campañas electorales complicidad en los puros negocios sucios, mano de obra disponible son razones de peso.

El hacer de subordinación que ocupa la Policía dentro de los poderes del Estado torna imposible creer en su autonomía delictiva; ésa es en todo caso, los verdaderos ejemplos aledaños. Punteros barriales, con cegales, diputados, gobernadores, sin sus mandantes o protectores, según cargos y capacidad de acción.

Detrás de todo gran policía corrupto hay siempre un gran político. Hace veinte años, cuando el general Ramón Campos se hizo cargo de *La Bonaerense*, durante la última dictadura militar, se produjo un "batao cualitativo" en el estado de corrupción policial. Como siempre en estos casos, lo que empieza como "autofinanciamiento operativo" se convierte

en operativo de financiamiento personal; sin que una alternativa sea mejor que la otra, aunque sí distintas.

El militar genocida y su temible director de Investigaciones, el comisario Miguel Echecolatz, convirtieron a la Policía y especialmente a sus legados de Investigaciones en máquinas de matar que trabajaban a desvío y cobraban sus hornos extra de entre los bienes robados a sus víctimas.

El asesinato y la tortura; el secuestro y su figura anónima, la extorsión; el "botín de guerra"; la rapña, fueron las prácticas habituales en las cuales se hundieron los hombres que hoy conducen la Institución, todos ellos mayores de 40 años. Especialmente los agentes "operativos", como los llaman en su argot, es decir, los que van al frente de batalla policíaca: la calle.

Los "pozos" de Bantfield, Quilmes y Azusa, El Venadito, Coci Martini, el Puesto Vasco, el Sheraton, La Caaba, fueron algunos de los nombres que los Puntos Negros dieron a las dependencias policíacas que convirtieron en su propio "Círculo de Campos Clandestinos de Detención, dentro del Área 113", según reza el *Nuevo orden*.

Pero no fueron las únicas: subordinadas al esquema militar de Campos y del entonces jefe del Cuerpo I del Ejército, Carlos Suárez Matos, en todas las comisarías de sus unidades regionales, en todas sus brigadas se practicaron los mismos métodos criminales.

Agrupados niños de terror estatal marcaron a fuego a la institución: el aplazamiento por el cual todavía hoy se rige internamente es el mismo que se aplicó en Campos allá por 1980.

Y si en 1985 Echecolatz fue acusado de integrar una célula golpista junto al hijo del ex general y otras terroristas de Estado "desocupados", *La Bonaerense* resultó asimismo cada asiento por dar de baja al apropiador de la baja de desaparecidos, el médico experto en torturas, Jorge Antonio Vaghi.

La Bonaerense es un nido de víboras imposible de gobernar. Los tipos que se formaron con Campos no conocen otra vida, están cebados. Y si los enfrentas, se pujan todo. No hay que olvidarse que ellos pueden hacer el nivel de delincuencia a niveles insuperables. Los militares ya no tienen vergüenza para acusar a los políticos. Los políticos ya no se van a plantear más de un desafío a los políticos."

El consenso, efectuado en una charla informal allá por 1984, perteneció a un comisario del escuadrón profesional, con muchos años de trabajo en el edificio de la Calle 2 de La Plata, sede de la Jefatura. El bonaerense hablaba de jefes y no era muy optimista en su análisis. El tiempo le dio la razón.

Las sucesivas depuraciones que las administraciones democráticas de la provincia se vieron obligadas a efectuar debido a los desmanes policíacos no impidieron que, todavía hoy, los cuadros de La Bonaerense heredaran sus raíces en los años del terrorismo de Estado.

El rescoldo que ensayó la administración radical fue peor que la enfermedad. El gobernador bonaerense Alejandro Armendáriz no tuvo mejor idea que desarmar los bolsones más conflictivos de la herencia militar, desportando criminales de uniforme por toda la provincia, contaminando los pocos vestigios de salud que podían haber quedado en la Institución.

En una fuerza que —a diferencia de la Federal— se caracterizó por el alineamiento político de sus cúpulas, el peronismo, en cambio, siempre tuvo un mayor *rapprochement* con sus jefes. Al fin y al cabo, fue durante el primer gobierno peronista que se firmaron las leyes que crearon la Policía Federal y sus hermanas provinciales y los dieron la uniformidad militarista con que hoy las conocemos. Una de las pocas cosas que la "Revolución Federalista" de 1955 dejó en pie. Fue entonces cuando la Policía Bonaerense se constituyó como tal.

Y si la Renovación resultó un fallido intento por establecer otro tipo de relación, el duhaldismo significó un regreso a las fuentes.

El ex vicepresidente de la Nación había aprendido la lección que recibiera su antecesor, Antonio Cafiero. Luis Brumati, el documentalista que el otrora jefe de la Renovación Justicialista nombró como ministro de Gobierno, había cometido el peor de los errores: ladrar, sin tener con qué mordor.

Sus intentos por democratizar y expurgar a los Pata Negras sin contar con aliados de peso dentro de su estructura lo llevaron al extremo de tener que pedir una pistola para llegar hasta su casa, durante la última de las muchas concentraciones que los uniformados le hicieron en la plaza San Martín de La Plata.

Duhalde hizo de la seguridad una bandera en su campaña por la Gobernación. En 1991 el tema estaba al tope de la lista de preocupaciones de la población y él no se cansó de prometer "mano dura" contra la delincuencia, uniéndola en su discurso al combate contra el narcotráfico. Y dispuso que la Policía fuera parte esencial de su relación con la embajada norteamericana.

Contra la opinión de la oposición, que criticó constantemente la falta de una "política de seguridad", el Gobernador demostró tenacidad y fue claro. La fue explicitando en la práctica; la puso en marcha.

Comenzó por la propaganda: la "Policía del siglo XXI" fue el primer de una recurrente lista de eslóganes a los que rindió culto,

Además, convirtió a la Subsecretaría de Seguridad en Secretaría, sacándola de la órbita del Ministerio de Gobierno, y la puso bajo su control directo. De un plumazo, Duhalde logró lo que jamás pudo Menem con el Injefe Andrés Antonietti, y su engendro apoginencio. El ministro Carlos Corach todavía busca con su proyecto concentrar en la cartera de Interior todas las fuerzas de seguridad de la Nación.

Enviaba así un mensaje claro a la sociedad —policías incluídos— acerca de la importancia que le otorgaría al tema.

Gracias a uno de esos ardides leguleys que tanto gustan a nuestros abogados-políticos, sustituyó a la nueva Secretaría de Seguridad y a su Policía el control de la Legislatura, cuyo reglamento le permite interpellar solo a los ministros del Ejecutivo.

Para el mando político de la Fuerza eligió, en dos ocasiones, a ex jefes federales con buen *résumé*, claras simpatías en la embajada norteamericana, notorios vínculos con policías duros de la dictadura militar y no tan pesados amores con agrupaciones neonazis y grupos campesinistas. Carreros de inserción en el aparato partidario, el Gobernador fue la última fuente de legitimidad política de Eduardo Pettigiani, primero, y de Alberto Puente, después.

Su propia injerencia en el área quedó en claro con la designación de un amigo en el vértice de la cúpula del brazo ejecutor de su político: Pedro Klodzyk, quien no necesitaba pedirle permiso al secretario de turno para entrar al despacho de Duhalde.

La elección no fue caprichosa. Corrían los últimos días de 1991 y, tras la muerte del jefe Juan Angel Priker, la Policía Federal se debatía en medio del escándalo provocado por el secuestro del empresario Mauricio Macci a manos de "La banda de los comitarios". Duhalde necesitaba disciplina y, al mismo tiempo, lavarle la cara a la andruga policial con la cual debería mantener la seguridad en su provincia. Y Klodzyk era el hombre ideal para mostrarlo como "El Priker de La Bonaerense", el salvador de los estólgos agitados por sus operadores de prensa.

Claro que, para ello, Duhalde le daría una mano decisiva.

En primera elección de convertir a La Bonaerense en la "Policía del siglo XXI", en el marco de un impreciso Plan de Seguridad Provincial, decretaba sobre un pacto con los uniformados.

El gobierno se comprometía a reequipar a la Fuerza y a no interferir en sus asuntos internos. A cambio, pedía subordinación, presencia en los cables y mano dura. La propuesta acudió a los Pata Negras, más allá de sus defensas y virtudes profesionales, en la Policía provincial nadie desconoce la unidad que unió a Duhalde con el jefe, Klodzyk.

Y esa amistad era, precisamente, la prenda que garantizaba el cumplimiento de las promesas, para los policías, y de la política de seguridad, para el Gobernador.

El énfasis fue puesto en el armamentismo en detrimento del "factor humano". Duhalde displicente a su bloque parlamentario en apoyo de la financiación presupuestaria para las compras millonarias de equipos, aun a costa de la transparencia de las mismas. Desdichó, porque no otra cosa es, en esta época, no actualizar ni perfeccionar la educación de los hombres de la Fuerza.

En todo ese tiempo, la capacitación de sus hombres corrió con notoria desventaja frente al armamentismo desatado, y el compromiso asumido ante la sociedad de una mayor exigencia en la selección e incorporación del personal fue lísa y llanamente olvidado. A tal punto que cada vez que alguna crisis se lo exige Duhalde vuelve sobre el tema.

La realidad muestra que hoy, aún carente de un marco jurídico político que ponga la institución al servicio de la población, sin instrucción, sin una estructura idónea ni controles, y con armas de todos los calibres, el de Duhalde semeja un ejército de monjes con saivajes.

Los resultados no tardaron en palpase. Pese a que los datos de la realidad, las denuncias, los números incompletos de los estadísticos, hablaban de un nivel de corrupción y violencia en constante aumento, solo algunos casos salieron a la luz. Así, Duhalde logró que no adquiriera la trascendencia que su gravedad merecía.

Para la segunda mitad de 1993, las consecuencias de la política duhaldistas eran inocultables: el espionaje ideológico realizado por la Policía en toda la provincia puso en negro sobre blanco sus lineamientos más profundos. La desaparición de personas a manos de los Puntos Negros, denunciadas por el informe anual sobre Derechos Humanos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, era apenas la punta del iceberg.

El remedio para Duhalde consistió en cambiar a Pettigiani por Pini, un hombre que mantuvo siempre fuertes lazos con la derecha más violenta y una estrecha amistad con los uniformados que habían llegado a dirigir La Bonaerense.

La elección confirmó lo que aparece como uno de los audaces golpes de la carrera política del Gobernador desde que decidió acompañar a Carlos Menem como vicepresidente: su alianza con la DEA.

Como parte de su tacarado compromiso de luchar contra el nuevo tráfico, o por la "buena letra" que algunos aseguran que se vio forzado a cumplir a partir de la supuesta existencia de dos complotados de

nieta en manos estadounidenses, la "guerra al narcotráfico" siguió su relación con la embajada norteamericana.

Las dos versiones se contradicen con la práctica. Si La Bonaerense se convirtió en el paladín de los grandes operativos antinarcóticos contra bandos internacionales que utilizaban a la Argentina como "país de tránsito", también aparece hoy como protector, socia o empleada de las bandadas locales vinculadas a aquellas.

A pesar de la opinión de su cancillería, a la DEA pareció importarle poco la metodología de sus aliados, en tanto sirviera a los nunca claros intereses de su cruzada contra los grandes carteles de narcotraficantes. Y los métodos yanquis derraparon a menudo fuera de nuestra legalidad.

La política de seguridad de Duhalde permaneció acólame; sólo se trató de "errores", de "excesos", de "casos aislados". A la comprensión con Pini y el mote de "jefe autódromo" con que lo promocionaban. Pini, el Kucheryk agregó el título de "Mejor jefe de la Historia" y la Fuerza se convirtió en "La mejor Policía del mundo".

Una y otra vez prometió "investigar hasta las últimas consecuencias", comisiones anticorrupción, tribunales de ética, castigos y purgas; y cada vez convalidó la práctica del no-puedo, los relevos que terminaban en baldíos, la teoría de que el más indefenso tiene la culpa; la más alemana impunidad.

La Policía Bonaerense fue aligerando gauchos al mismo ritmo en que Menem y Duhalde asistían en la inauguración de la pena de muerte: la pena en práctica, extrajudicialmente. Y a medida que la situación social fuera deteriorándose, el delin cuarentista lo necesitaba cada vez más.

La gran prueba llegó en marzo de 1996. Con la brutal represión policial contra estudiantes y periodistas en La Plata, Duhalde mostró las patas y no tardó en apelar a la violencia para acallar el descontento. En los días previos a un salvaje demostración, el gobierno bonaerense se había ocupado de dejar en claro que no toleraría "estallidos" en su provincia.

Todo el país vio por televisión a los estudiantes, a los dirigentes de los Derechos Humanos, a los asesinos y a los malditos periodistas, presos en el nivel del Euzkadi Político Número Uno, apaleados, detenidos y torturados por obesos jefes policiales desbocados.

Y los secuestrados de la jornada no fueron, claro está, sus miedos; sólo el odio de Duhalde, la omnipotente agrupación Quebracho, los remanidos "autódromo". Su Policía no había hecho más que cumplir órdenes y preservar el orden, más allá de algunos "excesos" casi comprensibles.

En fin, muy distinta su reacción cuando, en julio de 1996, el juez fe-

deral Juan José Galeano ordenó la prisión y el procesamiento de doce policías bonaerenses comandados por el comisario Juan José Ribelli, hombre de confianza del Jefe, por "asociación ilícita para delinquir" y "participación necesaria" en el atentado contra la AMIA; parte al menos de la cadena de obtención de la camioneta Renault Trafic que fue utilizada como coche-bomba contra el edificio de la calle Pasteur.

Para Klodzyk, para Pionti, así como para el Gobernador, seguía tratándose de casos aislados que La Bonaerense había autodepurado. Como el de los aeropolicías de Quilmes.

Pero la investigación de Galeano no sólo comprometió a jefes de la Institución en el peor atentado terrorista ocurrido en la Argentina, sino que expuso en detalle la perversa relación de la Policía con el hampa y destacó un estado de corrupción generalizado que permitió, por ejemplo, que durante casi dos años un falso testigo —preparado por policías dentro de unidades policiales— disarajara la investigación judicial de los policías implicados.

Dos de ellos fueron piezas importantes en la primera fase de la pesquisa, y su jefe trabajó en la misma en el momento en que era comandada por un comisario de vieja relación con el principal "testigo" de la causa, el redactor Carlos Tetzeldin, el hombre que habla "doblado" la Trafic que lo sacaron los policías. Y en su búsqueda de la verdad jurídica Galeano no descarta que sean también uniformados los que conforman el siguiente eslabón de la cadena que llevó a la camioneta a la puerta de la AMIA.

Galeano, además, giró a la Corte Suprema bonaerense escuchas y actuaciones que muestran hasta qué punto estaba comprometido con la "piratería del asfalto", el robo y doblado de vehículos, y el narcotráfico nada menos que el jefe de la División Sucesión de Automotores, a la sección Juan Ribelli. La lista de delitos cometidos por sus hombres en directa relación con el atentado se amplía y multiplica a todo su ámbito de acción.

Y esto ya era otro cantar.

Si el neoliberalismo puede justificar e incluso alentar los "errores" de la violencia estatal, la protección policial a la delincuencia que se supone combatir y que tiene por objetivo los bienes de la clase alta local y extranjera, su asociación con ella aun en el medular tráfico de drogas, le capa a su paraguas.

No en vano Domingo Cavallo se despidió del Ministerio de Economía anunciando que, luego de domar la inflación, se dispuesta a luchar contra la corrupción en la Seguridad y en el Poder Judicial, dos pilares

estrechamente relacionados, subordinado el uno al otro, mandante y natural contralor, convertido en los últimos años casi en cómplice.

Y la avanzada de Duhalde sobre el Poder Judicial de la provincia no fue a la zaga de la llevada a cabo por Menem en el ámbito de la Nación. No parece casual que los dos hombres del escudo (duhaldistas que pilotan su relación con el Poder Judicial, Alberto Pionti y su tocayo Pionti, presidente de la Cámara de Diputados, sean los que mayor conocimiento e influencia parecen tener en la Policía.

El presidente Carlos Menem se llevó a los Estados Unidos los resultados del trabajo de los hombres de Galeano, para mostrarlos como un logro de su gobierno. Como si el máximo responsable político de los terroristas no fuera su del fin, su principal fuente de votos, su más íntimo aliado.

En Buenos Aires, mientras tanto, se habló de internas políticas y políticas y se especuló con que el "intento de robo" de que fuera víctima el senador Eduardo Menem en los días previos a la caída de Ribelli era, en realidad, una devolución de favores ante la inminente decisión de Galeano.

Desde entonces, la escalada de sospechas, simpatías y desplantes entre Menem y Duhalde fue en aumento. Y con ellos, el nivel de violencia en la discusión política.

Las amenazas realizadas por aquellos meses del '96 indicaban que el hecho por parte de la población tenía o no confianza en quienes desistían ser los protectores. No se trataba ya de los "desmanes" conocidos de "los muchachos de siempre" sino una porte sustancial del menzado "chango argentino".

A los años, la Policía Bonaerense aparecía como el verdadero enemigo de una sociedad que quiere dejar atrás el terror de otros años, pero no se atreve a enfrentarlo, y como una concreta amenaza contra la protección de la economía y la vida de las personas que habitan la provincia de Buenos Aires.

El esquema de corrupción y poder de los Patas Negras sufrió un primer destino. Pero los jueces de La Bonaerense, siguiendo el ejemplo de Menem y Duhalde, perfirieron culpar de su mala suerte a los "vax-piratas" de la prima.

Con eso, el Gobernador levantó el tono de sus promesas y anunció penas en el castigo, reformas estructurales, más tribunales de ética y más ministros. Incluso una autocrítica por "falta de tiempo" por la corrupción política.

Pero, así a su estilo, avaló a sus hombres cuando volvió a calificar

como "el mejor jefe que tuvo la Policía en toda su historia" a Pedro Klodnyk y le entregó el diseño de la cúpula que debería sucederlo. Fue el día que anunció su retiro. También cuando convirtió el reemplazo de Pico en un incógnito ascenso a la Secretaría General de la Gobernación. Quedaba claro que se había visto obligado a efectuar los cambios por las amenazas, por las intenciones, por la prensa.

El mensaje fue transparente. Como cuando eligió, para poner en práctica los cambios políticos anunciados, al comisario general retirado Marcelo Ferreira, mano derecha duro y enérgica de Eduardo Pénizola, a quien Duhalde había promovido a ministro de la Corte Suprema provincial unos meses antes.

Y los avisó cuando designó para acompañar a Ferreira en la conducción de La Bonaerense a la dupla Adolfo Vitelli-Domingo Lugones, hombres del millón del jefe, según reconocen los propios funcionarios bonaerenses. Un entoque perfecto.

Calculó mal.

La nueva cúpula policial era casi un premio a los "duros" más cuestionados. Poner en la Secretaría de Seguridad a un uniformado no sólo significaba el logro de una alteja reivindicación policial, sino un avance político que eliminaba intermediarios entre La Bonaerense y el Gobierno. La oposición a la designación de Ferreira llegó desde distintos sectores y Duhalde tuvo que desandar sus pasos.

La del Procurador General de la Corte Suprema bonaerense Eduardo De Lázari como secretario de Seguridad fue una elección forzada por el compromiso de sanear la Fuerza. Y esta vez, la purga llegó; pero de la mano de un funcionario judicial ajeno a su entorno, distinto del que Duhalde había elegido. No quedaba mucho margen.

La oposición que encontró De Lázari al poner en práctica la Ley de Prescindibilidad e impulsar realmente cambios profundos en los "reos costambres" policiales —los ilegales y los legales también— lo dejó en el ro. Como los relámpagos que anuncian los truenos eléctricos.

Los rayos se descargaron con el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas en Finamar y pusieron en evidencia el descalabro, la situación terminal de la Policía Bonaerense. Y la carrera política de Duhalde quedó al borde del abismo. La hidra uniformada parecía estar viendo una de sus cabezas contra su jirite y exacerbó la tendencia de los políticos justicialistas a comprender la vida toda como el resultado de operaciones políticas.

La reacción de Menem y su coro de ministros deslindando responsabilidades y tratando de apropiarse, con político atropello, de los

primeros avances de la Justicia en la causa, fue para los duhalistas la continuación de todas sus aprensiones. Y para cualquier observador, un dato más que preocupante.

Una vez más la Policía Bonaerense dejó sus huellas por todas partes: en la organización y ejecución del crimen, en la destrucción de pruebas, en las casualidades puestas a una investigación que de tanto desviarse parece de un rumbo creíble, en la preparación de falsos testigos.

Una vez más el caso pasó al descubrimiento la vinculación de sus oficiales con el tráfico de drogas, el robo de autos, las pretensiones penales, las intenciones políticas.

El homicidio de Cabezas fue el más brutal anudado contra el período desde el retorno del pulso al orden constitucional. Un verdadero entoque mafioso, como el propio gobernador resaltó. Por el lugar en que fue cometido y sus características de espanto, por su metodología hereditaria de los años de maltrato brutal, fue un crimen político, como el asesinato contra la AMIA.

Pero ahora, además, el propio Duhalde fue objeto de adjetivos como "buda" y de amenazas que pronostican "alfombrar la provincia de sangre", sacar al gobernador "de los patas, por la venana de su despojo" y describir un "estado de insubordinación total", además de la frasca burla programada para el 24 de marzo.

Mientras desde la propia Secretaría de Seguridad se especulaba con la responsabilidad de altos jefes —en retiro y en actividad— en la comisión de estos delitos; el expediente naufragaba entre monigotes. Entre las cabezas de los boudiers de De Lázari y el proceso de Dolores parece haberse dado más que las dificultades propias de la resolución de hechos que agreden la Justicia.

¿Qué llevó a un político como Eduardo Duhalde a escurrir y defender a bandos delincuentes? ¿Qué le impide realizar la purga que la sociedad exige? ¿Amenazas? ¿Compromisos? ¿Calculos erróneos? ¿Los riesgos de la JGA?

No puede alegarse, en todo caso, ignorancia.

En consecuencia se encontró así frente a su propio Omar Corrao, su propio Martín Bultrich, su Semana Santa. Todos esos casos muestran, con claridad, la particular vinculación de los mafias en la Argentina; su degeneración del Estado.

La reacción del general Martín Balza y del ex gobernador catarinense Roberto Figueira, ante cada uno de esos asesinatos, pueden servir de ejemplo. Justifican la del ex presidente Raúl Alfonsín ante el potentísimo y corrupto. La ambigüedad de que hizo gala cuando de respaldar a

De Lázari se trató, su triunfalismo al presentar personalmente a la última banda de prisioneros delincuentes, no parecen indicar que comprendiera la lección.

Como sea, parece evidente que a la estrategia del delfín menemista se le cayó una sota. O mejor dicho, dos patas.
Las Patas Negras.

LA DIARIA

I

En miércoles 28 de febrero de 1996 comenzó agitado para Oscar Alfredo Flores, un ex médico policial de treinta y nueve años, propietario de la empresa de ambulancias Medicina. Hacía cinco minutos que su amigo, Hernán Rao, había llamado desde la empresa para avisarle que de la Clínica Brevino de San Miguel acababan de comunicarse para crear un nuevo servicio de un recién nacido hasta la Clínica del Buen Ayre. El médico estaba en el baño y Rao le dio el mensaje a su concubina, Marcela Flores, que terminaba de preparar el desayuno para la familia.

«El bebé dónde queda? —preguntó la mujer, todavía adormilada. En Bella Vista, sí, ya fuimos un par de veces —explicitó Rao—. Decís que el Ocho Durante lo pasa a buscar en diez o quince minutos —agregó— y se despierta para ir a acondicionar la ambulancia en que harán el traslado».

Relajado por el temprano encargo, Flores se sentó a desayunar con su mujer y los tres hijos de la pareja: Daniel, el mayor, de cuatro años; Romina, de tres, y Lucía, de apenas un año. Tomó una tostada, la untó con mermelada de frutillas y la mojó en el café con leche que tenía encima. El queso del jefe abrió el clima familiar y ahora todos, incluso los niños, parecían apaciguados.

En la cocina agolpadas las tostadas mirando de reojo la portada del diario El País, la familia está en su casa, sin lujos pero confortable, de chaletito, con una sala plana y cichea, ubicada sobre el 2792 de la calle Bolognesi entre 11 de Septiembre y la Ruta 26, de la localidad de Delicias. A las once minutos más, el médico se levantó de la mesa para ir hasta la cocina del frente, para ver si llegaba Durante a buscarlo.

Algunos minutos después de las once un instante y volvió a sentarse a la mesa. A su mujer le pareció notable un poco nervioso, aunque observó

El hombre del Gacel fue haciendo bien los deberes.

Aportó datos multivalentes y precisos. El hecho final de su tarea fue informar la hora exacta en que la horda iba a regresar de un "hecho". Los hombres de Rodríguez, quienes lo llamaban enfáticamente "el Viejo", fijaron ese instante para la emboscada. Se prepararon con total eficacia. Hasta tenían en reserva tres testigos falsos, por si algo salía mal.

En la puerta de la Brigada las policías agitaron ametralladoras, fusiles y FAL, que distribuyeron entre los efectivos de los siete vehículos asignados al operativo. El hecho terminó ese ir y venir con cierto asombro y preguntó:

—¿Para qué tanto fierro? ¿Les van a meter en cara o les van a cortar?

El Lagarto Vargas alzó los hombros y contestó:

—Vos sabés como es el Viejo... Los vamos a cortar.

Unas horas después, los noticieros daban cuenta de "un cruento tiroteo en el que cinco delincuentes fueron abatidos". Dicen que el Sotiguero salió corriendo con las manos en alto. Sus últimas palabras fueron:

—No tires, Mario, soy yo.

El hombre del Gacel quedó tan espantado con Rodríguez, que ni siquiera quería oír su parte. Pero el Chirrión, hombre de palabra si lo hay, le envió un emisario para seducir los minutos. No era otro que el Lagarto, que le entregó una pila de billetes literalmente manchados con sangre. Hasta daba la impresión de estar todavía húmeda.

—¿Qué querés? La plata está en el auto de los chicos y se manchó de sangre. No vas a pretender que el billete lo ponga el comisario, ¿no? —explicó el Lagarto, antes de partir.

IV

LLUVIA DORADA

Tras la caída del Klodczyk, la del comisario Mario Rodríguez fue la primera baja de la Maldiva Policia. Chorizo asumió el golpe con incontestable aflicción:

—Yo me voy. Pero esto tiene viscoso —advirtió a sus amigos, en una quinta del Gran Buenos Aires donde un selecto grupo de altos oficiales se reunía para despedirlo. Allí sellaron una especie de rito antes de irse, cada uno de los cometas arrojó un anillo de jardín, al que lo adherían en la cabeza la foto del nuevo secretario de Seguridad.

Fue el comienzo de las hostilidades.

En primer signo fue una lluvia de denuncias administrativas infundadas contra el Aves Especial. Sobre sus integrantes, cuyo número ahora llegaba al medio centenar, hubo equívocos, filtraciones, escuchas y "cuchetas", que condujeron en aporrear uno o dos vehículos frente a detenciones rutinarias, con fines intimidatorios.

Como contrapartida, empezaba a tomar impulso en el campo de la doctora Silvia González la llamada causa de "los treinta y tres orientales", una investigación sobre diversos delitos presuntamente cometidos por igual número de antiguos jefes de La Bonaerense. Aunque el nombre del caso estaba incluido en esa nómina, la causa que más lo perturbaba era la abierta por la masacre de Andreani, en la que el policía arrepentido lo acusaba de haber armado el golpe cuando era una empresa postal.

En junio había procesado al mismísimo Klodczyk por

"enriquecimiento ilícito, malversación de fondos, evasión impositiva, falsedad ideológica y falsificación de documentos". En esa causa había un "arrepentido" de lujo: Rubén Cirocco, ex socio del Pulaco en la balneario Círculo.

Pam Vicat fueron días inolvidables.

Rápidamente puso en la mira al comisario Miguel Angel Salguero por su responsabilidad en una profanación al cementerio judío de La Tablada. Al mismo tiempo, se dirigía a Tolosa, una localidad ubicada en las afueras de La Plata, donde sus hombres arrestaron al comisario Claudio Savini. Unas horas más tarde, dejó sin conducción a una seccional de Wilde, tras detener al comisario Carlos Giles y al subcomisario Héctor Grimaldi. Finalmente, por orden del juez José Luis Galeano, rastreó las cuentas secretas del comisario Ribelli.

Poco a poco estos parciales, el secretario De Lázari no lograba manejar a la policía, y a Vitelli lo manejaba Lugos. La relación jerárquica entre ellos se prestaba a confusiones. Vitelli había sido segundo de Lugos en la Regional Morón y en la Subdirección de Seguridad. Sin embargo, por una razón difícil de entender, ahora era Lugos quien accudaba a su antiguo subordinado en la conducción de la fuerza.

Pero, a todas luces, Pinocho seguía siendo el hombre fuerte del día.

El Gobernador no sólo compartía con Lugos íntimas amistades como las de Pedro Klotzky y Alberto Fierri, sino que Hilda "Chicho" de Duhalde tenía muy buena relación con su esposa. Pinocho solía visitar al Fierro, yendo en un 504 color gris una vez por semana a su casa de Lomas.

En esta época las líneas de "la Maldita" lograron repensarse a través de su gestión. Lugos consiguió ubicar personal afín incluso en la propia Secretaría de Seguridad. Malo respondían a él los jefes y los segundos jefes regionales los titulares de los Comandos de Fátimas, entre otros destinos claves.

Al acercarse la temporada estival, el Operativo Sol fue organizado, como desde hacía diez años consecutivos, por el comisario Carlos Constantini. Pero en esa ocasión, la Maldita decidió llevar la guerra a la Cacha.

Vicat llegó a percibir el clima y se lo comunicó al Secretario:

—Está muy bien diagramado, pero cambie toda la gente en los cargos directivos.

—Ahora es imposible —se vio obligado a admitir De Lázari.

Así se tejía la trama que se desveló el 25 de enero de 1997.

Fra la Secretaría de Seguridad, durante la mañana de ese sábado, los primeros informes sobre el asesinato del fiscal José Luis Cuberos llegaron a través de los partes enviados por la Jefatura.

Ese día el Secretario no tenía previsto ir a trabajar; su segunda mujer acababa de dar a luz un varón. Pero sí se encontró en la repartición su segundo, Alejandro Granillo Fernández, quien convocó a los asesores con una ansiedad que estaba al borde de un ataque de pánico. Estos tres llegaron con semblantes que lindaban entre el sueño y el espanto.

Veloz comunicó: "Le tiraron un cadáver a Duhalde". Inmediatamente una comisión de notables, encabezada por el doctor Federico Domínguez, partió apresuradamente a Olivos. El contingente llegó al balneario después del mediodía. Era una jornada radiante, pero todos los hombres del balneario estaban trapeados de oscuro, los zapatos blancos con tiras de los dedos y transparentes como testigos fulares. Los integrantes, de malla, los miraban sorprendidos, inquietos.

Algunos estaban llorando nerviosos y todo el mundo se estremecía ante el "La guerra Monem-Duhalde" se había instalado en la mujer del varón, sea su balneario más exclusivo. La zona policial estaba de cubrir sus huellas. Se daban órdenes.

nes y contradicciones. Todo el mundo hacía todo mal. El jefe policial de la zona, comisario Mario Aragón, se quejaba: "A mí me echan por gordo".

Era la República de Saló.

Esa misma tarde, al regresar de Pinamar, el Gabinete de la Secretaría hizo una reunión de análisis, donde cada uno vertió sus teorías. Entre ellas se mencionó la hipótesis de una venganza de "La Maldita", pero en voz baja y hasta con miedo.

Al quedar solos Vicat y De Lázari, el Secretario se anticipó a una recriminación:

—Si, ya sé, no me diga nada...

—¿Vio que yo tenía razón?

—El mal ya está hecho. Pasemos a otro tema —propuso De Lázari.

A partir de entonces, la relación del Secretario con la policía política fue girando hacia un callejón oscuro y sin salida. El ex procurador pidió la renuncia del comisario Vitelli, quien se la aseguró de palabra.

El suceso de De Lázari era poner al frente de la fuerza un jefe civil, y se desplazó hacia la Gobernación con el propósito de transmitirle la nueva n. Dubalde. Al abrir la puerta del despacho desde donde se rige el destino de la provincia, tras miradas lo recibían con notoria hostilidad. La más grave era la de Dubalde, pero no menos fatigosa fue la de sus acompañantes: Adolfo Vitelli y Domingo Lagos.

El Gobernador, con gesto efusivo, ~~ya~~ había pasado por alto la condición de renunciante del jefe policial. En cambio, aceptó de inmediato la dimisión de Eduardo De Lázari.

Era el 23 de marzo, y el torbellino de la crisis policial se había incrustado con una nueva vuelta.

V

EL RESTAURADOR

El Gobernador dio entonces otro brusco giro en su política de seguridad, al nombrar como secretario a Carlos Brown, un alma afín a la corporación policial.

El flamante funcionario asumió la Secretaría con un estilo de tapadura, relevando de sus puestos a todos los funcionarios de la gestión anterior. Al veterano Federico Domínguez lo dejaron juntando orina en un estrecho pasillo, secándole el auto antes de poder llegar a su casa. Había tratado de hablar con Brown, pero éste se negó a atenderlo.

La siguiente presa era Vicat.

Brown lo citó 48 horas después de asumir, pidiéndole que sacara unos fotos de la ruta relacionadas con el caso Canals, que al parecer se habían traspapelado. Esas imágenes grafican las misteriosas desplazamientos de los "Hombres", como se llamó a los miembros de la banda implicada en el asesinato del fotógrafo.

El Secretario inició el encuentro en duros términos y al poco la voz:

—¡Dale, quién se cree que es! Me está metiendo en un lío y a ver que no me doy cuenta que me está haciendo una operación...

Vicat pidió al secretario:

—Le pido por favor que baje al turo, porque no voy a tener que me grita. ¡Y me voy al carajo! —dijo, dándose me-



las 8.00 horas. En el interior, una llamada telefónica —efectuada por una vecina de la zona— alertó a la policía sobre la circulación retardada de un coche color crema.

De no mediar otras circunstancias ulteriores, el episodio habría engrosado la crónica policial con su habitual parquedad. (...) no atando la voz de otro, los sospechosos abrieron fuego, originándose un tiro en el que resultaron abatidos dos delincuentes", y la cuestión quedaría enterada en ese punto. Sin embargo, cuando los cadáveres fueron llevados a la morgue judicial para practicar las pericias de rutina de rigor, el secreto fue catapultado a las primeras planas de los diarios: Junto a Néstor Eduardo Parral, fue abatido el asesinado y mítico Juan José Ernesto Laginestra, alias "El Pichón". Paradójicamente, en esa mañana del 4 de septiembre, Laginestra cayó atravesado por la metralla policial, en el mismo lugar donde —hace más de tres décadas— había nacido su leyenda.

LA MIRADA DE FRANZ KAFKA

El hombre que —en los años '60— junto con Villano y al "Loco" Prieto, conformó la "nouvelle vague" de la delincuencia argentina, se inició en el lado opuesto de la jurisprudencia tomando el portillo de San Martín (que incluye a Villa Ballester) como epicentro de su accionar. En ese ámbito perpetró sus primeros asaltos a mano armada, desde aún menor de edad. Esta etapa fue breve, ya que recién en 1960 —ocho años después de su primer asalto— fue capturado por la Policía de la Provincia. Durante el transcurso de su condena se relacionó con hampones de mayor envergadura, inaugurándose —a pesar de su frías similitud y de su corta

edad— en la "bandeada" más pasada de la viciosa cárcel de Caseros. En tales circunstancias, su debut como recluso significó una muerte de carrera postergada.

Razones no faltaban: niño e hijo de psicólogos, Laginestra se crio en el seno de una vasta dinastía puesta al servicio del delito. Nacido en Ciudad Bogaño, Santa Fe, en el verano de 1937, no tardó en hacer gala de una mentalidad desafiante, audaz y audacia, atributos, por lo habitual, independientes en alguien de baja estatura, constitución mínima y cabeza de pepino. No obstante, su mirada —como la de Franz Kafka— atravesó toda la profundidad que el resto de su cuerpo omitía.

Al año siguiente de su captura, ya en libertad, escaló varios peldaños en su carrera contra el llamado orden público, organizando y ejecutando exitosamente la fuga de la cúpula del hampa de aquel entonces, recluida en la cárcel de Caseros. En esa oportunidad, la exoneración convulsiva de diez psicólogos de primera línea provocó una ola de asaltos en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Por su parte, Laginestra se una con uno de ellos, Angel Hugo Giménez, con quien armó una fabulosa botija jamás recuperada. Este hecho forjaría una sub-leyenda en torno a la figura del "Pichón" que se refiere al "misterioso tesoro escondido en algún lugar de Argentina".

A decir verdad, la leyenda que pesa sobre Laginestra se bifurca a través de complejas ramificaciones. En ese sentido, por un lado está su faceta buidita. Basta recordar que los tiradores perodísticos lo solían calificar como "El rey de la fuga", y no era para menos. En 1967, cuando es nuevamente capturado y condenado a 18 años de prisión, fue trasladado a un penal rearmado. A los pocos días, muestra fe-

garse por la puerta principal del establecimiento carcelario, suplantando una orden de libertad apócrifa. Es descubierta al traspasar el último puesto de control; cuatro meses después, los guardias lo descubren suelto uno de los muros de la prisión. Sin embargo, la tercera es la vencida y, en marzo de 1968, guardacarcas lo capturan tras cruzar su celda de máxima seguridad y, finalmente, concreta su primera fuga propia.

Su condena inició a 18 años por imperio de la desgracia, se redujo a unos cuantos meses. Pero, en enero de 1969, fue nuevamente. En vez de trasladarlo al penal de Córdoba, en cuyos pabellones se encontraba con Giménez y con su hermano Humberto Juan, también procesado por robo calificado. En marzo de 1971 está de utilizar nuevamente el método del muro, pero, al igual que en la primera oportunidad, es descubierto; promediando el año siguiente, las autoridades de la cárcel desatran la excavación de un túnel. Resultaron involucrados 16 reclusos, entre ellos, Giménez y Laginestra. Pero en mayo de 1973 ambos ladrones, junto con otros veintiseis convictos, logran huir por dos túneles de quince metros cada uno. Ese hecho coincidió con otro similar, registrado en la cárcel de Ezevoto, oportunidad en la que también se evadieron 16 reclusos, entre los cuales estaba Francisco Chiappe, alias "Marcel", una de las oscuras vestidas de la Unión Corra.

UN AGUANTADERO MOVIL

A lo largo de la dilatada trayectoria de Laginestra, se contabilizan hazañas de distinto tipo, en las que siempre impuso el peso de su inteligencia, personalidad. Entre 1968 y 1969, durante los meses en que estuvo prisionero, el "Pichón" diseñó y

construyó un "aguantadero" móvil de tres ambientes dentro de un camión cisterna, con acceso por el chasis del rodado, y provisto de duchetas para varias personas, sábanas, comida, ropa de abrigo, TV y abundante material de lectura. La organización, por su parte, se efectuaba por la boca superior del tanque. En otro orden de cosas, cuando —después de su fuga de 1973— Laginestra comandaba, junto al "Loco Prieto", una villa dedicada a encuentros autorizados, se recuerda la ocasión en que, a punta de pistola, defendió la vida de un secuestrado, al que el resto de la banda quería eliminar. Al "Pichón", cuyo currículum incluye veintiocho años de prisión sobre la totalidad de su vida, jamás se le pudo comprobar un solo homicidio.

En agosto de 1977 se apesadonó por última vez y, mediante un resonante juicio —en el que su abogado defensor alegó estar decretado "ante la evidencia de las pruebas volcadas en esta sala para demostrar la participación de mi defendido en los hechos que se le imputan"—, fue condenado hasta el año 1999, más sucesoria por tiempo indeterminado. A fines de 1984, el juez Federal Gustavo Bocca dejó sin efecto la sucesoria por tiempo indeterminado y dio por cumplida su sentencia. Laginestra expiró, exactamente, dos años y cinco días después de su última liberación. A esta altura, resulta significativo que este hombre, que enfrentó relaciones encuentros con la autoridad —el comisario Esteban Meneses se encontraba gozando una más firme abstracción— y que supo ganarse un inmenso respeto por parte de sus pares, haya resultado muerto mediante al tránsito propiciado de una redada policial, paranoica y probablemente estúpida.

Ricardo Ragnedier



VIDAS EJEMPLARES

VILLARINO: EL REY DE LA FUGA

Condenado a 24 años de prisión en una cárcel española, el famoso adversario del comisario Meneses, el pistolero argentino Jorge Eduardo Villarino, hace memoria de una vida que es novela mientras, seguramente, planifica su próxima, inevitable, fuga.

Los reclusos de la Cárcel Modelo de Barcelona dialogan con sus visitas a través de las ventanas, que limitan con las calles más céntricas de esa ciudad. En la tarde del 14 de julio de 1984, Raymond Vacarezza, uno de los pocos de la mafia corsa, con medio cuerpo afuera y las manos haciendo de pantalla anti-oc, conversaba a gritos con su mujer; de pronto, se escuchó una fuerte detonación y su cabeza estalló en mil pedruzcos atornando con algo bueno y pálido la pared del corredor de la Cuarta Galería; desde la terraza del edificio de enfrente, un francotirador le disparó con un rifle de casa mayor cargado con balas dam-dum.

No había tiempo que perder. El fulminante final de Vacarezza sumió a las autoridades carcelarias en una confusión total, hecho que precipitó un plan de fuga urdido por imperio de la oportunidad: a uno limpio, tres días después, seis convictos, capitaneados por Juan Raúl Abato, pero má-

gico, franco, y el obispo Jorge Eduardo Villarino, se abrieron paso hasta ganar la calle, huyendo en diferentes direcciones. Villarino, que cubrió la retaguardia de los otros, salió último y, una vez en la vereda, no supo caminar o correr hacia la libertad. Un patrullero cruzó por la esquina y frenó con tanta fuerza que lanzó a un tripulante sobre el parabrisas. Villarino había comenzado a abrir fuego cuando un golpe lo tiró hacia atrás. El BOMer explicó: pensó que la pared se le partió en dos. Al caer, pudo notar la sangre caliente arrojándose libremente por su pantalón. Un segundo impacto lo paró cuando ya no podía ofrecer mucha resistencia: le hirió el brazo. Solo sintió la vibración de su cuerpo muy lejos, rompiéndose como una roca, y luego nada...

Horas después, despertó en el Hospital Clínico de Barcelona. La herida en el brazo sólo le roció la piel; lo más molesto era la fractura expuesta de tibia, y también le molestó la fecha: 18 de

julio: ese día cumplía 53 años. En cuanto al estricto fracaso de su huida, se la banó amablemente porque no fue su primer tropiezo en la materia, cosa bastante lógica tomando en cuenta que, desde la adolescencia, su vida transcurrió entre la cárcel y la clandestinidad.

LA ELECCION POR LAS ARMAS

A los 16 años "perdió" por primera vez en las lamediciones del punto de Buenos Aires, empujando un camión cargado de contrabando. Al poco tiempo, descubrió el negocio de los Balasalto a mano armada. Su primer acto dentro de la criminalidad le dejó un botín: 100.000 fue superior al precio pagado por el Gran Campesino Aberdeen Angus del año '48. Mucho después, recordaría así el debut: "Por ser el primer año con chumbo no estubo-mar, figuré un poco, y un chanchito". En 1961 le tocó el servicio militar. En esas circunstancias, es decir, estando bajo bandera, vivió un episodio de la patria, empujando una Browning 7,65 -adaptada al momento, cual servía como chaper- efectuó una "salida de banco", arreando a un tipo que acababa de cobrar una obra, una de esas Cuanto escapaba, la mala fortuna hizo que lo reconociera un argenteo retirado del Ejército, ex vecino de Villarino en San Telmo, que se dedicó a denunciarlo a pesar de ser su tío. Desde entonces, por sus acciones fue condenado a tres años y medio de prisión.

En 1967 reaparece en Montevideo, viajando con María Hebe Abato, el gran amor de su vida. En apariencia, regentes una flota de seis camioneros, pero, en realidad, nunca dejó de lado su verdadero menester: la explotación. Cuando terminó su primer condena sólo le faltaba meter rano, efectuando una

escuela de seis meses de robo continuado; de abril a septiembre, Villarino reconoció haber consumado entre 25 y 30 asaltos.

Por ese entonces, en Buenos Aires, sus compañeros planeaban un asalto al Ministerio de Salud Pública, en el día de pago, con un botín calculado en 10 millones de pesos de esa época. En principio, él no quería participar, pero luego reflexionó y se dijo a sí mismo: "Si los agarran la puta, aunque yo no esté asiendo, me como un garbón igual. Si estoy, en una de esas las cosas salen mejor. Perdido por perdido, me mando con ellos". El golpe en sí, planificado con precisión militar, fue ejecutado limpiamente. Los cinco patricios se apoderaron del botín en el entregado del Ministerio, y todo fue exitoso al punto de no haberse disparado ni un solo tiro. Villarino, discretamente, regresó a Montevideo. Sin embargo, el manto de silencio que pesaba sobre ese golpe comenzó a develarse cuando uno de los muchachos de la banda lo registró en un libro de su propiedad y lo llamó "El Pibe". La cosa se supo y, en la capital uruguaya, Villarino fue detenido por el comisario Otero, quien posiblemente aludía no a una notoriedad como la de un futbolista. Esto lo entregó a las manos de alguien que, a pesar de ese momento, vivió un perpetuo paralelo antagonismo con Villarino: el comisario Evandro Meneses.

Como ladrón, Villarino acumuló un curriculum nada despreciable, dentro de los límites siempre cambiantes de la delincuencia. Fue el "asquero" (inventor de medallas), el "boleto" (descolgarse de muros para entrar en departamentos) y la "punga" (cartierista) y, por lo tanto, quedó en una lista de los más hábiles y audaces de la pampa. Apodado alternativamente "El Pibe" y "El intr-

ductual del hampa", a partir de 1968 comenzó a sentar las bases de un nuevo apodo: "El rey del boleto". Durante los años venideros, la presencia de Villarino demostró, entre otras cosas, la vulnerabilidad del sistema carcelario.

CAMPANA DE EVASIONES

Su primera fuga se concretó a los pocos meses de quedar preso en Devoto. El 10 de septiembre, junto a otros reclusos, Villarino logró escapar a la guardia nocturna, así llegó el grupo a los techos del penal. Allí, casualmente, habían quedado unos cables a través de los cuales los evadidos bajaron hasta el jardín, y llegaron a la vía pública. Sobre una calle lateral los esperaba un automóvil con el motor encendido. Los guardias no advirtieron nada y ellos se alejaron sin contratiempos.

Al poco tiempo, recuperado y, debido a su carácter huido, se comenzó a realizar todo en "bour" penitenciario, siendo trasladado sucesivamente a la cárcel de La Plata, Devoto, la Penitenciaría Nacional y, finalmente, Caseros. De allí se fugó el 17 de junio de 1960, a través de un boquete abierto en la pared del pabellón. Así llegó hasta el taller, desde donde, con voces, escaló un muro para saltar otra vez en dirección a la clandestinidad. Esta vez, su libertad duró una semana, hasta que fue capturado por Meneses. Pero, en esa oportunidad, el jefe de Robos y Hurtos tuvo un memorable contratiempo: cuando éste fue al cuartelero del pataleiro prófugo, refugado en una tienda de la calle Brasil, Villarino logró escurrirse al cobertizo de todos sus adictivos. Por varios minutos, Meneses quedó con una 45 encastada en la sien. "El Pibe" lo tuvo a su merced, pero sólo que, a diferencia,

no salió vivo del lugar. Reboló, entregó, pero se llevó a su celda la apatía de tenerlo de haberse perdido la vida a una de sus pasadizos predilectos.

Reubicado en la Penitenciaría Nacional, de la calle Las Heras, Villarino desapareció de la escena el 18 de septiembre de 1961. Cosa sorprendente, ninguno de sus guardias lo vio salir. Sucede que se escapó por el enrejado que da a la calle Pólvora, vestido de mujer.

Con Jorge Varela y Osvaldo Conzatti, sus entrañables cómplices, acompañado por la Abato y la compañía de Varela, llegaron a Uruguay y luego a Brasil, desde donde pretendían llegar a Europa. La Interpol ya estaba sobre aviso y se generó una batalla campal cuando el cuarteto arribó al aeropuerto El Galeao. Osvaldo logró ahogar sobre una mampara del "Free Shop" y se esfumó; Varela, en cambio, se escapó por la pista de aterrizaje, disparando sobre los reflejos de los jeep policíacos, dejándolos sin luz. "El Pibe" es el único que no logra huir.

Al día siguiente, traído por un avión de Prefectura, llegó al Aeropuerto. Lo custodiaba toda una guardia precesante. Había decenas de periodistas, policías y funcionarios; el público no debía de escamarse... pero el público regresando del desierto. A la derecha de la pista, el comisario Meneses, vestido con sus mejores galas, ensayó una sonrisa al ver bajar del avión a su codiciada presa. De allí a Devoto, sin vacilar. "El rey del boleto" fue doblemente aprehendido; se lo sometió a un régimen de rigurosa vigilancia.

LOS PASOS PERDIDOS

Las huellas de "El Pibe" se pierden tras los minutos del pasado. Variaciones contra-

dictorias lo sitúan, a la vez, como líder y mediador —entre reclusos y carceleros— durante el sangriento motín de la cárcel de Devoto (1962). Su papel en ese episodio jamás quedó definitivamente aclarado. Durante la década del '70 se vinculó —siempre en Devoto— con François Chappet, quien luego lo contactaría con los dignatarios de la Unión Soviética. En 1975, luego de un finno trabajo diplomático y social, fue liberado por "buena conducta". Villarino, entonces, concreta sus viajes aplazados por tres lustros: se va a Europa.

Su presencia en el Viejo Continente transcurrió como una estela difusa. Transcurridos varios lo sitúan encarnado en la cúpula de la mafia como, controlando el negocio del narcotráfico. Luego, se empezó a hablar de su vinculación a una nueva marca: la "liga sudamericana" de empujados, más de la conjuntura. Lo cierto es que "El Pibe" se nacionalizó su viaje europeo. Cuando fue capturado por la policía española en la localidad de Costa Brava, se comprobó su fidelidad al círculo sobre a mano armada: las joyas de Cartier y Mirado (Barcelona) y la casa de piedras preciosas Iherpe (Valencia) cayeron ante sus ojos. Además, la Interpol lo acusó de perpetrar, en Italia, dos secuestros exitosos por los que obtuvo un rescate cercano a los 5 mil millones de liras.

Después de su fracasada fuga del '84, más de sus heridas y, en noviembre último, la justicia española se expandió, castigándolo con 25 años de prisión. Sin embargo, tratándose del temerario chico de San Telmo, se intuye que esa condena no es más que una cifra abstracta, subordinada —en el plano de lo real— al destino que confiere la fragilidad de los cárceles.

Ricardo Regenderfer

VIDAS EJEMPLARES

El "Lacho" Pardo y la ametralladora

Un diligente padre de familia con un oficio inusual: asaltar cobradoras a punta de Thompson, y desafiar la habilidad de pesquisa del mismísimo comisario Meneses.



El desquite tuvo lugar en la lluviosa mañana del 10 de junio de 1961; el escenario, un abito tico barcito situado sobre la avenida Avelarada, frente a la estación Viamas, del Ferrocarril Mitre. Primero se escuchó una voz de alto y, luego, tres disparos. En el interín, el hombre —que poco antes había terminado su segunda ginestra— sólo atinó a llevarse la mano derecha a la cintura, pero, de pronto, saltó como impulsado por un resorte, se sacudó en el aire y aterrizó desplomado sobre una silla; de su dedo inerte, aún colgaba la pistola que había usado para disparar. Frente a él, ya acostado en el piso, yacía Eusebio Maciel, enfundado en la chaqueta de cuero de la Policía Federal. Sin embargo, las coberturas periodísticas describieron el episodio en el marco de un "cruento tiroteo", hecho dudoso, dado que, en el plano de la realidad, los únicos

que tiros habían partido del arma del comisario. Ahora bien, ése era un detalle al margen; no importaba tanto la forma, sino el cuadro de la situación: en el "hándicap" delictivo de aquella época, el pistolero acibillado figuraba entre los diez hombres más buscados del país; autor de más de 150 asaltos, condenado a 35 años de prisión, "El Lacho" era requerido por la policía de tres naciones (Argentina, Uruguay y Brasil), luego de haberse fugado de la Penitenciaría Nacional, cinco meses antes de su muerte.

FICHA TECNICA DE UN LADRON

Durante más de un lustro, la com-



bra de Horacio Manuel Pardo encarnó una de las obsesiones más desesperantes de la Policía Federal. Paradójicamente, su aniquilación en el mundo del delito arrancó, digamos, de una manera casi cómica. A los 19 años, asociado de falta crónica de dinero, decidió recurrir a un recurso extremo: robó el aparato telefónico de su propia casa con el propósito de empeñarlo en el Banco de Préstamos. En el umbral de la institución bancaria, debido a su actitud sospechosa, fue detenido por una patrulla policial. A raíz de ese delito inequívocamente "real", pasó dos años en Villa Devoto. Al cabo del tiempo previsto, fue excarcelado. Sin embargo, el destino le deparó un giro no esperado ni deseado: tuvo que presentarse a cumplir el servicio militar. Pardo desertó al mes de vestir el uniforme de soldado, fue capturado en un billar del Bajo Flores y tuvo que completar su período militar, bajo rigurosas condiciones de aislamiento, en el penal militar de Magdalena.

Una vez dado de baja, conoció a Felipe Caffaro, que sería el compinche de toda su carrera. Juntos se incorporaron a la banda capitaneada por Rubén Francisco y Cipriano Prieto (a) "El Loco". Este último,

un fue la única
Laguna
nombra
frente a
la pol
De
"El L
como
fue al
Durant
1966,
con la
banda
médica
parte,
esta a
mente
dos y
conoci
lerer
objetiv
propio
sino, p
lega C
calidad
riendo
chido
policia
de bor
lino, fi
de: nat
orden,
fuera s
plur, fu
da la de
Durr
Prieto,
zona de
en el tr
gala de
a ingen
dad del
"Lacho"
moland
da, logr
usurero
ría: un
Compal
de ancl
fado en
lizar un
Poco
independ
se a la
osa". La
banco i
los pue
da dñar
química
apriete,
enormes
En el
graron a

entaf
aspe
adifi
vando
e una
afica,
linter
extra
ico de
ito de
Prést
tución
sosp
patru
to inv
e años
tiempo
in em
un giro
vo que
servicio
nes de
do, fue
ajo Flor
derfodo
ciones
militar

prodotto e
completo
che si in-
contra
Cipriano
ultimo.

SCRAMPPA
CAZA MAYOR

Después de la detención de Caffaro, Pardo permaneció inactivo por un breve lapso. Algunas versiones señalan que viajó a Brasil. Sin embargo, una nueva evidencia de "soldados" termina contradiciendo la creencia de su huida al exterior. Lo cierto es que durante casi dos años, "Lacho" barrió el cerco impuesto por flotas y buques, escabulléndose, en varias ocasiones, ante la propia nariz del comisario Meneses. A lo largo de esta etapa, "Lacho" saltó de aquí y allá, generalmente, llevando siempre consigo a su comparsa y a sus dos hijos, de cinco y un año, respectivamente. "Lacho" tendría un trabajo poco común, pero siempre se mostró como un diligente padre de familia. Recorriendo la búsqueda policial comenzó a amargar su libertad. Horacio Pardo dejó a los niños al cuidado de su esposa.

de "Lacho" era una persona sumamente cuidadosa: siempre que salía de su domicilio, ante la obvia vigilancia que practicaban los miembros de Meneses, hacía múltiples maniobras anti-seguimiento que terminaban disimulando a la "botifa". La niña, por su parte, ante los aporreaos que hacían las pesquisas, simulando, por ejemplo, el obsequio desinteresado de un hermano, respondía con una parquedad asustante evitando la consigna de silencio que le habían obligado a respetar. Cada vez que los de Robos y Hurtos pisaban la huella de "Lacho", éste se las ingeniaba para desaparecer sin dejar rastro. Meneses no dejaba de hacer averiguaciones, pero el doméstico servido de inteligencia del cual se desconfiaba al fugitivo, sembraba todos los arroyos del combario. Finalmente, por obra de una delación efectuada por un lejano conocido, fue detenido, juzgado y enviado a la Penitenciaría Nacional. Eso pasó el 5 de julio de 1980. No obstante, a los seis meses logró la libertad, por obra y gracia de la corrupción penitenciaria, y ya que se incorporó a un grupo de guardias quienes le franquaron la puerta de su celda. Cuando Meneses se enteró de lo ocurrido, dio un resaca por fuera sobre el escritorio y comenzó a encender una andanada de ordenes al baile había hecho a empezar.

Cinco meses después, por efecto de otra deflación —esta vez un reflejo del que la cité en aquel fatídico barcelonés para "transmitir" un puño de potentes rotativas—, encontró la muerte. Durante más de una hora, el cadáver estuvo expuesto ante el moribundo. Horacio Manuel Pardo murió sin haber recibido los últimos sacramentos y sus ojos aún permanecían abiertos; seguramente miraban un lugar desde donde jamás lo volverían a encontrar.

Ricardo Laguarda



Ragendorfer, Ricardo, "Georges Arnaud: El salario de la utopía", mayo de 1987
(Cerdos & Peces N°12).

VIDAS EJEMPLARES

Involucrado en un misterioso crimen, Georges Arnaud pasó 19 meses de su juventud en una cárcel francesa. El autor de "El salario del miedo", comenzó a partir de su libertad una existencia que lo condujo hacia más de un continente sumando episodios de una novela propia nunca escrita: el thriller de su vida.

GEORGES ARNAUD EL SALARIO DE LA UTOPIA



Georges Arnaud: El pasajero de la utopía, el trópico y la sombra

A todas luces, el futuro escritor Georges Girard, miembro de número de la Academia de Francia, no falló en su muerte cultural, muy por el contrario, el 26 de junio de 1941, cuando la policía detuvo a luchadores la policía, cuando en pleno centro de París, lo encontró tirado sobre la alfombra de su estudio. El hombre tenía el cráneo tan visiblemente hundido que lo asomaban, entre trazo de seno, las suturas del hueso frontal. En la habitación contigua estaba María, su hermana mayor, también boca abajo sobre una cama dura. Las sábanas estaban teñidas de sangre, ya a esa hora, coagulada. Cuando los "Ejec" desmenuzaron el cuerpo, apreciaron la herida que causó la muerte de la mujer: un impresionante tajo en la garganta, que iba de oreja a oreja. Ante esta espectacular pero edificante, el inspector Villot, de la Brigada Criminal de París, sólo atinó a recomendar el crimen, tapándose la boca con la mano. Cuatro horas después, este sagaz oficial de la Sûreté, anunció la detención de Henri Girard, de 34 años, estudiante de ciencias políticas, bajo la acusación de haber asesinado a su padre y su tía, "por motivos que aún se desconocen".

El caso, aunque impresionante, no atravesó mayormente la atención de la opinión pública. Sucede que los franceses, por ese entonces, estaban absorbidos por su propio drama: pocos meses antes, el ejército alemán lanzó su poderosa ofensiva contra Francia y, ya por esos días, París había caído bajo el dominio de la Wehrmacht. La Segunda Guerra estaba en su apogeo y, en medio del horror y la muerte en gran escala, el crimen de los Girard no podía sino pasar desapercibido.

Sin embargo, en 1943, esa tragedia tomó un giro inesperado: tras 19 meses de prisión, Henri fue liberado por falta de méritos, ya que su inocencia fue reconocida, aunque la policía francesa —que en ese entonces dependía orgánicamente de la Gestapo— jamás pudo dar con el verdadero culpable del doble asesinato.

De todas maneras, el episodio marcó al joven, dejándole una aversión extrema hacia todo lo que tuviera olor a policía. Lógicamente, cuando abandonó los muros del presidio, nadie suponía que Henri Girard —reconociendo únicamente por haberse comido un "garçon" de 570 noches— se convertiría, bajo el pseudónimo literario de Georges Arnaud, en uno de los poetas más destacados del "thriller" francés que, con un estilo notablemente ágil y, a veces, salvaje, logró consumar una obra contundente, azotada por la absurda del destino humano y por la estúpida ineficacia de sus instituciones.

El descubrimiento de América

Pero la literatura tuvo que esperar hasta 1950, año en el que presentó su obra más conocida: "El salero del miedo". Mientras tanto, luego de quedar en libertad, logró abandonar la Francia ocupada por los alemanes, mediante un subconductor apócrifo, fabricado por un ex compañero de la prisión. A partir de entonces, comienza su etapa latinoamericana.

En 1944, Henri llega a Venezuela camuflado, disfrazado, un desertor polifacético: primero se desempeña como caminero, transportando barriles de petróleo de un lugar a otro; luego, se convierte en buscador de oro, tarea que lo absorbe durante más de un año, no propiciándole, claro, grandes logros. Su fracaso como minero lo lleva a la ciudad de Caracas, donde, por espacio de tres años, sería conductor de taxi. Finalmente Girard reanuda su primer oficio, contratado por una empresa de transportes internacionales; hasta 1949 conduce un camión de imponente porte, recorriendo diversas partes de Centro y Sudamérica transportando, alternativamente, petróleo, maquinarias y ganado, hasta que, desde el puerto de Río de Janeiro, abandona el continente y regresa a Francia como polizón en un barco de bandera panameña.

En 1950, como ya hemos dicho, publica "El salero del miedo", su obra prima. Esa obra no tardó en convertirse en un éxito editorial sin precedentes, ya que logró vender más de dos millones y medio de ejemplares, en tanto que era traducida a 21 idiomas. La acción de esta novela transcurre en

Las Piedras, un miserable pueblito guatemalteco, donde una compañía petrolera norteamericana ofrece diez mil dólares de recompensa a quienes consigan transportar dos camiones cargados de nitroglicerina para apagar con su explosión un pozo en llamas. Cuatro europeos, dos delincuentes comunes y dos delincuentes políticos, aceptan el desafío. De allí en más, estructurando sobre las implacables leyes del suspense, los protagonistas corren el riesgo de explotar en todo momento y en cada hueco del camino. La ferocidad literaria de Arnaud —de aquí en adelante no será más Girard— logra amalgamar un drama localista, de estilo romántico, con las nubes propias del documento social.

En 1962, el cineasta Henri Clouzot realizó la adaptación filmica de la novela, obra que se terminó por convertirse en uno de los clásicos más logrados del cine policial de la década del '60. Rodada en un pueblito del sur francés, el film de Clouzot obtuvo la Palma de Oro del Festival de Cannes. Los papeles protagonistas de la película estuvieron a cargo de Charles Vanel y Yves Montand.

A partir del "boom" que significó "El salero del miedo", Arnaud se aboca de lleno a la literatura, obteniendo evidentemente más éxito en este rubro, que como buscador de oro. De allí en más, el hijo del malogrado historiador prodiga varias novelas, obras de teatro, ensayos y relatos, entre los que se destacan: "El viaje del mal ladrón", "Las de sufrir" (ambas ambientadas también en América Latina), "Marisol P." y "Las confesiones más dulces".



Traición a la patria

Fiel a su imagen controvertida e inconformista, el regreso de Arnaud a Francia no sólo supone su consagración como escritor, sino que también transgrede el espíritu público con una causa muy en boga en aquel entonces: Argelia. Cabe mencionar al respecto, que el tema de la independencia argelina mereció la indiferencia por parte del grueso de la izquierda y de la intelectualidad francesa. Solo unos pocos, entre los que se cuentan Jean-Luc Godard y Jean-Paul Sartre, adhirió activamente a la causa de la revolución argelina. Georges Arnaud fue más lejos: se enroló en el FLN (Frente de Liberación Nacional), llevando adelante una actividad que sobrepasó la mera solidaridad de un escritor de la "metrópoli", a favor de la causa de una colonia que está por independizarse.

Esa postura no tardó en traerle nuevas dolencias de conciencia, ya que la justicia francesa, por cargos caracterizados como "traición a la patria", lo condenó a un año de prisión. Paradójicamente, fue a dar con sus huesos a la misma cárcel que lo cobijó durante esos fatídicos 19 meses de su juventud. Recién fue liberado cuando De Gaulle decretó la independencia del país norteafricano.

Nuevamente en libertad, no tardó en profundizar el motivo por el que fue encarcelado: emigró a Argelia, poniéndose a las órdenes de Ben Bella, el jefe revolucionario que derrotó las pretensiones africanas de Francia. Desempeñando cargos diplomáticos y culturales, permaneció varios años en Argelia, recabando así mismo valiosos testimonios y reportajes, como "Prisonniers", "Schilben 41" y "Para Djamila Bouhired".

Sin embargo, con el correr del tiempo, Arnaud pareció desilusionarse del giro que tomó el proceso argelino —Ben Bella cayó en desgracia y fue encarcelado— y, al promediar la década del '60, regresó a Francia, donde fue recibido, alternativamente, como un héroe y un cuasilla; este último, evidentemente, por los notólogos de la Argelia francesa. Incluso, en 1967, se salvó de un atentado perpetrado por los miembros de la OAS, la organización terrorista de derecha, formada por militares que habían estado cumpliendo servicios en Argelia. Desde su regreso, Arnaud optó por sobrellevar una existencia retirada, y sólo un pequeño grupo de amigos conocía su lugar de residencia. Fóbico de la "vida pública", durante casi una década, el paradero del escritor fue una especie de misterio nacional, al cual se habían adaptado los franceses. Reapareció en 1975, a través de un reportaje efectuado en Alemania, nada menos que por Daniel Cohn-Bendit, el "Dami le Rouge" del "mayo francés".

El 6 de marzo último, un escueto cable procedente de Barcelona da cuenta de la muerte de Georges Arnaud, por efecto de una crisis cardíaca. Paradójicamente, el hombre que desafió la violencia de su tiempo, transcurrido los inhóspitos caminos del trópico, la obsesión y la sombra, murió arribado simplemente por culpa de un corazón desecado.

Ricardo Ragendorfer

Índice

Contenido

Introducción	4
El problema de las dos retóricas	5
El corpus	6
Las entrevistas	7
La estructura del trabajo	8
El marco teórico	9
Ricardo Ragendorfer. Un breve perfil	11
1.1 Inicios	12
1.2 El periodismo	13
1.3 La sección Policiales	15
1.4 Zippo	17
1.5 Pequeñas malditas cosas	18
1.6 Víctimas y victimarios	19
1.7 El exilio	22
Nadie es inocente. Una visita a los bajos fondos	24
2.1 Vidas Ejemplares	25
2.2 Un cierto tipo de ladrón	27
2.3 Cerdos & Peces	29
2.4 “Un acto de solidaridad histórica”	31
2.5 La libertad	32
2.6 Otros ladrones	34
2.7 Códigos	37
2.8 Sujetos inquietantes	39
2.9 Romper las reglas	41
	110

Los delfines. La policía, el periodismo y lo noticiable en La Bonaerense 1 y 2	43
3.1 La figura del policía bonaerense	44
3.1.1 El bonaerense.....	44
3.1.2 Los libros.....	44
3.1.3 El lugar del policía	46
3.1.4 La secta del gatillo alegre	48
3.1.5 La patota.....	52
3.1.6 Para qué, por qué.....	56
3.2 Periodismo y no ficción	58
3.2.1 Periodistas y escritores	58
3.2.2 Ficcionalización y policiales.....	60
3.2.3 Truculencia	63
3.3 Espectacularización y mercado	67
3.3.1 Un escritor de historias	67
3.3.2 Los pliegues	70
3.3.3 Noticia y mercado	72
3.4 La ceniza es lo que se publica: crimen y noticiabilidad	74
3.4.1 La retórica de la inseguridad	74
3.4.2 El relato del crimen	75
Conclusiones	77
“El berretín de la supervivencia”, o por qué esa fascinación con los ladrones.....	78
La construcción del malviviente.....	78
Periodismo y literatura.....	79
Nunca más.....	82
Cambios.....	82
Ficcionalizar la realidad	83
Bibliografía	86

Apéndice.....	89
Dutil, Carlos, y Ragendorfer, Ricardo, <i>La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires</i> , Buenos Aires, Booket, 2005. Capítulo 1: La política.	90
Ragendorfer, Ricardo, <i>La Bonaerense 2. La secta del gatillo</i> , Buenos Aires, Booket, 2006. Capítulo IV: Lluvia dorada.	97
Ragendorfer, Ricardo, “La muerte del último bandido”, diciembre de 1986 (<i>Cerdos & Peces</i> N°7).....	100
Ragendorfer, Ricardo, “Vilarino: El rey de la fuga”, enero de 1987(<i>Cerdos & Peces</i> N°8).102	
Ragendorfer, Ricardo, “El Lacho Pardo y la ametralladora”, marzo de 1987(<i>Cerdos & Peces</i> N°10).....	104
Ragendorfer, Ricardo, “Georges Arnaud: El salario de la utopía”, mayo de 1987 (<i>Cerdos & Peces</i> N°12).....	106
Índice.....	109